

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

Discursos Universitarios



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.

Discursos Universitarios

Primera Edición
Editorial Universitaria
San Salvador 1962

Impreso en los Talleres de la Editorial Universitaria "José B Cisneros"
5a Calle Oriente No 220, San Salvador, El Salvador, Centro América

7284
16

EJ. 73

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

Discursos Universitarios



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.

*Queda hecho el depósito
que marca la ley*

A Manera de Introducción

El Departamento de Extensión Cultural publica en esta oportunidad algunos discursos del doctor Napoleón Rodríguez Ruiz. Los temas de cada mensaje, surgen en el ámbito de la Universidad llenos de nobles ideas y sanas intenciones; señalan rumbos a la juventud, a la vez que sintetizan el pensamiento y la actitud universitaria. En ellos se reconoce claramente el deseo de obtener los mejores frutos en beneficio del Alma Mater.

Tarea difícil la del orador; frente a él se alzan en reclamo, en caso de variación, las personas a quienes dirige la palabra. La concordancia entre lo dicho y lo hecho produce, como lógica consecuencia, la admiración de los oyentes.

El doctor Rodríguez Ruiz está por terminar el período para el cual fue electo Rector. Sus ideas, sus acciones, su fervor, están inmersos en esta obra. Aquellos que han tenido ocasión de conocer su labor; su posición ecuánime en medio de las más encontradas luchas ideológicas, su serenidad e hidalguía frente a los enemigos del pensamiento, establecerán de inmediato la relación entre lo que queda escrito y lo que puede considerarse tarea cumplida.

Algunos de estos discursos fueron pronunciados en años anteriores, al inaugurar las labores docentes. Son, en verdad, palabras tanto para quienes reiniciaban los estudios, como expresiones de bienvenida a los nuevos alumnos.

Se advierte en estos trabajos intensa reflexión. Fe en la ciencia, el arte y la vida. Anhelos de formar en los jóvenes

la conducta moral y de cimentar en ellos la conciencia social de nuestro tiempo.

En la estructura y contenido de este libro hay sobriedad y sencillez; busca más que agradar, enseñar. Deja expresa constancia de las ideas y sentimientos del autor, tan íntimamente vinculado a la vida y pasión de la Universidad de El Salvador en los últimos años.

Por eso el Departamento de Extensión Cultural publica esta obra, oportuna al momento de hacer el balance del período que concluirá dentro de pocos meses, y a través del cual se analizará, sin prejuicio alguno, la labor llevada a cabo.

Hecho ese balance, se reconocerá la intención del Rector Rodríguez Ruiz, cuya frase académica queda hoy grabada para dar idea de lo que se propuso y cumplió.

J. E. S.

San Salvador, noviembre de 1962.

*El Pensamiento Democrático de Gavidia**

Desde luego, esta no es una conferencia. Tal vez, apenas, una charla. Charla o conferencia, fue una temeridad, lo reconozco, el haber escogido como tema la obra del insigne maestro Francisco Antonio Gavidia. Tantas cosas se han dicho de él, tantas facetas de su obra han sido ya estudiadas y expuestas, que nada nuevo quedaría, tal vez, que decir en esta oportunidad ante Uds. Sin embargo, acaso haya un aspecto que, o no ha sido tratado, o ha sido considerado muy ligeramente. Me refiero a la devoción del ilustre maestro, por la democracia. La obra toda de Gavidia está vitalizada por eso que en él fue idea central: la democracia. Esta va a través del verso, de la comedia, o del drama, como una corriente subterránea que aflora a veces a la superficie, y luego se hunde, haciéndose invisible para el profano, que no penetra hasta el núcleo esotérico de la obra.

Séame permitido, pues, fijar este aspecto de la obra gavidiana como objeto de esta charla.

Vivió el Maestro en una inmensa soledad. Arisco y huraño como sus cabellos lacios, su obra la realizó de puertas adentro. Jamás tuvo un desplante demagógico. Fue sen-

(*) Conferencia pronunciada con ocasión de inaugurarse la Biblioteca Francisco Antonio Gavidia de la Facultad de Humanidades

cillo y puro. No supo de las triquiñuelas políticas, ni de las maniobras oscuras para conquistar posiciones. No significa esto que permaneciera indiferente a la vida del país. Al contrario, supo auscultarla con acierto y presentar, desnuda y fría, la realidad social.

No es cierto como algunos afirman que haya vivido de espaldas al pueblo. En todos sus escritos, el pueblo, como entidad, ocupa lugar relevante. Sólo que, como hombre superior, de estilo literario de corte clásico, profundo, su lenguaje no es asequible muchas veces al lector corriente. El se vale de alegorías, de la leyenda y la mitología para expresar su pensamiento. Y quien no sepa interpretar aquellas, se quedará prisionero en la forma de los conceptos.

La preocupación que siempre le acompañó por nuestra realidad nacional está diseminada en toda su obra, y una muestra de ello es la Cartilla “El Desanalfabetizador” que escribió para enseñar a leer.

A diferencia de la mayoría de intelectuales que traicionan su misión y se ponen mediante paga al servicio de un partido, o de una causa sectarista, Gavidia permaneció limpio, insobornable, al servicio exclusivo de las letras por lo que éstas tienen en sí de grande, noble y bello. Jamás le vimos doblegarse ante el halago del poder o la riqueza. Su vida es un ejemplo de entereza moral, de virtud cívica y de austera ecuanimidad.

Esta es la fase que más seduce y que hace inconfundible la solidez de su personalidad.

Pobre, pobrísimo, ingenuo y solitario, jamás conoció la doblez, ni el servilismo, ni la dádiva vergonzante.

Cuántos otros, en cambio, en situación menos precaria,

se vendieron al mejor postor, ensalzaron tiranos y abjuraron de los principios que otrora sustentaron.

Nadie osará poner en duda la pureza política del Maestro. Aquí, en este medio en donde la contaminación provocada por el virus de la política destruye y corroe el espíritu; defendido con armadura de acero, se mantuvo fuera de contagio. Y no es que no hiciera política. La hizo, pero política en el verdadero y alto sentido del término. La hizo a lo largo de sus escritos, en prédica constante. ¡Qué hondo sentido tiene, por ejemplo su canto a Centro América! Esta obra la escribió cuando él llevaba a cabo una campaña de formación de sociedades culturales y cooperativistas, como resultado de la cual, se crearon unas cincuenta entidades que iniciaron una revolución ideológica que empujó la transformación de las instituciones de la República. ¡Qué cuadro más sombrío pintó Gavidia en ese canto! Pueblos telúricamente unidos, pero separados por barreras de egoísmo, de odio y de ambición. Pueblos sometidos a la voluntad de un solo hombre, grupo o familia, como en los albores de la conquista. Pueblos en los que el derecho es lo que acomoda al que manda y en los que las pobres patrias son grandes latifundios administrados por un capataz. Y lo más trágico es la pervivencia de aquel cuadro. Basta para convencerse de ello leer la primera estrofa:

*Centro América duerme
Silenciosa e inerme
El sueño del olvido de los mundos;
Sus pueblos son estériles llanuras,
Zarzales infecundos
Temerosas y agrestes espesuras
Que hincha de negra savia el egoísmo;*

*Por esta selva lúgubre y sombría,
Su horrible paso en las tinieblas guía
Leñador infernal, el despotismo.*

En el drama “Ursino” se aboga por la paz entre las clases sociales, con cuadros de escenas reales de los días anteriores a la Independencia. Sin duda, habéis leído, este drama de Gavidia.

Es muy bello y ajustado a las más estrictas reglas del teatro de la época. Fue representado en el Teatro Nacional de San Salvador por primera vez el primero de abril de mil ochocientos ochenta y siete por la compañía Luque, cuya principal actora doña Soledad A. de Luque, desempeñó —a decir del propio Gavidia— con notable acierto el papel de doña Luz de López, representativa de la alta nobleza colonial.

El fondo del drama es la lucha entre las clases monárquicas y las masas oprimidas por el poder absoluto del conquistador. El capitán Partideño (aquí Gavidia recoge una leyenda salvadoreña), capitán de bandoleros, cuya consigna es la guerra a muerte a los ricos, a los nobles, a los clérigos monárquicos, es el personaje central del drama. Ese capitán, convertido en bandolero por culpa de una sabandija de apellido Ursino de Orbaneja, que le robó a la esposa virgen en la propia alcoba nupcial; ese capitán excomulgado, perseguido, con su cabeza puesta a precio, personifica todo el rencor, toda la gama de sensaciones de odio, de repulsa y de venganza que hicieran que un día se rompieran las cadenas de la esclavitud y se proclamara la igualdad y la fraternidad.

Aquel capitán, valiente, temerario, que decapitaba nobles y asaltaba conventos, sufría indeciblemente cuando al-

guno de los de su pandilla cometía algún desaguisado con las gentes pobres. Y lo condena a morir: “Yo os he dicho —les arenga— que dejéis al militar sin cabalgadura, sin espada, sin uniforme y sin dinero; que despojéis al clérigo de su sotana y al fraile de su capucha; que os apropiéis de los bienes de los ricos y los hagáis caminar a pie cuando caigan en vuestro poder; que asaltéis las cargas de dinero escoltadas por paisanos que van al Arzobispado y las rentas de la Corona de España que conducen las escoltas; a los pobres, a las mujeres y a los niños no les habéis de tocar un pelo de la cabeza”.

Y ¿cómo terminó El Partideño? Con un acto de sencilla grandeza. Encontrándose cercado con otros compañeros, hizo que éstos se salvaran y quedóse él solo para que, capturándole, la autoridad no persiguiera a los otros. Mas no contó con que un joven —casi un niño— que habíase incorporado a la banda para vengar la muerte de su madre, rehusara la huída y se quedara con él. No había tiempo que perder, y en esos preciosos instantes dióle al niño un arma para que pareciera que lo llevaba a entregar. Así salvó la vida al joven, en la seguridad de que perdería la suya.

Fue el maestro un hombre enamorado de la democracia. Le canta con fervor, como sólo le cantó a la novia de la primera juventud. Las luchas de la independencia, alumbramiento doloroso de la libertad, fueron el tema que siempre tuvo ante sí, y lo analizó concienzuda y exhaustivamente. Su “Estudio Filosófico-Histórico de los Acontecimientos Salvadoreños de 1814” demuestra en qué forma investigó e interpretó aquel proceso. Pintando el ambiente que surgió a raíz de 1811, dice: “Se sentía que sobre la ciudad, en el cenit, un angel permanecía, con las alas desmesuradamente abiertas y teniendo en la mano la espada desnuda de la

revolución”. Citando algunos hechos que fueron la simiente de los acontecimientos de 1814, agrega: “Uno de los días de febrero de 1813 un noble de los de calzón corto, casacón y medias de seda bordadas de oro, sombrero de tres picos, zapatos con hebillas de plata y el nombre de muchas palabras, Don Gregorio Díaz de la Cerda, se detenía ante un papel que había fijado en la pared de una casa”. En estos párrafos Gavidia deja asomar el desprecio que la nobleza opresora le ha inspirado.

El dicho estudio es una preciosa relación de la forma como se fraguó el movimiento revolucionario que serviría de antesala a 1821. Y no puede menos que admirarse a los actores de aquel drama que tendría como desenlace la muerte y la libertad. Tres conceptos se barajaban en las reuniones de los conjurados: Independencia, República, Federación. De los tres, el que no admitía discusión ninguna era el primero. Todos estaban conformes en que la meta final tenía que ser la Independencia, sin regateos, sin componendas, sin concesión alguna. Podía decirse que había un partido que surgió espontáneo, como fluye el agua de un manantial, sin reglas, sin elección de jefes, en el cual las contribuciones habían de ser de sangre y espíritu. Ese partido tenía su propia filosofía, dinámica, actuante, con ideas fundamentales sobre las formas de gobierno, el sufragio, la revolución, y sobre todo con un conocimiento profundo de la psicología del enemigo contra quien estaban combatiendo.

Gavidia explica todo esto con calor, con la emoción rezumando en cada palabra, como sintiendo correr por sus venas la misma onda fervorosa que encendía la llama del heroísmo de los próceres.

Y va narrando poco a poco las peripecias de la lucha del partido contra las autoridades monárquicas. “En esta

lucha de los partidos —dice— se ve la inferioridad moral de la monarquía; todos los triunfos de los independientes son fundados en la ley; todos los de las autoridades reales son actos de tiranía”.

Luego describe con dolor el fracaso, la derrota y el cierre del 2º acto del gran drama de la Independencia.

Ese mismo amor a la libertad hace que en Gavidia resalte un aspecto interesante: la devota admiración por la ciudad de San Salvador, que él considera como el núcleo de la rebeldía y como el epicentro de las nuevas doctrinas que van ganando terreno día a día, aun entre gentes que antes eran consideradas como afiliadas a la monarquía. Llega hasta atribuirle a la ciudad un destino mesiánico de libertad, y la hace vivir como si tuviera un alma, un cerebro, un espíritu. En su pensamiento la ciudad es un ente que padece, que ama y llora. Que espera y desespera. Y que dirige los pasos de los hombres por los senderos de la liberación.

En su hermoso “Panegírico de San Salvador” forjado como él lo dice, con el recuerdo puesto en el “Panegírico de Atenas” escrito por Isócrates, señala el destino providencial de la ciudad que será siglos después de su fundación el alma de la libertad.

Empieza por citar la descripción que de la comarca de Cuscatlán en la cual se levantará la ciudad, hizo el cronista Brasseur de Bourbourg, y que dice así: “Llanuras magníficas se escalonaban en terrazas inmensas, desde las orillas del Océano Pacífico hasta la base de los volcanes de Chingo, de Cuzcatlán y de Xilopango bañadas de innumerables arroyos, ofreciendo, en un espacio de doce a quince leguas las más variadas producciones. Estas ventajas no podrían dejar

de llamar la atención de los proscritos de Soconusco. Los de la tribu llamada después de los Pipiles seducidos por los atractivos del lugar y las riquezas que el suelo fecundo extendía espontáneamente a sus miradas, anunciaron a los demás su intención de no ir más lejos; y éstos que eran como la mitad del éxodo continuaron su peregrinación y no se detuvieron por fin, sino en las tierras que se extienden al Norte y al Oeste del Golfo de Conchagua”.

Se fundó la ciudad más o menos en el centro del valle. De acuerdo con la organización administrativa española, se erigió luego la institución municipal. Las primeras casas se constuyeron a la vega del río y se las conoce en conjunto con el nombre de “La Aldea”. Había en La Aldea un sitio cerrado por los muros de la Plaza Real. A ese sitio, sin saberse por qué, la institución municipal le dio el título de “La República”. El que se dirigía a ese lugar viniendo del sur —dice Gavidia— es decir de “La Aldea”, o viniendo del norte, es decir de lo que el Padre Gage oyó que llamaban “Los Montes Chontales”, si era preguntado por algún conocido, ¿adónde vas? contestaba: voy a la República. Palabras proféticas, pues en San Salvador, ya desde entonces “se iba a la República”.

Podía arrancar de allí la profecía: Gavidia lo indica. San Salvador estaba mesiánicamente destinada a ser la cuna de la República.

La profecía se cumplió al pie de la letra. A San Salvador pertenece 1811 y 1821. Y fue en San Salvador también en donde el 11 de enero de 1822 se reunió el ya famoso Cabildo Abierto, en el cual se acordó la independencia de El Salvador, para formar una República, en desafío abierto contra México, Guatemala y todo el poder imperialista de Centro América.

Gavidia, amargamente, termina su panegírico, haciéndose una pregunta y dando él mismo la respuesta: “¿Dónde están los restos, dónde están los huesos de esos próceres, cuyas cualidades deben ser objeto de estudio para todo el mundo?”

La respuesta: “Esta ciudad ha vivido más para sufrir que para pensar en la propia gloria y en sus propios hechos. Guerras fratricidas innumerables la han probado sólo en el cumplimiento de su deber y su destino; no le ha sido dado sonreír ante la escultura que nos dé la sensación elevada de su entidad moral; y en medio de tanto dolor que ha agravado la misma naturaleza móvil de su suelo, no ha podido ver donde cayeron las más preclaras figuras de su historia; por eso, ¡extranjero! hasta ahora nuestros más grandes ciudadanos sólo hallaron la fosa del soldado desconocido”.

¡Ah! decimos nosotros, y cuanta cosa más se podría agregar como causa del desconocimiento del lecho de muerte de los próceres.

¿Podrá decirse que un hombre, un escritor que así analiza los hechos gloriosos de nuestra patria, de nuestra ciudad, vivió de espaldas al pueblo como algunos lo han afirmado? ¿Podrá decirse que, encerrado en sí mismo, no compartió la angustia de nuestro vivir cotidiano, el dolor de un pueblo que aún no ha conocido la redención, de un pueblo que a siglo y cuarto de distancia del sacrificio de los proto-independientes, no ha encontrado su ruta ni ha satisfecho sus perennes aspiraciones de libertad y de vivencia de sus derechos fundamentales? Claro que no. Ha sido publicado un retrato de Gavidia hecho por el magnífico artista Valero Lecha, pocos días antes de la muerte de aquél. ¡Gavidia moribundo! El cabello hirsuto, rebelde se desgreña a los lados de la frente, y unos mechones que se levantan dobla-

dizos, dan la idea de un matorral alborotado por un viento caprichoso.

Los ojos semiabiertos, apretujados, como en un esfuerzo por aprisionar la luz. La frente, mansa, ancha y hermosa, está cruzada por arrugas profundas, caminos por donde ha fluido el pensamiento. El conjunto del rostro es el de un "ecce homo" yacente, y sugiere la imagen de un Cristo torturado.

¡Gavidia moribundo! No sé por qué nos vienen deseos de caer de rodillas y orar para rendir el último homenaje a la grandeza de un genio!

¡Gavidia agonizando! Es indudable que también agoniza la República.

No es posible hacer en los estrechos moldes de una charla, un análisis de la obra gavidiana. Ni tengo capacidad y alientos para hacerlo.

Mas, deseo insistir en la tesis que se ha divulgado tanto, del hermetismo de esa obra. Se ha dicho que su poesía es ininteligible, que es fría, intelectual y falta de espontaneidad. Quienes así piensan no han hecho, indudablemente, más que un examen superficial de sus trabajos poéticos. Hay que seguir la evolución de la personalidad de Gavidia para constatar cómo se va produciendo en él en forma ascendente el crecimiento del pensamiento. La edad y el estudio ponen su sello en la poesía. Y al romántico que forja versos sencillos de amor va sucediendo el poeta maduro que se adentra en sí mismo y se pone en contacto con la realidad ontológica del hombre, con los problemas de la vida y con los secretos de la creación. De esta manera nace esa poesía suya, a la que se quiere atribuir un esoterismo que está muy lejos de tener, al menos en el sentido teo-místico de ese vocablo. Si hay algo escondido en esa poesía, es pensamiento en co-

rriente impetuosa y conceptual. ¿Acaso no es esa la tónica de la obra de Goethe? ¿No es por ventura, el Fausto el poema más esotérico que se haya conocido en la literatura? Y ¿es por eso menos grande Goethe?

Se ha dicho también que su teatro es anacrónico, pueril y elemental.

Peio la verdad en todo esto es que la mayoría de esos críticos desconocen la obra de Gavidia.

Hablan de ella por referencias. Y van repitiendo, como un lugar común, lo que alguno por darse tonillos de gran señor de las letras, dijera en su crítica.

Las generaciones actuales con ese desprecio vanidoso que sienten por todos los valores literarios y científicos de otras generaciones, no se toman el trabajo de conocer, de escudriñar sus obras. Preguntad a alguno de estos jóvenes quiénes han leído “El Júpiter”, “Torre de Marfil”, “Amor e Interés” y os dirá moviendo los labios con desdén, que si toma cualquiera de esas obras para leerlas, se le cae de las manos.

Olvidan ellos que los conocimientos humanos van encadenándose entre sí y que toda nueva actitud filosófica, científica o literaria hunde sus raíces en la antigua, tomando de ella la savia fecunda. Cada pueblo tiene su tradición de cultura, y la de unos se forja fincándose en la de otros. Me atrevo a afirmar que Shakespeare no habría sido posible sin la tradición cultural inglesa y sin su fantástico pasado legendario. Goethe, ¿de dónde extrajo su Fausto sino de leyendas germanas que surgieron en el pueblo al compás de la marcha por los caminos del mundo buscando su destino? ¿Y qué decir de Miguel de Cervantes?

No; el afán de la juventud de arrasarlo y destruirlo todo, la coloca en el riesgo de perecer entre las ruinas. Mirad

hacia atrás jóvenes siquiera una vez al día y os convenceréis de que es suicidio separar de un tajo el presente del pasado, porque nos quedamos sin asentamiento en los pies. Mirad hacia atrás y ese empuje admirable que lleváis en las venas se tornará en corriente impetuosa, perenne y fertilizante.

He oído decir, reiteradamente, que Alberto Masferrer, es superior a Gavidia. Afirmar esto es revelar desconocimiento de la obra de uno y otro. No es posible un parangón entre ambos. Gavidia está a muchos metros de altura de Masferrer. No hay paralelismo, ni en sus vidas ni en sus obras. Masferrer es un gran escritor y un periodista insigne, pero carece de la profundidad filosófica y científica de Gavidia.

Masferrer fue un escritor popular. De convicción y habilidad periodística, supo divulgar doctrinas como la del *minimum vital*, que no eran nuevas, pero sí desconocidas en nuestro medio intelectual y social.

Además, la obra de Masferrer, rica y fecunda, sin duda, ha tenido más divulgación. Obreros, trabajadores, intelectuales, viejos y jóvenes, muchísimas gentes leyeron sus artículos publicados en "Patria", periódico que, como tribuna del pensamiento marcó una época en el periodismo salvadoreño.

Mucho bien hizo Masferrer, y lo hace aún después de su muerte, con la perennidad de su obra. Pero no creo que tenga derecho a llamársele "maestro y ejemplo de juventudes" como se le llama frecuentemente. Esto sea dicho con toda la sinceridad y la buena fe de que puedo ser capaz.

Los que contemplan desde lejos las figuras señeras de un país, lejos en el tiempo y en la historia, no tienen una noción exacta de la personalidad de esas figuras. Masferrer, tal vez por su mayor contacto con la vida pública, por haber sido un militante de la política en épocas en que se entro-

nizaban oligarquías en el poder y lo explotaban a su antojo, tuvo que incurrir, como todo ser humano, en errores que la grandeza de su inteligencia y lo empeñoso de su labor periódica y literaria, opacaron luego.

En cambio, Gavidia, permaneció immaculado. Toda su vida fue un ejemplo de constancia en la tarea, de limpidez cívica, de austeridad científica, de modestia y humildad.

Había entre ambos una diferencia temperamental. Masferrer, aun cuando fue un idealista, llevaba dentro de sí al hombre de lucha, dispuesto a aprovechar la menor oportunidad para llevar a la práctica sus ideales. Este espíritu combativo lo llevó a tomar actitudes políticas, inmiscuyéndose en campañas eleccionarias en las cuales estaría mal acomodado.

Toda la vida de Masferrer fue una encrucijada. Vivió prisionero entre dos mundos: el de la realidad y el de la fantasía. De aquí surge su conflicto interior, del cual es trasunto su obra toda. Presiente que entre esos dos mundos no hay conciliación posible y entonces trata de encontrar un hilo, siquiera que los una, como un eslabón. Y, sin duda tras la búsqueda de ese eslabón, es que se embarca en la aventura política que inicia el ocaso de su lucha, el fracaso y el desastre. Lo más extraño es que se lanza a ella con pleno conocimiento de que cometía el más grande error de su vida. En efecto, ya él, en otra ocasión, había dicho: "No será difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos rodeados y seguidos por los hombres de mejor intención. Arduos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos, ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían

serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad”.

He ahí, perfectamente definidos los resultados de su participación en la campaña eleccionaria de 1930, en la cual enarboló como bandera su doctrina del *Minimum Vital*. Alborozado, cree poder realizarla desde el poder, en la Asamblea de Diputados para la cual fue electo. Pero bien pronto se da cuenta de que lo han engañado, de que sólo fue un instrumento para conquistar un triunfo electorero, y que aquel movimiento sólo había sembrado vientos, que después devendrían tempestades. Así terminó su lucha. Y, aunque él no lo quiso, contribuyó a que se malograra el único ensayo de libertad de sufragio que ha tenido la República. Después vino la orgía sangrienta de 1932 que todos conocemos. Masferrer, desengañado, mordido por la soledad y sus recuerdos, está en el exilio. Se ha rendido en la lucha, pero, siempre grande, sabe aceptar la derrota.

Gavidia, en cambio, es un hombre fuerte, moral e intelectualmente, que sabe a donde va. Filósofo profundo, conoce las limitaciones que el mundo circundante impone a las aspiraciones humanas. Conoce que los sistemas políticos y económicos solo se cambian a través de un proceso lento de transmutación de los valores negativos, y que la mayoría de las veces, las revoluciones, la violencia, solo produce el cambio de personas y deja vigente los sistemas.

Claro que no sólo los militares ganan batallas. También las gana el escritor, el poeta, el filósofo. Pero la batalla que éstos ganan es el resultado del trabajo lento y tesonero de muchas generaciones. Es el resultado del sacrificio de muchas vidas entregadas al servicio amargo y dulce de las

ideas redentoras. Y viene entonces, por ejemplo, la muerte de la monarquía y el nacimiento de la República, la desaparición de la eterna noche medioeval y el surgir del Renacimiento. Viene la caída de la Bastilla. Viene un quince de septiembre de mil ochocientos veintiuno.

Nuestro gran humanista prefiere trabajar en silencio, contribuyendo con su obra gigantesca, la cual no está aún conocida en su totalidad, a la forja de la personalidad de la Patria, a la conquista de un nombre para ella en el mundo de la cultura.

En estos campos yermos de los países centroamericanos, Gavidia es casi un milagro, como milagro es Rubén Darío, su discípulo. Es cierto que el ambiente intelectual de la segunda mitad del siglo XIX es propicio para las letras. Grandes movimientos literarios se producen en el mundo. Pero, el medio centroamericano es hostil. La política es la única preocupación seria que desvela el espíritu de los ciudadanos. Los cuartelazos están a la orden del día. La armonía social se rompe por las rivalidades políticas. Hay una rapiña por el poder. La literatura en boga es la que aparece en las proclamas revolucionarias, los manifiestos de Partidos, los mensajes del Jefe victorioso, que siempre, en todos los tiempos, ha sido lo mismo: sosa, llena de lugares comunes, de una ampulosidad desesperante. Muchos escritores sucumben y se ponen a sueldo para redactar los mensajes presidenciales, folletines ditirámicos, y aun bandos de buen gobierno. ¿No es entonces justificado decir que el surgimiento de Gavidia es algo milagroso? ¿Y no es de admirar, con admiración reverente, a ese hombre que, pudo salir limpio y majestuoso, de ese caos moral y político en que en esos días se movía la República?

Así traspasa las fronteras del siglo, y la primera mitad del XX, la recorrerá en su misma línea de conducta, fiel a su patria y a su espíritu. Y logra dejarnos una obra unitaria, alentada por el ideal democrático. Con ella nos lega también el ejemplo de una vida de trabajo, de altruismo y probidad intelectual. Debemos recoger ese legado y aprovecharnos de él en la forma que el Maestro lo había deseado: siguiendo su ejemplo de rectitud y entereza cívicas, de amor a la patria, de anhelosa devoción a la cultura.

Enaltezcamos a Gavidia; admiremos a Masferrer. Ambos son grandes. Y ya que, con pretensiones inauditas, nos tomamos el derecho de juzgarles, pensemos que, fuera de Sócrates y Jesucristo ningún hombre de los que han movido el progreso de la Humanidad, ha sido químicamente puro. Errarum humanun est, dice el proverbio latino. El errar es de humanos. Por lo tanto, pongamos en la balanza los errores y los aciertos y contentémonos con que el fiel se incline a favor de éstos.

Además, es necesario, es indispensable que un pueblo cuente con sus hombres guías. Debemos exaltarlos a ellos, que fueron los mejores pese al cúmulo de circunstancias adversas frente a las cuales les tocó actuar.

Es hora ya de que El Salvador pueda decir: Estos son los hombres que han formado nuestra historia. Que las nuevas generaciones trabajen bajo su sombra y cumplan con la tarea que esta época extraordinaria que está viviendo el mundo, ha colocado sobre sus hombros.

La Universidad y la Enseñanza Secundaria*

La Centenaria Universidad Autónoma de El Salvador, abre nuevamente sus puertas para la iniciación de las tareas lectivas de este año. Y lo hace bajo el signo inquietante de este segundo medio siglo, a cuyos umbrales vamos entrando a paso quedo, y cabeza descubierta, recelosos e indecisos.

Recibe alborozada a los que retornan a las aulas. Y con toque de fajina alegre a los que, por primera vez, traspasan el alero acogedor. Todos son bienvenidos e invitados a participar en el gran banquete espiritual de la cultura; al quehacer intelectual, que es el más deleitoso de los quehaceres.

Bajo el palio triunfal de una Minerva austera pero insinuante, comenzaremos a officiar en el venerado santuario de la sabiduría. Con fe profunda en el destino ecuménico de la Universidad. Convencidos de que ésta ha alcanzado ya su mayoría y tiene un concepto exacto de su misión histórica. Y, a todos, a los que regresan y a los iniciados, recibimos con el saludo que leía todo el que entraba en el templo de Delfos: “¡Sed sabios!” En el lenguaje socrático ser

(*) Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad el año 1949

sabio no significa saber mucho de una o de varias cosas. No. Para Sócrates, Critias y Carmides, los tres sutiles contendores en el magnífico diálogo platónico titulado “Carmides o de la sabiduría”, sabio es una concepción total, que hace relación con la personalidad humana entera. Ser sabio es poseer en perfecto equilibrio las virtudes. Es actuar y obrar de acuerdo con los dictados de la razón y de las altas valorizaciones de la moral. Es, en fin, hacer de la vida un proceso de integración espiritual que nos convierta en nervios sensibles en la vertebración de las estructuras humanas. Sed sabios: es decir, sed ecuanímenes, sinceros con vosotros mismos, sed probos y justos. Sólo así estaréis en aptitud de cumplir la gigantesca empresa que la humanidad exige a la juventud actual: sentar las bases de un mundo nuevo en el que imperen la paz, el orden y la justicia social.

Y como gran parte del éxito que esa juventud sea capaz de alcanzar en faena tal, será corolario obligado de los recursos intelectuales que la Universidad pueda proporcionarles, he de hablar ahora, como tema central de este discurso, de una cosa que trae en desvelo desde hace rato a algunos educadores universitarios: La cosa es, la enseñanza preuniversitaria llamada secundaria. Esto de la calidad, forma y método de la enseñanza secundaria no es un problema regional. La mayoría de países en América lo tienen planteado con la incógnita al pie.

Notemos sí, una medular diferencia: Mientras en otros países se ha adelantado mucho en la búsqueda de la solución, aquí en El Salvador, hemos ido al revés hasta el grado de convertir, lo que era sólo un problema, en un verdadero acertijo. Se ha cambiado a veces de planes de estudio, como se cambia de fachada a una casa. Cosa suntuaria, externa nada más. La estructura continúa siendo de madera ruin.

y cruje de puro desajustada. Cada Ministro se ha impuesto como *modus operandi* la tarea de dejar un plan de estudios. Y como los Ministros se cambian con alguna frecuencia, pues también los planes se truecan con igual ritmo. Resultado imperativo de ello es la anarquía y el desorden en la enseñanza. La juventud no sabe para dónde va. Qué sabe y qué no sabe. Qué debe saber y qué no debe saber. Y en una trágica subversión de valores, los conocimientos entran en ella, pero ella no entra en ellos. El enseñar tórnase entonces en un procedimiento de mecanización. En un envasamiento de ideas. Y allá adentro, éstas en una danza fantástica, se agotan en un festín de confusión. ¿Qué vivencia, qué concepción, qué creación puede fluir de aquella logomaquia interna? Ninguna. ¡Sólo desorientación, encrucijadas, perplejidad! ¡Y qué dolorosa es esa perplejidad intelectual! Ese no hallar que hacer frente a la descarnada realidad. Y parecer, en la representación de un drama, el actor a quien falló su apuntador.

La Universidad recibe así jóvenes indecisos, inseguros, vacilantes. Que no saben ni siquiera lo que deben saber de su país. Inexpresivos y abúlicos. Sin esa ansiedad característica que produce la bienamada inquietud por el saber.

¿Resultados? ¡Trágicos!: Una indudable crisis de valores desde el punto de vista intelectual. Crisis que, tal como se presenta, ha dejado de ser cíclica para convertirse en crónica. Y que lleva ínsita, como reflejo nefasto, una orientación utilitaria de la carrera profesional. Y espanta y contrita el espíritu el pensar hacia qué caminos tortuosos, hacia qué peligrosas rendiciones morales puede conducir ese concepto benthiano del profesionismo.

Ya el país ha sufrido en carne viva más de alguna vez los resultados tremendos de esa escuela utilitarista. Verdades

son estas muy amargas. Pero verdades son y hay que decirlas a voz herida, en un afán de rectificaciones.

Claro se está en la trascendencia que en la vida del futuro estudiante universitario tiene la segunda enseñanza. Esta toma al hombre en plena adolescencia, es decir, en esa etapa en que la vida es un agitado laboratorio donde se forjan todos los núcleos vitales y morales de la personalidad. Es la edad crucial en el proceso de información del mundo. Todo lo que ahí se recibe queda tatuado en el alma del adolescente. Es la edad, como dice Romain Rolland, en que hay que atreverse a ser injusto y a “hacer tabla rasa con todas las admiraciones y todos los respetos consagrados, y negarlo todo, mentiras y verdades, es decir todo aquello cuya verdad no se haya reconocido personalmente”. Dicho de un modo más claro: Por la educación que recibe en el hogar, y por lo que ve y oye a su alrededor, “el niño asimila tal cantidad de mentiras mezcladas con las verdades esenciales de la vida, que el primer deber del adolescente que pretenda ser hombre sincero, es arrojarlo todo, sacudirse todo, sin clemencia y sin miedo. Cómo va a producirse eso y qué idearium va a sustituir al preexistente, cosa es que incumbe al educador, y fundamentalmente, a la segunda enseñanza.

Véase ahí surgir el grandor de la misión de esa enseñanza. Y la urgencia de trazar sus fronteras y su medular estructura. Desde dos puntos que se conectan: el objetivo y el subjetivo. El informativo y el sugestivo. El estático y el creador.

A mi juicio, el error de la metódica de la segunda enseñanza nuestra y de su planificación, estriba en que se ha hecho de ella una simple métrica del conocimiento. Es agrimensura. En vez de estructura, con alma, y circulación

interna. Cuando leemos un plan de estudios y observamos cómo se enseña, de inmediato se nos representa, a un lado la vara de medir. Y al otro, un fonógrafo de cuerda. Dos símbolos callados de una empírica concepción de la docencia. Y así no es cosa de andar y ver, que ocurra a un maestro lo que al famoso Capitán, amigo del abate Gerónimo Coignard, creación del gran escritor Anatole France. Enseñaba el Capitán a sus soldados la manera de orientarse por el aspecto de las estrellas, y que él había aprendido en sus años de mocedad. Les explicaba que trataran de hallar en el cielo la estrella polar, fija con respecto a las otras que giran en su torno en sentido contrario a las manecillas de un reloj. Pero, a fuer de veraz, el enseñante no acertaba a comprender con exactitud lo que explicaba. Por eso una de tantas veces en que repetía la lección, el Capitán en un arranque de sinceridad, dijo dirigiéndose al abate Coignard: “¡Pardiez! —mostradme esa dichosa estrella polar, que el diablo me lleve si la distingo en esa confusión de lucecillas sembradas en el cielo”.

Ese criterio guarismal de la enseñanza, conduce a esta barroca conclusión: hay que enseñar lo más posible, y en el menor tiempo dable. Con lo cual se deja de lado, al elemento primordial del trinomio: saber, maestro y aprendiz, que es éste último. Olvídase la radical evolución llevada a término por Froëbel, Pestalozzi, Rousseau y otros, y que consiste en una afirmación, casi perogrullesca: El discípulo es un principio de la Pedagogía. Sosláyase, además, lo que algunos autores, (Ortega y Gasset, entre ellos) llaman “el principio de la Economía en la enseñanza”, y que se enuncia escuetamente así: “el niño o el joven es un discípulo, un aprendiz, y esto quiere decir que no puede aprender todo lo que habría de enseñársele. Debido a ese lamentable ol-

vido contamos con planes de estudio frondosos, que son, como dice Ortega, “vistosos bosques tropicales”, tal es la variedad de asignaturas que enlistan. Léase cualquier plan y se constatará esto.

De esta guisa podría, en avance inacabable seguir señalando las fallas de nuestra enseñanza. Pero, a salvo de ocuparme de ello más adelante al analizar el actual plan de estudios de secundaria, entraré desde ya a examinar el concepto de enseñanza secundaria.

No pretenderé yo, pobre y desautorizado expositor, daros una idea clara del deber ser en la enseñanza que nos ocupa. Ni siquiera acometerlo, por lo arduo y difícil que es. Pero he de intentarlo pese a mi ánimo, porque así lo exige la naturaleza del discurso.

La enseñanza secundaria debe dar una capacidad general, debe proporcionar direcciones amplias de pensamiento y de conducta. Y ello en forma tal, que impregne paulatinamente el espíritu y favorezca el desarrollo normal y armónico de las facultades del hombre (Guyau).

Vaz Ferreira, insigne educador, ha señalado con singular acierto dos misiones a la enseñanza secundaria. “Primera: la misión o función organizadora de conocimientos y aptitudes, metódica y metodizadora, reglada, destinada a suministrar una serie de conocimientos, extensos en superficie y con un cierto mínimo de profundidad, así como a dar a esos conocimientos y a los espíritus mayor precisión y claridad; y segunda: la función de fermento, excitante, estimuladora, sugestiva”. Obsérvese cómo en esas dos misiones se da importancia paritaria con el conocimiento a esa secreta inquietud, a ese aguijón que punza noche y día y que se llama curiosidad científica. El fermento, la leva-

dura, ese florecer con caracteres de perennidad que hace falta al estudiante universitario de nuestro tiempo.

¿Cómo obtener logro de tamaña magnitud en nuestro país? Dando un viraje en redondo a toda la metodología y orientación de la enseñanza secundaria. Poniendo en el haber al núcleo visceral de la pedagogía: el aprendiz, el estudiante. Echando por la borda el lastre de una tradición astigmática que no alcanza a ver sino el horizonte de su sombra.

Y además, desburocratizando la enseñanza, y elevando —esto nunca será bastante— la condición del maestro, para que pueda rendir mejores frutos.

Hay que barrer con los planes de estudio enciclopédicos, que pretenden enseñar mucho y que no son otra cosa que una tortura inaguantable de las facultades mnemónicas. Planes inflados, con una vistosa colección de asignaturas, cuyos nombres novelean fanfarronamente. Palabras y palabras, nada más. Y que recuerdan aquel famoso diálogo entre Mefistófeles, Profesor, y Wagner, el estudiante, (que ha sido citado en verso por Alfredo L. Palacios y que yo citaré en prosa por parecerme más expresivo). —Habla Mefistófeles: —“También aquí mejor será que no escuchéis sino a un solo maestro y que juréis por su palabra. En suma, ateneos a las palabras. Entonces por la segura puerta, entraréis en el templo de la certeza.

—Estudiante: —Pero la palabra debe entrañar una idea...

—Mefistófeles: —¡Cabal! Pero no hay que apurarse mucho por eso, pues precisamente allí donde faltan las ideas se presenta una palabra en punto y en sazón. Con palabras se puede discutir a las mil maravillas, con palabras es po-

sible erigir un sistema, en las palabras se puede creer a ciegas; de una palabra no se puede quitar ni un tilde”.

En ese diálogo goetheano censúrase la vacuidad, la palabra como recipiente vacío, sin contenido conceptual. Vocablos o nombres que suenan muy bien al oído, pero que son sonidos sin retorno, que se pierden dentro de la encontradiza musicalidad de los espacios.

El enciclopedismo conduce al alumno a aprender cosas, en que el razonamiento no existe. La mnemotécnica tiene allí su más cabal realización. El raciocinio, en cambio, será un intruso, sin derecho a la palabra. Hay que hacer pues, a un lado la erudición; entendiéndose por tal en este caso, el conocimiento de detalles, en los cuales, como decía Guyau, se pierde y agota el espíritu; por ej., apunta el mismo autor: conocer según su orden cronológico todos los nombres de los reyes merovingios, con la fecha de su nacimiento y de su muerte... etc. O, como ocurre entre nosotros, saber el nombre del último cantón suizo, e ignorar cuál es la cabecera del Departamento de Cabañas.

La bondad de un Plan de estudios no depende pues, de interminables listas de materias, las cuales, si van a ser aprendidas por seres humanos, y no por semidioses, no se conocerán jamás a profundidad. Y mucho menos, llegará ese conocimiento a despertar inquietud científica alguna. Pasada la prueba examinatória, el alumno agradecerá a los dioses el haber salido de un suplicio.

El éxito vendrá por la escogitación de las asignaturas absolutamente necesarias para dar aquella capacidad general de que hablé antes. Y, fundamentalmente, del método de enseñanza, que debe combinar armónicamente, el aspecto informativo, con el formativo o sugerente. Este último tendrá

la virtud de inclinar al educando hacia la investigación, mediante la curiosidad científica en las materias que más hayan afectado su espíritu, perfilando así el aspecto vocacional.

El método debe arrojar, como cacharro inútil, la memorización simple y mecánica. La memorización tiene que venir por el entendimiento de las cosas. Cuando un problema, cualquiera que sea su índole, ha sido incorporado al entendimiento, la memorización acude automáticamente y con caracteres de perpetuidad.

Hay que insistir: el método es la parte nerviosa en la ardua tarea de enseñar. “Un plan de estudios, dice el Dr. Palacios, ya citado, no significa nada por si solo, desde el punto de vista de la enseñanza, los planes tienen una importancia secundaria. Los métodos son lo fundamental. El problema no consiste en transmitir, concluido, perfecto y de una manera sistemática, un cúmulo de conocimientos que pasan del profesor al alumno y que requieran sólo ejercicio de memoria. No, se trata de realizar un esfuerzo, sometido a una disciplina, a un método, a fin de desarrollar aptitudes ejercitando la inteligencia, la voluntad y el corazón, para que el alumno, por sí mismo, pueda adquirir los conocimientos y un juicio exacto de los hechos”.

No voy a insistir sobre este punto de la adecuación del método y su importancia. Es esto tan inconcuso, tan axiológico, que todo lo que pudiera decir al respecto, sería, sin duda, ripioso.

Enfatizaré, además, el hecho de que todo plan de estudios debe ir precedido en su aplicación de una observación cuidadosa del medio; medio vital, que comprende al profesor y al alumno y medio físico o telúrico que incluye muchísimos factores que tocará analizar y calificar al pedagogo.

Después, ya estando el plan en aplicabilidad, habrá que llevar un riguroso control de sus resultados, compilando una estadística que refleje con exactitud dónde están los vacíos, y qué modificaciones deben introducirse para remediarlos.

El dato estadístico es algo absolutamente indispensable. Se conocerán a través de él las curvas de la enseñanza, y se sabrá si ésta es capaz de producir las finalidades tenidas en mira. Pero esa información estadística debe ser sincera, veraz, un exacto trasunto de la realidad. Y desde luego, tiene que combinarse con la estadística de la enseñanza universitaria para determinar las repercusiones del bachillerato en los estudios profesionales.

De no proceder así, estaremos siempre en el error de creer que la virtud de un plan reside en él mismo, y no en los efectos que produzca en los educandos.

Con lo cual revelamos que nada vale el sujeto enseñado, “o, como afirma el notable educacionista argentino Ernesto Nelson, que procedemos teniendo en cuenta un sujeto absurdamente perfecto, con cuya incondicional aquiescencia contamos”.

Este mismo autor, hablando sobre este tema, dice muy gráficamente: “Procedemos imitando a nuestros abuelos, quienes al trazar la planta de las ciudades coloniales todo lo sacrificaban a la regularidad falaz del damero, mientras los colonizadores del Norte, más respetuosos de las necesidades objetivas de la vida, abrían las calles y los caminos siguiendo la huella que los modestos pobladores dejaban impresa al realizar sus diarias transacciones”.

*Consideraciones sobre el actual Plan de Estudios
de Enseñanza Secundaria*

Quiero hacer referencia, aunque somera, al actual Plan de Estudios de Secundaria, porque tengo el criterio, tal vez muy personal, de que tal Plan adolece de vicios tremendos, cuya enmienda es de impostergable necesidad procurar. No entraré en un detallismo cansino. En primer lugar, porque sería abusar de la paciencia vuestra. Y en segundo, porque deseo dedicar toda atención a este aspecto fundamentalísimo del Plan: la polifurcación de los estudios en general y de especialización.

Aunque en el acuerdo del Poder Ejecutivo de 6 de Marzo de 1947, no se dice claramente que el Plan básico por él creado, lleva como secuela el estudio de dos años de especialización, con miras a seguir una determinada carrera profesional, algunos de sus considerandos lo dan a entender así. Y parece que tal es el perseguimiento central del Plan. No se conoce aún la colección de asignaturas que comprenderán los cursos de especialización. Pero cualesquiera sean, la falla del sistema a mi entender estriba en esa polifurcación de los estudios, generales por un lado y especializados, por el otro.

Los defectos son múltiples. Veamos. Si dedicando un lustro, como en el plan anterior, a la supuesta —aunque irrealizada— capacitación general, esta no se obtenía, ni con mucho, menos va a conseguirse ahora con un trienio. Está muy bien que la enseñanza secundaria se considere como una complementación o ampliación de la Primaria. Pero está muy mal que por ello, se trate de complementarla en una mínima escala.

Viniendo a la especialización, ni aún como tal, es acer-

tada, por ser prematura. No es edad ni ocasión, promediando la adolescencia, para especializarse en nada.

Esto, fuera de la monstruosa tragedia que para la cultura, entendiendo esta palabra en su sentido de universalidad, —que es el exacto— significa el especialismo.

Tragedia, tanto más irremediable, cuanto que principiaría a incubarse en edad temprana. Entonces, el hombre se barbarizará más pronta y seguramente, y estará perdido en gran parte para la ciencia. Porque, en el especialismo, el hombre se fragmenta. El mundo se achica, hasta convertirse en una porciúncula, en un pequeño universo. Solamente lo que está dentro de su campo visual, es lo que tiene valencia decisiva. Es como un horticultor, que considera que, fuera de las especies que él cultiva, ninguna tiene calidad y prestigio. En su erial está concentrada toda la fuerza y esencia de la tierra.

No quiere ello decir que el especialista, el técnico, sea un ente inútil. ¡No!, líbreme Dios de afirmar tal cosa. Al contrario, es muy capaz de impulsar el progreso científico, como una consecuencia de la aplicación de su técnica. Lo que afirmo es, que el especialista se deshumaniza, sólo tiene una concepción pragmática y fragmentada del mundo. Como vive en su pequeño rincón de universo, no se da cuenta de lo que acontece en el resto. Huraño y sañudo, hermético y árido, ve la opinión ajena en un sentido peyorativo. Desprecia cualquier faceta del saber que no corresponda a la que en él se mueve. En una palabra, no es un hombre culto, y se formará siempre una idea falaz de las verdades esenciales de la vida. No puede decirse que sea un hombre que va a cruzar con éxito la oscura y procelosa selva que se abre ante nosotros en cuanto nuestra mente es capaz de racionalizar el mundo. Le faltará la facultad de visión total y pasará de largo allí donde debe necesariamente hacer escala. No

lograrán impresionar su retina los paisajes, que, dormidos en la lejanía indistinta no han sido reflejados en la pantalla de su contemplación.

Este aspecto segmentado del especialista fue puesto ya de manifiesto por autores antiguos. En un libro del escritor chino Chuang Tse, uno de los personajes mitológicos que interviene en el diálogo, llamado “el Dios del Mar del Norte”, dice: “¿Cómo podré hablar del mar con la rana si no ha salido de su charca? ¿Cómo podré hablar del hielo con el pájaro de estío si está retenido en su estación? ¿Cómo podré hablar con el sabio acerca de la vida si es prisionero de su doctrina?” (Citado por Ortega y Gasset en el Libro de las Misiones).

Decididamente, si el especialista no se baña con el rocío suave y bienhechor de la cultura, caerá en un simplismo y en una estrechez desconcertante. Y tendrá entonces razón Ortega y Gasset cuando cáusticamente afirma: “ha sido menester esperar hasta los comienzos del siglo XX para que se presenciase un espectáculo increíble: el de la peculiarísima brutalidad y la agresiva estupidez con que se comporta un hombre cuando sabe mucho de una cosa e ignora de raíz las demás”.

Y el problema del especialista es tanto más grave cuanto que éste, por el complejo de suficiencia que se atribuye a sí mismo, cree comprender y penetrar todas las cosas con la misma pericia y habilidad con que domina su ciencia.

Y se le verá actuar desacertada pero decisivamente en todos los órdenes de la vida que no son su especialidad. Así, dice Ortega y Gasset: “en política, en arte, en los usos sociales, en las otras ciencias, tomará posiciones de primitivo, de ignorantísimo; pero las tomará con energía y suficiencia, sin admitir — y esto es lo paradójico — especialistas de esas cosas”.

De allí que, no hay ninguna novedad en que la doctrina que informa actualmente la docencia sea la evitación de toda tendencia al especialismo exclusivista. Y la estimulación cada vez más intensa del sistema por medio del cual se combinen armónicamente el especialismo y la capacitación para la comprensión general del mundo. Hoy día, toda la enseñanza universitaria está tratando de orientarse en el sentido humanista. Y con sobrada razón se proclama como un dogma la vuelta al humanismo con el objeto de salvar a la humanidad de una segura catástrofe moral.

No debemos pues, patrocinar un especialismo adolescente y prematuro. Un especialismo mnemotécnico, que ni será tal especialismo ni nada. Y sólo producirá desconcierto y estulticia. Principalmente si se conservan los métodos tradicionales de enseñanza.

Se ha dicho por ahí que con la adopción del plan básico se obtendrán dos benéficos resultados: preparar a los alumnos para el ingreso a la Universidad, y darles una oportunidad de descubrir su propia vocación.

Ni lo uno, ni lo otro es cierto, porque la Universidad no quiere individuos especializados en esto o aquello.

No desea a ciudadanos a cuyas mentes ha empezado a ponérseles un dique, un molde, en el que deban vaciarse. La Universidad lo que exige y necesita, es una preparación integral que abra de par en par las ventanas del espíritu a todas las corrientes del saber humano; de tal modo que cualquiera que sea la carrera profesional que acierten a escoger, tengan por adelantado una amplia visión de las verdades esenciales de la existencia.

Que se favorece el desarrollo vocacional, es igualmente falso. No se puede elegir tan prematuramente una carrera,

porque se corre el riesgo de errar. No hay aún suficiente conciencia, cabal comprensión para discriminar sobre una vocación; al contrario, el plan coloca al educando en una situación de sí o no cuando aún no tiene base para afirmar o negar. Lo más seguro es que equivoque el camino y pierda un tiempo precioso, o llegue a ser un profesional mediocre.

Todo, aparte de que, examinando la realidad de las cosas, la vocación es algo muy excepcional.

En la mayoría de los casos, son influencias de tradición familiar, las que impulsan a la escogencia de una carrera. Hay también razones de orden económico, mayor facilidad de los estudios, o condiciones favorables, según los horarios de clase, para dedicarse a actividades ajenas al aula universitaria. Y muchísimos otros factores, que no significan, ni con mucho, vocación.

Por otra parte, las más elementales reglas de pedagogía, enseñan que no es esa la manera científica de descubrir una vocación. La técnica educacional abunda en métodos adecuados para ello. Y si algo quiere hacerse en tal sentido entre nosotros, no se logrará estableciendo planes básicos polifurcados de enseñanza. Habrá que fundar escuelas vocacionales servidas por pedagogos expertos en la materia.

No hay, como se ve, argumentos científicos ni de ningún otro orden, que ameriten la adopción del Plan Básico.

Y estoy firmemente convencido de que su implantamiento es un error fundamental, cuyas consecuencias no se harán esperar.

La buena intención de los organismos que ahora rigen la enseñanza, se verá sin duda defraudada por los resultados, cuando la primera entrega de bachilleres pseudo-técnicos ingrese a la Universidad.

Por ello, antes de hacer un ensayo experimental, no deben olvidarse que no están ensayando con conejillos de indias, sino con seres humanos, con adolescentes de cuya integración moral, espiritual e intelectual son hasta cierto punto responsables. Una mala enseñanza, un método deleznable, un error de orientación pueden malograr la inteligencia y conducir, tal vez, al filisteísmo profesional.

Cada país espera, por etapas, el impulso creador que el granar de sus juventudes pueda imprimirle. Y son ellas las que deben encender la luz de la esperanza que mantiene a los pueblos atisbando el arribo de una redención que tal vez nunca ha de llegar. Son ellas las que, mochila al hombro, plena del recuerdo de los muertos que cayeron en la lucha, y del estímulo de los vivos que desgajan su existencia en duro batallar, las que tienen en sus manos el advenimiento de una era de descanso, de bienestar y de sosiego para la humanidad.

Es preciso, pues, que estén listas y hábiles para esa cruzada de liberación. Y somos nosotros, las gentes que enseñamos, las que responderemos a las generaciones venideras por la preparación cultural y moral de esas juventudes. No debemos defraudar a la historia. No podemos traicionarnos a nosotros mismos dejando sólo desesperanza e inquietud tras de nuestros pasos. Es necesario regar el grano con la seguridad de que no obtendremos una cosecha magra. Hagámoslo, y pronto, antes de que la inclemencia del tiempo deje nuestra tierra convertida en un sequedal en que sólo crezca la mala hierba.

Es, pues impostergable, el cambio de estructura y metodización en la Enseñanza Secundaria. Las cosas no pueden, no deben continuar como están. Hay que afrontar el problema sin miedo, con decidido empeño. Yo quiero que

sea esta ocasión propicia para lanzar un S.O.S. haciendo un llamamiento desesperado a las autoridades correspondientes para que, sin tardanza alguna, se apresten a resolver problema de tan inusitada trascendencia para el país. Estoy plenamente seguro de que en estos momentos no hay ciudadano consciente, no hay padre de familia, que no sienta la necesidad de que estas cosas se remedien.

Y repito, que no sólo es el porvenir científico de El Salvador el que está en juego, sino también su destino moral y espiritual. Es, por tanto cuestión biológica, y como tal debe ser tratada. Hay que inyectar el cuerpo enfermo; hay que usar el bisturí, y cortar las células muertas. Sólo así habrá sangre joven, plasma creador que haga el milagro de hacer florecer estos campos yermos y trágicamente desolados.

No quiero terminar este mi ya largo y cansado discurso, sin formular las siguientes conclusiones:

I.—Hay que sostener y desarrollar el principio de unidad de la enseñanza, desde la Primaria hasta la Universitaria.

II.—Deben cambiarse los métodos de enseñanza y los planes de estudio y adecuarlos a los postulados de la docencia que he dejado expuestos.

III.—Es de urgencia inmediata la selección cuidadosa de maestros, y la elevación de su standar de vida, para que puedan dedicarse por entero al desempeño de su difícil tarea. El maestro sigue siendo, hoy día, clase paupérrima en la burocracia oficial.

IV.—A fin de hacer vivir el principio de unidad de la enseñanza se requiere la creación de un organismo servido por los mejores maestros, en el cual tenga participación

directa la Universidad. Ese organismo debe ser autónomo e independiente, a efecto de alejarlo de las contingencias políticas y del snobismo y caprichos ministeriales. A su cargo estará el control de toda la enseñanza Primaria y Secundaria de la República. Sólo él podrá formular planes de estudio. Y será misión primordial suya, esforzarse por el logro de la unificación de Planes con los demás países centroamericanos.

Deseo expresar, por último, que todo lo aquí expuesto es opinión personal; inspirada en mi particular punto de vista.

Y que, a pesar de las apariencias, el minuto que vive El Salvador es de bancarrota de valores intelectuales y espirituales, que trae como consecuencia una peligrosa desorientación en el proceso formativo de las nuevas estructuras jurídico-sociales, que necesariamente han de surgir, aunque sólo sea por la fuerza de la inercia de las circunstancias.

Bancarrota que en gran parte debe atribuirse a los resultados nugatorios de la enseñanza en su triple fase de primaria, secundaria y universitaria.

Salvemos lo que aún queda por salvarse, enderezando nuestros pasos por los senderos de la decencia y la cultura, a través de la reforma de la enseñanza.

*Moral Profesional**

Señor Rector de la Universidad,
Señoras y Señores:

En la concha sonora de esta sala universitaria están vibrando aún las voces de sapiencia de los que, antes que yo, han ocupado ésta —que debe ser— la más alta tribuna intelectual de la República. Esas voces me aturden. Y el aturdimiento hace que la palabra tiemble insegura en las cuartillas, y salga de mis labios, desaliñada y mínima. Y siento que se anula mi esfuerzo, y que el optimismo que tal vez me impulsara a cargar sobre mis hombros la responsabilidad de este discurso, se torna en timidez. Resultado de todo ello será que vosotros que habéis venido a esta casa con la esperanza de distraer vuestro espíritu con cosas del espíritu, no hallaréis sino carnadas para el tedio, estímulo cargoso para vuestro aburrimiento. Y bien, no será mía la culpa. Sino del señor Rector de la Universidad y del señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia que me escogieron —algún error debían cometer— para dictar esta plática en la que vosotros seréis, a no dudarlo, forzados oyentes.

La razón que me indujo a aceptar tan arduo trabajo,

(*) Discurso pronunciado en la apertura de cursos el 15 de febrero de 1940

es de orden sentimental. Y precisamente por ser sentimental, y tal vez solamente por eso, es una poderosísima razón. Esta, en efecto, tiene su raigambre en el recuerdo. Está fresco aún en mi mente el rastro de los años que pasaron galopando por caminos de ilusión. Siento aún el calor de este hogar, en cuyo brasero perennemente encendido quemara inquietudes para llamear energías. Oigo la vocinglería novelera de los cachorros mientras golpean impacientes la ubre de la madre. Veo caer en las bocas ávidas el líquido, a veces —las más— adulterado de opacidad. Siento, veo y oigo aún el jadeo de la madre en su infinita jornada nutricia.

Y por eso me tenéis aquí. Y por esto tenéis que oír —lo estáis haciendo ya— mi desautorizada voz.

Y también por eso he de hablaros de dos cosas —quiero decir principios— que traen en desvelo desde muchas noches ha, a esta madre chica que es la Universidad, y a la otra gran madre nuestra que es la Patria. Quiero hablaros de la moral y de la moralidad. Y en vía directa, de la moral y de la moralidad en la carrera del derecho. Del abogado y del estudiante de leyes. De la justicia de las leyes y de las leyes de la justicia.

Según podéis ver, no es ésta una fácil tarea. Pero procuraré acometerla —como diría don Quijote— aunque salga mal parado y peor sentado de la empresa.

No voy a haceros un inventario de tantas y tantas cosas que se han dicho acerca de la moral, ni de las no menos numerosas que muchos han contado respecto a la moral en el derecho. Las circunstancias me obligan a ser breve. Y breve seré, no lo dudéis.

Únicamente permitidme echar una ojeada panorámica sobre el mundo filosófico, aunque sólo sea para contaros lo que vosotros ya sabéis: la evolución experimentada por el concepto de la moral. No a través de las épocas históricas, ni asomándome al corazón de los pueblos —que ello sería de larga referencia— sino siguiendo el enmarañado trajinar de los filósofos por el amplio erial en el que ellos son sembradores eternos: la filosofía.

No es ciencia nueva la moral. Nació cuando la filosofía era aún impúber y para ser más exactos, cuando ésta daba sus primeros vagidos. La *Ética de Nicomaco* y la *Ética de Eudemo*, tratados de moral de Aristóteles, dan de ello fe y aserto. Y lo propio hace Platón en sus diálogos, como en el *Gorgias*. Y Mencio, discípulo de Confucio, año 314 a. J.

El concepto de lo moral ha sido vario y contradictorio como contradictorio y vario es el devenir de los hombres. Pero en los estratos hondos de la conciencia colectiva, ha persistido con firmeza de basalto, lo que podría llamarse la *Unidad Moral*. Es decir, principios morales universales, de ahora y siempre. Que no han cambiado no obstante las vicisitudes de la historia y de los acertijos de la conciencia humana. Y que se han convertido en una ley moral natural, que no es una en Roma y otra en Atenas, como decía Cicerón. Así vista, la moral es una realidad social. Vive y actúa. Es una articulación en el esqueleto de principios biológicos de toda sociedad. Extiende en ésta su raigambre múltipara, como árbol milenario que busca en lo profundo el jugo propicio de la solera antigua.

En esa evolución de la moral se ve clara y distinta la tendencia depurativa; el acercamiento cansino pero constante hacia la verdad intrínseca y evidencial. Hasta identificar la moral con el bien y el deber, y hacerla causa determinante

de todas nuestras acciones, para que éstas converjan al cumplimiento de los fines humanos.

Siguiendo por las veredas indecisas de la sabiduría, la huella de los filósofos, podemos encontrar sin esfuerzo, tres sistemas de moral: el placer, el interés y lo sentimental. Los tres —cada uno en su época— han abierto incisiones profundas en el destino de la humanidad, por las que se filtraron errores fundamentales, que más de una vez torcieron su senda y estancaron —con amagos de regresión— su progreso espiritual.

El placer es una inclinación natural del hombre; tan natural, que está dentro del libertinaje del instinto. De ahí que, haciendo una infusión absurda de materia y espíritu, haya sido tomado como causificador de toda acción humana. Y se haya afirmado —en contundencia bestial— que todo lo que se haga en inquisición del placer, es moral; entendiendo por placer, la galanura de la vida en cualesquiera de sus formas, la satisfacción inmediata de los deseos en procura del bienestar personal.

Este sistema —que no es tal sistema, sino un cínico pretexto para el goce— fundamentaliza el gobierno de las pasiones entronizando la tiranía del instinto. Afirma como razón de conducta la animalidad. Y sin hacer ningún aprecio de sus altas facultades mentales, abandona la vida del hombre en las alas inseguras del azar. Es la fácil moral tartu-fista que pulula como duendecillo malévolo por todos los rincones de las almas. Y aguaita en los recodos de la hipocresía el lascivismo fugaz y propicio. Ha muerto como sistema de moral pero subsiste como sistema de vida. Roe la potencialidad de las razas. Recrudece la penuria de las clases bajas sociales. Y es una acusación latente, sorda y

honda contra las mal llamadas aristocracias, que no son sino mediocracias.

En la antigüedad fue Aristipo de Cyrene el original artífice de la doctrina del placer. Vivió en 380 años antes de Jesucristo, fue discípulo de Sócrates, y la escuela que fundó ha pasado al tarjetero de curiosidades antiguas, con el nombre de cirenaica. Predicó el placer sin medida ni elección. “El hombre —decía— no debe seguir más leyes que los impulsos de su sensibilidad”. “El placer es el camino de la felicidad” repetía. Y sin embargo sus discípulos llamados hedonistas, después de recorrer toda la gama histórica del placer, estragados y esplinescos, terminaron por predicar el suicidio como una liberación.

Insistentemente se ha citado a Epicuro como apóstol del hedonismo. Pero esto no es del todo exacto, pues si bien es cierto que enseñaba el placer como fin de la vida, hacía distinción entre los placeres honestos, y aquellos que nos causan pena, tales los placeres groseros de la carne, y los que en general hacen más bien al cuerpo que al alma.

Y contrariamente a lo que se cree, el propio Epicuro fue sobrio en extremo, virtuoso y sosegado, si hemos de aceptar como cierto lo que nos cuenta su biógrafo Diógenes Laercio. Y suya —de Epicuro— es esta máxima: “Lo estrictamente necesario debe bastar para la felicidad del virtuoso, con pan de cebada y un poco de agua, se puede ser tan feliz como Júpiter”. Lo cual, agrego yo, ya es bastante felicidad.

En los tiempos modernos —apenas corriendo el 1837— Carlos Fourier, se esforzó por resucitar el placer como sistema de moral. Según él, el hombre anida en el complejo de su conciencia física, doce pasiones, y satisfacerlas es el fin único de la vida. Mas, poca fortuna tuvieron en la masa social y en la intelectualística las utopías de Fourier, y su

intento de resurrección, no pasó de ser una ligera euforia orgánica.

Otros hay que —sin implantar escuela— han aconsejado el placer. El Arcipreste de Hita, Juan Ruiz, ha dicho:

*“Palabras son de sabio e dixolo Catón
Que omene a sus coydados que tiene en coracon,
Entre ponga placeres e alegre la racon
Que la mucha tristeza, mucho coydado pon”.*

Y alguien ha dicho que es inmoral contrariar los deseos del cuerpo, como inmoral es atentar contra la vida propia. Que el deseo insatisfecho conduce a veces a la irracionalidad. Y se cita el caso —clásico— de Raimundo Lulio, uno de los cerebros más completos de la Edad Media. Dícese que, luego de casado, concibió una pasión diabólica por otra mujer a quien perseguía incansablemente. En uno de los instantes en que ella se vio más ferozmente amenazada por los deseos sensuales de Lulio, para librarse se abrió la fina camisa y le mostró su pecho horriblemente corroído por una llaga cancerosa. Abandonó entonces él la persecución tenaz del deleite, y se tornó contemplativo y melancólico, a grado tal, que su familia hubo de pedir su interdicción, y el nombramiento de un curador de sus bienes, que eran cuantiosos. Desde aquel día se apoderó de él la obsesión de la muerte, que no lo abandonó jamás.

Pero estos ejemplos —hay otros más— no vienen a justificar la moral del placer, sino a demostrar que el individuo, quien quiera que sea, que sufre un traumatismo psíquico, pierde el control de su mecanismo mental, y el desorden —la lógica de lo ilógico— se enseñorea de todos sus actos. Para él no hay moral. Es un ser amoral. Está en un oasis del gran desierto de la inconciencia. . .

Más allá podría extenderme haciendo crónica novelada de este sistema de moral, pero sería quitaros el tiempo inútilmente, contándoos cosas que vosotros ya sabéis.

En cambio, la moral del interés, marca ya un grado de evolución ascendente en las especulaciones filosóficas sobre esta materia. Fue iniciada con Epicuro y continuada por varios filósofos, entre ellos Hobbes, Helvetius, D'Holbach, La Metrie, etc., quienes subordinaron la moral no ya a un interés simple sino al interés bien entendido, es decir, la apreciación exacta y difícil de todo lo que contribuye segura y ampliamente a nuestra felicidad.

Este interés, al principio puramente individual, tramonta paulatinamente al interés general, hasta llegar a confundirse con él. Y entonces se subordina la moral a la utilidad social, en tanto que la felicidad de otro, es necesaria a la felicidad nuestra.

Esta idea se descubre en los escritos de Benthan, Stuart Mills y Spencer, quienes dieron súbita importancia a la utilidad en las relaciones entre los hombres, y por ello fueron llamados utilitaristas. Para éstos, el bien es lo que es propio para aumentar la felicidad del individuo. Y el hombre sabio es el que está más preparado para hacer la selección de medios o actos que sirvan para acrecentar esa felicidad. De esta manera, el sabio es un hombre que guarda para el porvenir, tesoros de felicidad, “que cobra sus rentas con anticipación y acumula los intereses”. Y la sabiduría, una especie de aritmética moral, que hace cuenta del valor de cada placer, en el gran todo que se llama felicidad.

Sostienen ellos, que jamás puede existir conflicto entre el interés —utilidad individual, y el interés— utilidad social, porque la virtud social es el sacrificio que un hombre

hace de su propio placer para asegurarse, sirviendo el interés de otro, mayor suma de placer a sí mismo.

¿A qué llamamos bien? se preguntan: “Precisamente a lo que ha sido siempre considerado como útil para la mayoría de los hombres”.

Estas doctrinas se aproximan sin duda a la verdad moral, pero cojean de absolutismo. No todo lo que es útil es moral. Lo honesto y lo útil están —las más veces— en contradicción. Por ejemplo, es justo sacrificar la vida en aras de un ideal, pero ¿podrá el sacrificio de la vida estar conforme con la utilidad o el interés del que lo hace? El juicio que cada uno tiene sobre su interés —decía Kant— depende de su manera de ver; y esta manera de ver varía no sólo de individuo a individuo, sino en el mismo individuo. Se pueden encontrar muy bien reglas generales que convengan a menudo, pero no reglas universales que tengan siempre y en todas partes el mismo valor.

El interés personal, la utilidad —aun la social— son entidades eminentemente cambiantes y tornadizas. No pueden servir de puntales para sostener el complicado engranaje de una moral universal. El interés, además, no tiene normas de obligatoriedad. Puede aconsejar la virtud, pero no la ordena. Nadie está obligado a ser feliz —interés-utilidad— pero sí a ser virtuoso —moral pura.

Decía Stuart Mills: “Preguntaos si sois feliz, y dejaréis de serlo. Para ser feliz no hay más que un solo medio: tomar por fin de la vida no la felicidad, sino algún fin extraño a la felicidad”. Con lo cual el ilustre moralista-filósofo contradecía su doctrina de la utilidad, de manera admirable.

No obstante su bondad, debe, pues, la doctrina del interés personal ser rechazada como sistema de moral.

Así como —en lo general— los hombres tienen una tendencia natural al placer, así también —aunque por excepción— hay hombres que no actúan sino bajo los impulsos del corazón. Sensibilizan, no razonan. Los axiomas de la razón se aglutinan en la intimidad del corazón. De aquí que algunos filósofos hayan sostenido como sistema la moral del sentimiento, lo sentimental. Unos han tomado como base los sentimientos en general, otros los de humanidad, y alguien el de la simpatía. Este último fue escogido por el filósofo y economista Adam Smith. Para él, la simpatía es la que nos permite colocarnos en el lugar de nuestros semejantes, y participar de sus goces y sus dolores. Esta simpatía se excita y se agiganta en presencia de las acciones de otro, cuando ellas están conformes con lo que la generalidad de los hombres llama honestidad. Simpatizamos con la madre que se sacrifica por su hijo, con aquél que a la ofensa opone la bondad. Y es en esa simpatía en la que nosotros reconocemos el bien, porque el corazón está dictando su conformidad.

Esto, en cuanto a las acciones de otro. En cuanto a las propias, Smith supone un desdoblamiento de la conciencia y sostiene que cada individuo es observador imparcial de sus actos, y según la simpatía o su contrario, que le inspieren, deberá aprobarlos o rechazarlos.

La doctrina a pinceladas descrita, amén de estar ya en parte comprendida en el sistema de la utilidad, y participar por consiguiente de sus mismos vacíos e inconvenientes, no opone beligerancia a la recta razón. A la vista está que ella sería exacta solamente para ciertas almas únicas, privilegiadas que tienden naturalmente a realizar acciones generosas, y que pueden así, ahorrarse el trabajo del raciocinio. Por lo tanto no podrá normarse como principio general de conducta. Además, el sentimiento como el interés —que es

su especie— es inestable y frágil. Varía con las razas, el medio en que se vive y el grado de cultura. Por otra parte, no tiene el sentimiento la característica esencial que debe tener la ley moral para que sea tal: la obligatoriedad.

Igual que los otros sistemas, y por más o menos idénticos motivos, éste debe también rechazarse como explicativo moral.

Si ni el placer, ni el interés, ni el sentimiento son los principios de la moral, ¿en qué fenómeno de la conciencia habremos de encontrar esos principios? La mayoría de los filósofos están acordes en que los únicos postulados inmovibles de la moral deben ser el bien y el deber. Bien, si se considera en sí misma la esencia de las acciones morales. Deber, si relacionadas estas acciones con nosotros mismos, reconocemos la obligación de practicarlas.

El bien tiene todas las características de la norma moral, puesto que existe universalmente y su contenido intrínseco es invariable, sin subordinación alguna a nuestro interés. Su obligatoriedad es indiscutible y su práctica un imperativo biológico. Lo propio puede afirmarse del deber, que es un forzoso corolario del bien.

Pero surge entonces otra dificultad no menos insalvable; la determinación de la verdadera naturaleza del bien. Dificultad que ha cansado la mente de los hombres dedicados a la especulación científica, sin que hasta la hora actual pueda decirse que se ha encontrado la manera de salvarla. Al aficionado, pues, no le queda otro recurso que contentarse con las conclusiones últimas de la filosofía a ese respecto, aunque no cubran del todo los vacíos de la duda.

Para algunos el bien es la verdad. Sócrates en sus enseñanzas confundía la verdad con la virtud. Y en los tiempos modernos el filósofo inglés Wollaston ha sostenido igual

teoría. Para él, toda virtud es la afirmación de una verdad, y todo vicio, su negación.

Mas esa doctrina se descalifica con este principio axiomático: No todo lo que es bien es verdadero, ni viceversa.

Otros —desde los griegos— afirman que el bien es lo bello. Platón decía: “Es más bello sufrir una injusticia que cometerla”, empleando bello por mejor o bueno. Herbart, filósofo alemán, coloca el deber en la estética.

Pero si bien es cierto que lo verdadero y lo bello están íntimamente emparentados al bien, hasta el grado de ser aquéllos elementos de éste, no lo es menos que no todo lo que es bello es bueno, ni al contrario. Bellos cuadros, magníficas estatuas, nada tienen que ver a veces con el bien.

Supuesto que el bien es verdadero y bello, precisa encontrar el elemento complementario para formar la unidad filosófica. Y los que lo han buscado, han pretendido hallarle en el orden y en la perfección. Y sientan entonces —como lo hace Jouffroy— que el bien es el orden natural que establece entre los seres relaciones de mutua dependencia, y entre las facultades de un mismo ser, relaciones de subordinación. El mismo Jouffroy en sus misceláneas filosóficas afirma que “el bien para un ser es el cumplimiento de su destino; el mal, el no cumplimiento de su destino. Hecho de una manera más que de otra, este ser está destinado a representar tal papel más bien que otro, lo que es verdaderamente bueno para él, puesto que su manera de ser lo obliga a ello, es que este papel sea cumplido”.

Y Spinoza: “La perfección es el ser: el bien o el mal consiste en el acrecentamiento o la disminución del ser”.

Janet: “Llamamos bien todo lo que acrecienta nuestro poder; mal, todo lo que lo disminuye. La libertad. la con-

ciencia, el pensamiento, aumentan nuestro poder y nuestro ser; la pasión ciega y brutal, nos pone al contrario bajo la servidumbre de las cosas”.

Aristóteles: “El bien es la causa final”.

Y los antiguos filósofos resumieron sus teorías sobre el bien en estas palabras: “Sequere naturam”, “hay que seguir la naturaleza”. Y agregaban: “El destino del hombre no es otra cosa que su misma naturaleza elevada al más alto grado de perfección”.

En toda la idea del bien, pues, campea el orden natural de las cosas, la perfección armónica de los seres, el reconocimiento de leyes biológicas que condicionan el desarrollo eufónico de la personalidad humana.

Y he ahí, por qué todos tenemos la obligación de practicar el bien. Este, en su esencia misma, es obligatorio. Poniendo al margen la creencia de que el bien es obligatorio porque es un principio de la voluntad divina, y de que —como afirma Gerson—: “Dios no quiere ciertos actos porque son buenos, sino que son buenos porque él los quiere”, la obligatoriedad del bien, y por ende, de las reglas morales, está en el principio de la dignidad humana. Si tenemos conciencia de esa dignidad es innegable que huiremos de realizar todo aquello que pueda rebajar, envilecer o deshonorar nuestro ser. Todo lo que es malo nos hace indignos de nosotros mismos. La intemperancia nos empuja hacia la animalidad. La injusticia nos acerca a la barbarie. La mentira disminuye nuestra estatura moral.

Determinada así la naturaleza del bien, y su complemento el deber, no cabe vacilación alguna en reconocer como verdaderos principios-sistemas de la moral, el bien y el deber; que son a la vez, las dos macizas pilastras sobre las

que se levanta, hasta besar las estrellas, el vasto anfiteatro de la fraternidad universal.

Y no quiero concluir esta parte de mi trabajo sin citaros estos hermosos pensamientos de Kant, el insigne filósofo alemán, en su *Crítica de la Razón Práctica*: “Dos cosas llenan el alma de una admiración y de un respeto siempre renacientes, y que se aumentan a medida que el pensamiento es más reflexivo e insistente; el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en nuestro interior. No tengo necesidad de buscarlas ni de adivinarlas, como si estuvieran envueltas entre nubes, o colocadas más allá de mi horizonte, en una región inaccesible; las veo delante de mí y las uno inmediatamente a la conciencia de mi existencia. La primera, la coloco en el mundo exterior que yo ocupo, extendiendo la relación de mi ser con las cosas a todo este espacio inmenso donde los mundos se juntan a los mundos, y los sistemas a los sistemas, y a toda la duración sin límites de sus movimientos periódicos. La segunda, parte de mi yo, invisible, de mi personalidad; y me coloca en un mundo que posee la verdadera infinidad, donde la inteligencia únicamente puede penetrar, y a la cual me reconozco ligado por una relación, no tan sólo contingente, sino universal y necesaria (relación que extendiendo a casi todos estos mundos invisibles). En la una, la vista de innumerable multitud de mundos aniquila casi mi importancia, en tanto que yo me considero una criatura animal que después de haber gozado (no sé de qué manera) de la vida un cierto espacio de tiempo, tiene que devolver la materia de que ella fue formada, al planeta que habita, el cual no es otra cosa, que un punto en el universo. La otra por el contrario, engrandece infinitamente mi valor como inteligencia, por mi personalidad, en la cual la ley moral me revela una vida independiente de la animalidad, y aun de todo el mundo sensible, en tanto que yo puedo al menos juzgar del des-

tino que esta ley asigna a mi existencia y que lejos de estar limitada a las condiciones y a los límites de esta vida, se extiende a lo infinito”.

Así se expresaba el filósofo, tan grande como incomprendido.

Tócale ahora su turno a la segunda parte de este ya mi larguísimo discurso. Os he narrado procurando ceñirme a las crónicas filosóficas la evolución y los fundamentos de la moral.

Pasaré a hablaros enseguida, de la moral de las profesiones, concretándome a las llamadas liberales. Y como es natural, me detendré especialmente en la —también llamada— profesión del derecho.

No voy a hacer os historia de las profesiones y de sus justificaciones sociales. Me inhibe de ello la cortedad de esta plática.

Sentaré como apotegma general, que la única base inconvencible para la viabilidad y utilidad social de una profesión, es la eticidad absoluta de cada uno de los miembros que la profesan. Faltando esa base, la profesión muere como institución, y pasa a formar parte de los innúmeros sistemas —y consiguientes triquiñuelas— de lucro de la vida moderna. La científicidad se convierte en ardid y astucia. El profesional deviene —en retroceso derrumbante— en hábil prestidigitador de mentiras y verdades que se traducen en dinero. Tal como el joyero que funde bronce y vende como oro. Como el monedero clandestino que hace circular su moneda con apariencias de verdad. O como el licorero o licorista, que hierve espíritus burdos, y los anuncia finísimos y sutiles. O como el parcherista de cantón que sana enfermos con menjurjes de mentiras y emplastos de igno-

rancia. Y como otros tantos de los innumerables embaucadores que pululan en la superficie de la tierra.

La profesión pierde así su carácter de apostolado. Y se convierte en una institución bancaria, en cuyo recinto —que debería estar en gravidez de sabiduría— sólo se escucha el tintineo diabólico del dinero y el avaricioso lenguaje de la especulación. El título profesional viene a ser un pasaporte —con vía irrestricta— para la explotación impune de los ciudadanos que solicitan los servicios en una u otra forma. O una autorización doctoral para la hechura de negocios que no tienen otra manera de hacerse, que el engaño y la defraudación, y que constituyen la ocupación cotidiana del gremio de los listos.

Resultado forzoso de todo ello es el aparecimiento en el núcleo social de la extraña y macabra entidad que algunos han llamado con bastante fortuna “bandolerismo científico”. Y que es una de las incontables lacras que están destruyendo guiñapo a guiñapo el organismo de las sociedades. En esa entidad militan hombres de todas las profesiones, de todas las razas y de todas las edades. Su extirpación y aniquilamiento es obra de sanidad pública.

Cada profesión, tiene —y permitidme particularizar en materia de por sí tan general— su propia moral. Es decir, tiene un conjunto de reglas que dicen qué es lo que debe hacerse y qué lo que no debe hacerse, desde el punto de vista de la ética.

Estos principios constituyen una moral especial, que algunas veces supone excepciones a la moral general. Diderot llama a esos principios “idiotismos morales”. Y hace parangón con lo que pasa con las gramáticas: no obstante aplicarse las reglas comunes a todos los idiomas, cada una de ellas tiene las suyas propias. Y esas reglas son tanto más delicadas

cuanto mayor sea la relación que el profesional —según su profesión— tenga con la sociedad, y cuanto más abarque esa relación la vida toda de los ciudadanos en sus múltiples actividades sociales y privadas: vida, propiedad, cultura, economía, etc. Tal pasa con las profesiones que en nuestro medio —hablo de dos Américas, la del Sur y la del Centro— se les da inusitada importancia: la del médico y la del abogado. De ambas, la de abogado tiene un carácter esencialmente público, y su contacto con la complejidad de la vida del ciudadano es absoluto.

La consecuencia de esas relaciones continuas y necesarias para el ejercicio de ambas profesiones, es cierta hostilidad del público —quiero decir medio— hacia ellas. Para algunos sectores sociales, el que ostenta una profesión liberal, es un desocupado que se gana el dinero con mínimo esfuerzo, es un diletante de la haraganería criolla, un enemigo de los humildes y un adulador versallesco de las clases que se rubrican aristocracias, y que no son sino plutocracias. Todo el mundo se cree hoy con derecho para gritar la maldad de las profesiones liberales. Y muchos, lo gritan porque sí, por un prurito de distinción y de conciencia de los problemas de la actualidad. Se satiriza. Se inventan historias inverosímiles. Despojos a campo abierto. Estafas escandalosas. Muertes premeditadas con recetarios absurdos. Y —lo que es más grave— se dice, se habla y se escribe por todas partes que el Estado —la Patria— no necesita profesionales porque éstos no desempeñan ningún papel de provecho en la burocracia administrativa, y lo que ellos hacen, puede hacerlo cualquier ciudadano medianamente cultivado.

Ante este fenómeno que no podemos menos que considerarlo como trascendental, surge inmediatamente esta pregunta: ¿Es justificado el concepto en que actualmente se tiene

a las profesiones liberales, concepto que devino ya en hábito de arraigo en la conciencia pública? Y a pregunta tal no puede sino corresponder una contestación ecléctica; en parte sí y en parte no. Mejor, la justificación no es más que aparente. Pertenece a las justificaciones en que se amparan las multitudes para causificar ciertas tendencias que no tienen otra base, las más veces, que el despecho, la envidia y el egoísmo. Tendencias apasionadas que —como tales— no exculcan el fondo de los fenómenos para exteriorizarse. Ven flotar un sombrero sobre la superficie del agua, y deducen de allí que en la hondura está ahogándose un hombre.

Estad seguros de que si algún obrero, o algún adinerado, o un trabajador cualquiera estuviera en condiciones de poder hacerse doctor —como algunos graciosamente dicen— se echaría en el bolsillo toda su fobia académica, y se pavonearía de orgullo ante el tratamiento del famoso “Doctor” nuestro. La vanidad juega aquí papel importantísimo y único. Y lo mismo que digo del trabajador, del obrero y del adinerado, digo de algunos periodistas que —aunque pretendan saberlo todo, y puede ser que así sea— su omniscencia no les da la importancia y distinción que da un cartón profesional.

Mas, dije atrás que en parte tenían razón los que juzgaban innecesarias —y hasta perjudiciales— las profesiones. Y ahora digo que esa parte de razón está en el descrédito en que se encuentran en la hora actual esas profesiones, especialmente las de médico y abogado. Descrédito que obedece a la reiterada conducta deshonestas, que hoy, siempre, y en todos los continentes, han observado algunos de sus miembros. Entre nosotros esto constituye un problema social de solución impostergable.

Pero de cualquier manera que sea, justificado o no, ese odio hacia las profesiones liberales, y aun hacia la Universidad misma, es sencillamente funesto y absurdo en nuestro medio. Porque aquí, la única fuente donde se absorbe —o debiera absorberse— la alta cultura es en esta Casa Universitaria. La Universidad, antes que una fábrica de doctores —como insistentemente se le llama— es el primer centro de cultura del país. Y en ella se han formado todos nuestros genuinos valores intelectuales pasados —que fueron muchos— y presentes —que son tan pocos.

Hágase a un lado al profesional más o menos adocinado, más o menos diestro, que tiene que generarlos no la Universidad, sino una necesidad biológica: la necesidad económica, y se verá la misión apostólica, benemérita, de iniciar al menos al neófito en los secretos de la cultura.

En otros medios —Europa por ejemplo— existe también esa fobia inconsciente hacia las profesiones liberales. Pero allá ese fenómeno social no causa los perjuicios que aquí. Y esto porque allá la cultura flota en el ambiente, se respira, por así decirlo, por todas partes. No son las Universidades las únicas encargadas de impartirla. Allá se lee. Se piensa. Se conversa entre el pueblo sobre temas científicos. De tal manera que podría ocurrir —como dice Vaz Ferreira— que un empleado o una costurera francesa pudieran tener más cultura general que algún médico o algún abogado sudamericano (o centroamericano digo yo) que sólo se dedica a su profesión”.

Suprimid aquí en El Salvador la Universidad, y la clase intelectual decaería irremisiblemente. Habrá desde luego excepciones. Hombres esforzados que se forman su cultura —y entiéndase bien que digo cultura, no instrucción— fuera, sin contacto con las bancas universitarias. Habrá excepcio-

nes, desde luego, pero, por ser tales, no vienen sino a confirmar la regla general.

Lo que hay en el fondo de todo, es que la moral de las profesiones es una cuestión difícil, sutil y elástica.

Se ha discutido ya sobre si hay profesiones que encierran en sí una especie de inmoralidad intrínseca. Es decir, si hay profesiones que aun siendo necesarias social y moralmente, no puedan sin embargo ser ejercidas ciñéndose a una moralidad absoluta. Y alguien ha dicho que esas profesiones existen y que el tipo clásico de ellas es la profesión de abogado y la del periodista. No estoy con esa opinión. Creo que ninguna profesión puede ser intrínseca y originariamente inmoral. Esto es confundir el sujeto con el atributo; es hermanar la moral individual con la moral de la profesión, y hacer a la una forzoso corolario de la otra. No hay profesiones malas. Son los hombres que las detentan, los que hacen que se crean malas.

Sin embargo, en la realidad hay en el ejercicio de la profesión de abogado —no me ocuparé de la del periodista— dificultades morales de muy difícil solución. Ellas se presentan a cada paso y en cada asunto. Y hacen pasar en desvelo a los abogados probos durante noches largas y negras. Y muchos, ante la imposibilidad de vencerlas, se retiran de los tribunales de la República y se dedican solamente al notariado.

Difícil profesión en verdad. Llena de escollos y de enigmas. Divorciada casi de una moral ideal. Inacomodable a reglas fijas e inmutables, porque cada caso encierra una disyuntiva de orden moral.

Tomemos por ejemplo, dos cargos corrientes que desempeña el abogado: el de defensor y el de fiscal. ¿El defensor debe hacerse cargo de toda defensa sin tomar en cuenta

la naturalza del hecho, ni las circunstancias de más o menos justificación que aquél pueda tener? Y una vez que se ha hecho cargo de la defensa, probado el delito, ¿cumplirá con las reglas de moral profesional pidiendo la absolución de su defendido? La negativa de estas dos preguntas es inmediata. Esto no obstante, vemos a cada instante, en los jurados a abogados y a estudiantes de derecho pedir la absolución de los reos, la que desean obtener a toda costa, merezcan o no merezcan el castigo. Pero en estos casos no existe ningún conflicto moral. El camino a seguir está claro y limpio.

Supongamos otro: me busca alguien para encomendarme su defensa. El reo es absolutamente sincero, y me confiesa que evidentemente él ha cometido el delito, pero que no quiere ir a la cárcel. Inútil es decir que me encarga guardarle fielmente el secreto. Por otra parte en el informativo no existen pruebas concluyentes contra él. ¿Qué debo hacer? ¿Cuál es mi deber? Renunciar la defensa, desde luego y como primera providencia. Pero la moral, ¿me impondrá la obligación de comunicar al juez de la causa la confesión de mi ex-defendido, para que él extreme la investigación?

Lo mismo que digo del defensor, digo del fiscal. Este, por ejemplo, sabe que un reo es inocente. No importa cómo lo sabe, lo esencial es que lo sabe. En el informativo sin embargo, hay pruebas abundantísimas de cargo. ¿Qué debe hacer el Fiscal? ¿Acusar o defender?

Ocurre a menudo que unas disposiciones legales favorecen a una parte y otras a la otra en el mismo asunto. ¿Quién tiene entonces el derecho y quién va a obrar moralmente, el que defiende a una o a otra de las partes?

Vaz Ferreira apunta que en este caso, para amoldar las gestiones del litigante a una moralidad absoluta, habría

que formular un escrito concebido en estos términos: “Sr. Juez: La parte que yo defendiendo tiene a su favor tales y cuales artículos legales; en cambio, debo hacer notar al Sr. Juez que estos otros artículos están contra ella; cierto es que, en pro de la interpretación que favorece a mi parte, podría citarse a tales y cuales autores; en cambio, tales otros autores, en tales páginas de tales libros, le son contrarios; es difícil, pues, saber si mi parte tiene razón o no. A mí me parece que los argumentos favorables son más fuertes que los argumentos contrarios; no tengo, sin embargo, una seguridad absoluta: el Sr. Juez resolverá”.

Naturalmente que el abogado que esto hiciera, se atraería los odios de su cliente, y lo menos que le podría ocurrir es que éste pensara que se había vendido con la parte contraria, que había prevaricado y cometido por consiguiente, un acto deshonesto.

Lo que pasa es que hay asuntos que, por cualquier faceta que se les tome, tienen cierta dosis de inmoralidad, que no deja de atormentar la conciencia.

Y vuelvo a repetir —porque nunca se repetirá bastante— que la del abogado es profesión muy difícil, que presenta en cada recodo de la vida práctica, situaciones dolorosas desde el punto de vista de la honestidad.

El profesional principia por ejecutar actos que están fronterizando entre lo lícito y lo ilícito, colocados en la zona de lo inocuo. Poco a poco esa frontera va ensanchándose y haciéndose eminentemente elástica. Y se invade ya —aunque en menor cuantía— el estado de lo inmoral. Esos actos van recorriendo toda la vía psicológica que encuentra ancha y sin obstáculos, hasta llegar al núcleo de los hábitos. El profesional entra entonces a un estado de inmoralidad per-

manente, creyendo subjetivamente que aquellos actos son perfectamente lícitos. Está padeciendo de miopía espiritual, y no se detendrá hasta llegar a la ceguera absoluta.

Esos actos se suceden continuamente. Se comienza por instruir testigos —¿quién no lo ha hecho?— no para que declaren falsamente, sino para que digan con claridad y comprensión la verdad. Por hacer escrituras públicas dejando el espacio para que los testigos firmen después. Otras veces se ejecutan hechos que tienen una moralidad aparente por el motivo más o menos laudable que los causifica. Por ejemplo, en la venta realizada por una madre próxima a contraer segundas nupcias, de bienes que no quiere que explote el futuro marido y que en cambio gocen del dinero los hijos, se realiza la entrega del precio, pero en lugar de ser entregado a la madre, como reza la escritura, es entregado a los hijos. Después éstos, queriendo quedarse con el dinero y con el inmueble vendido, atacan la escritura de falsa. El abogado que autorizó la escritura es el encargado de resolver la cuestión. ¿Qué deberá hacer? ¿Confesar que realmente el precio no lo percibió la vendedora y exponer así el contrato a una posible anulación, permitiendo que se consuma el despojo al comprador? ¿O deberá callar, faltando con esto a la verdad? Entiendo que todos dirán que debe callarse porque no es moral permitir un despojo, sabiendo que la venta fue real, y que hubo conformidad entre los que recibieron el precio y la vendedora, faltando sólo que se hiciera constar en la escritura. Pero ese silencio es también inmoral. Y una inmoralidad no puede justificar jamás otra inmoralidad. Y así de trecho en trecho se va descendiendo por la escala fatídica del laberinto de la deshonestidad hasta llegar al estado espiritual de inmoralidad permanente a que antes me he referido.

Siendo pues que —como algunos sostienen— la profesión de abogado pertenece a la especie de profesiones que participan de una cierta dosis de inmoralidad intrínseca. surge poderosa y gigante la necesidad de precaverse contra esa deshonestidad que pudiéramos llamar innata.

Y para precaverse, lo único efectivo y práctico es atacar los factores que pueden originar o aumentar aquella inmoralidad. Y conviene, ante todo, constituir la personalidad sobre los principios que ya dejo referidos atrás, y que son la base de toda moral: el Bien y el Deber. El aprecio a sí mismo, y el respeto a nuestra propia dignidad. Claro que ésto no puede hacerse si no se tienen sentimientos morales. Los que han sostenido que la moral no puede enseñarse tienen en parte razón. Porque careciendo de los más elementales sentimientos de justicia y probidad es imposible aprender y practicar una norma moral.

Uno de los principales factores que conviene destruir es el factor económico. Su poderío es tan grande, que él solo ha producido la tremenda crisis espiritual que está haciendo bambolearse en sus bases más fuertes a la humanidad actual. A su influjo agonizan los pueblos. Se destruyen los hombres. Se corrompen las religiones. Y el honor, la virtud y la justicia se convierten en utopías propias para engañar a los tontos. Es una dolorosa crisis ésta. Desalentadora y cruel. Desangrante y trágica.

Para combatir ese monismo económico —como lo llamara Marx— es de necesidad crearse a sí mismo un ideal moral capaz de hacer converger hacia él todos nuestros actos. Esto, a base de sinceridad y desinterés, dando al factor económico el único valor que racionalmente puede tener desde el punto de vista del espíritu y de la verdad; el valor de medio a fin. Mientras no hagamos ésto, estaremos desar-

mados frente a la inmoralidad ambiente. Y ella nos consumirá. Para conseguir esa convicción de medio a fin, tenemos en primer lugar, un elemento esencial: somos hombres. Hombres en el más alto sentido del vocablo. No hombres en el sentido físico y biológico. Sino en el sentido espiritual. en el sentido divino de la misión que a cada uno nos toca finar en la tierra. Hombres como símil de voluntad y de querer.

En segundo lugar, el otro elemento, la cultura, podemos perfectamente adquirirlo. La cultura abona el alma para el cultivo del Bien y del Deber, y nos hace más conscientes de nuestra dignidad de humanos. Al abogado hay que gritarle: No queremos leguleyos; no queremos intérpretes secos de la ley, ni ganadores de pleitos judiciales; no queremos fórmulas articulescas, ni letras que se estereotipen en los labios, tan rígidas van. Queremos hombres cultos, probados en toda ciencia, incubadores de justicia y probidad. Queremos hombres que vean transparente la realidad, y puedan separar la justicia de la conveniencia.

Y les diremos: Los extremos son malos. No hay que habituarse en la creencia de que la profesión de abogado es un ministerio augusto e inmaculado, una misión nobilísima, porque ello sería apartarse de la realidad, enceguerse, y no ver las múltiples dificultades morales que el ejercicio de la profesión presenta, e incurrir fácilmente en una especie de inmoralidad inconsciente, no querida ni buscada. No hay que perder de vista la verdad. Ni operar un divorcio absoluto entre la moral teórica y la moral práctica, sino armonizarlas hasta donde la armonía puede existir entre ellas. No hay que fiarse de los sofismas del corazón. Hay que crearse un estado de sinceridad espiritual, es decir, no ocultarse a sí mismo en el fondo de la conciencia todas

las dificultades, sino afrontarlas con valentía y buen ánimo. Hay que sacar el derecho de ese artritismo en que lo vemos a diario, y hacerlo vivir y cumplir su oficio de ordenador de las relaciones humanas. Los ejemplos no faltan en la historia. Allí tenéis muy cerca las novísimas sentencias del Presidente Magnaud, el “buen juez” de Chateau Thierry, quien se impuso la difícil tarea de humanizar las leyes.

Así como el excesivo optimismo en la santidad de la profesión no es conveniente, tampoco lo es el otro extremo, el pesimismo. El último sobre todo, es funesto y destructor espiritual. Los que lo sufren se dirán: Puesto que no se puede ser absolutamente moral siempre y en todos los casos en el ejercicio de esta profesión, hagamos a un lado la moralidad y no nos preocupemos de ella. Tal vez ésto no se comunique a los demás, pero esa convicción se va estratificando en la conciencia, hasta llegar a formar la inmoralidad absoluta profesional.

Hay que meditar hondamente en la manera de actuar en la práctica. Sentir de veras la moral como formando parte esencial de nuestra existencia psicológica y social, y provocar la formación de sentimientos morales amplios y fecundos.

La única solución sólo se puede encontrar a base de voluntad y de hombría. Sólo oponiendo fuerzas espirituales se puede derrumbar la tiranía de lo físico. De lo contrario, estaremos siempre bajo la servidumbre de las cosas.

Aparte de eso, la última medicina que encontramos en la farmacopea de los hombres para combatir la inmoralidad profesional, son las sanciones: La eliminación del ejercicio, con la consiguiente responsabilidad criminal, si es que se llega hasta ella. El descrédito público, el rechazo social, manifestado en forma de menosprecio o de indiferencia.

Pero desdichadamente, ni en este mal ni en ningún otro, han curado jamás las sanciones. Ellas son puramente represivas, y como tales, sus efectos, quedan dormitando en la superficie de la conciencia. Sin embargo, las personas que detentan los distintos poderes del Estado bien podrían ayudar a una desinfección profesional, no admitiendo a ningún académico, sea médico, abogado, etc., de dudosa solvencia moral, al desempeño de los puestos públicos; poniendo en ello desde luego, todo el tacto y cuidado necesarios para evitar posibles injusticias.

La Universidad podrá encargarse de la vigilancia y control de la conducta observada por los académicos egresados de sus aulas; auxiliada desde luego, por otras entidades o tribunales; por ejemplo, para los médicos, por sociedades médicas organizadas con lo más conspicuo de esa profesión, o por las Juntas administrativas de los hospitales. Para los abogados, por los tribunales de justicia, especialmente Jueces de Primera Instancia, los cuales, con muy raras excepciones, se dan cuenta exacta de las actividades peculistas de todos los que tuercen el derecho. Y por el Colegio de Abogados, formado con perspectivas de viabilidad al menos, y no minado por las rencillas partidaristas. Los tribunales de honor en estos colegios han dado en otras latitudes en las que la moral no tiene política, excelentes resultados. Naturalmente que se debe prescindir de un compañerismo puramente sentimental y no poner por delante más que los intereses sagrados de la regeneración profesional.

Hasta podría llegarse al extremo de dar facultades amplias a la Universidad por medio de los Estatutos, para que sus organismos dirigentes pudieran cancelar, previas las comprobaciones de rigor, un título académico.

Además, la misma institución tiene a mano el medio para no tirar a la sociedad profesionales que llevan ya en sus hábitos la inmoralidad que han incubado en el transcurso de su vida estudiantil; este medio es la información de buena conducta previa a la admisión a exámenes de grado. Tal como se hace en la práctica, la información carece casi de objeto, y porque es el interesado mismo el que propone sus testigos, y buen cuidado tendrá de proponer a aquellos de cuya complacencia no esté plenamente seguro. De esta forma, todo el mundo prueba su buena conducta. Este sistema debe cambiarse, porque se ha convertido en un requisito de fórmula. Sugiero que en cambio se establezca lo que podría llamarse la “Cartilla del Estudiante”. En ella se llevaría una cuidadosa anotación de la conducta del estudiante desde su ingreso, dentro —y más— fuera de las aulas. La formación y datos de esa cartilla podrían encomendarse a un tribunal de honor estudiantil, o a la Junta General de Profesores por una delegación de su seno, o también al Decanato de la respectiva escuela. Sólo aquél cuya cartilla tenga en graficidad una conducta intachable, podrá ser admitido a examen.

Se ha demostrado prácticamente que la mayoría de profesionales que viven en un estado de inmoralidad permanente dieron ya durante su ciclo estudiantil indicios inequívocos de la conducta que más tarde han observado.

Y a este propósito, no quiero concluir mi trabajo sin referirme a una fase de la vida —que dijéramos oficial— del estudiante de derecho actual; su intervención desde en temprana edad intelectual en litigios y líos judiciales. En nuestros tribunales se ven a diario multitud de estudiantes que litigan; son comunes los juicios ejecutivos reclamando cantidades de dinero seguidos por estudiantes, hasta de pri-

meros años que se han hecho ceder créditos. Esas cesiones en que el cedente declara “haber recibido igual cantidad” —tal es la fórmula ritual— son, la mayoría de las veces —sino todas— simuladas. En realidad el cedente nada ha recibido a cuenta de su crédito, y el cesionario no es otra cosa que un mandatario que cobrará el crédito mediante una remuneración en dinero, previamente convenida. Ese contrato es uno de los miles de pequeños grandes hechos inmorales que van entrando sin ruido al fondo de la conciencia y principian a formar un sedimento que acaba en costumbre inveterada. Lo mismo tengo que decir de las defensas en lo criminal. En éstas, el reo miente, el defensor miente, retuerce la ley y quiere conseguir manu militari la libertad de su defendido. Allí empieza a opacarse el espíritu de equidad, y el concepto limpio del deber y de la dignidad personal a considerarse como algo utópico y sin utilidad práctica.

En todos esos casos, el estudiante se familiariza con la codicia. Se codea con la usura. Y como consecuencia se le despierta la ambición del dinero y se habitúa a considerar la profesión desde un punto de vista puramente económico y materialista. El germen está echado. Y engendrará desde luego ilicitud e ineticidad solamente.

Como consecuencia de lo anterior ocurre también este otro fenómeno que he podido constatar en mi —aunque corta— experiencia de jurado examinador en algunas materias en la Facultad de Derecho; el estudiante que litiga hace casi siempre mal examen, y se nota de inmediato su impreparación en la asignatura que examina. No será, desde luego, por falta de inteligencia ni de comprensión, sino porque el tiempo que podría dedicar al estudio, lo emplea

en ir y venir por los tribunales atendiendo sus negocios judiciales.

Es de urgencia depurativa una ley que prohíba al estudiante de derecho, litigar en cualquier forma, ya en lo civil, ya en lo criminal, salvo en asuntos propios.

La práctica judicial —que puede ser el pretexto que se aduzca para dedicarse a los litigios— debe hacerse en forma doctrinaria e impersonal; quiero decir, sin tomar en cuenta ninguna utilidad económica. Con ello creo sinceramente que se habría dado un gran paso en pro de la regeneración de la profesión de derecho.

Y para dejar enteramente desocupado mi espíritu de todas las cosas que en esta nuestra profesión me preocupan, tengo que decir también que las Judicaturas de Paz, no deben estar servidas por estudiantes. Existen aquí casi los mismos inconvenientes que en lo tocante a los litigios. Es una vuelta a la medalla simplemente. Y juega como siempre, papel importante el factor económico. Con excepciones desde luego, los estudiantes van all , no por amor al derecho ni a la práctica judicial, sino por hacerse un regular sueldo mensual. Y con el fin de sacar el porcentaje arancelario, no paran mientes en la dudosa moralidad de algunos asuntos. Además, se relacionan con todas esas rencillas minúsculas e inescrupulosas de la gente de mesón y de barriada, que respiran inmoralidad por los cuatro costados, y en las que, lo menos que puede haber es una docena de testigos falsos. La familiarización con esa serie de pequeñeces lugare as, acaban por endurecer el corazón, y por desequilibrar el sentimiento de justicia en las mentes que est n aún principiando su ciclo de formación integral.

El mal sería menor, si en vez de tener esos porcentajes, que son alicientes del lucro, se pagara un sueldo fijo y

proporcional al trabajo posible a desarrollar. Con esto desaparecería también en nuestro país el tremendo absurdo de que la gente pobre tenga que pagar la justicia; y la más o menos acomodada, la obtenga en forma gratis. Y con ese flotante peligro moral de que las partes paguen la actuación del Juez de Paz.

Todo lo que relacionado queda es lo que pienso respecto a la moral de las profesiones —en especial la del derecho. Puede ser que esté equivocado. Pero de todos modos, toca al legislador recoger las iniciativas y —dando alguna vez verdaderas leyes— concretarlas en normas obligatorias.

Y puesto que ya se alarga demasiado esta plática, y ya abusé bastante de vuestra paciencia, voy a concluirlo. No sin antes invitar a las falanges del pensamiento —que sin duda existen en el país— a emprender una cruzada de sanidad social, desde el punto de vista de los dos grandes principios de la moral universal: el Bien y el Deber. Así contribuiremos a la formación de una patria intelectualmente fuerte y espiritualmente grandiosa.

San Salvador, febrero 15 de 1940.

Misión de la Juventud*

Nunca como ahora ha sido tan ineludible el analizar la misión de la juventud. Partamos del principio apodíctico de que la juventud tiene una misión que cumplir. Continuemos con algo que ya no es apodíctico, pero que puede tomarse como una hipótesis racional: que sabemos lo que es una misión y lo que es juventud. Traigamos ahora nuestra atención al análisis de como y cuando esa misión debe ser cumplida.

No es difícil ver que la juventud, en cuanto al supuesto colectivo hacia donde el cumplimiento o no de su misión ha de repercutir, tiene dos categorías de deberes: para con la humanidad, en general, y para con la de su propio país, en particular. Ambas tienen la misma raíz, y por lo tanto, están tan íntimamente enlazadas, que no pueden diferenciarse sino en cuanto a extensión e intensidad.

Para adentrarse en la estructura de esos deberes, precisa examinar la etapa histórica que esté atravesando el mundo. Hay etapas —volcánicas, convulsas— en las cuales la vida de los pueblos es un torbellino dislocado que arrasa con todos los valores, tradiciones y costumbres. Lo que queda después de esa gigantesca marejada, es la sustancia mínima

(*) Discurso de Apertura del Año Académico 1959 1960, pronunciado por el Dr. Napoleón Rodríguez Ruiz, Rector de la Universidad de El Salvador

con la cual esos pueblos tienen que sobrevivir. Hay, en cambio, períodos calmos y tranquilos generalmente engañosos, porque suele significar la decadencia y la agonía.

En cada una de tales etapas, la misión que al hombre toca llenar es sustancialmente distinta. En la primera surge el héroe, el conductor de multitudes, el que debe recoger todas las aspiraciones y anhelos del hombre y traducirlos en instituciones, en leyes, en valores morales para estructurar la vida en nuevos moldes históricos.

En la segunda etapa, resalta el técnico, el sabio que, tranquila y pacíficamente, prepara sus fórmulas, hace prodigiosos descubrimientos para lograr la reelaboración de un mundo que, debe ser la culminación de un proceso de liberación de los principios a los cuales la humanidad ha estado sometida. Ninguna de las dos etapas que he señalado —y mucho menos la segunda— supone necesariamente la revolución o la guerra.

Pueden ser sí, éstas un antecedente o una secuencia de aquéllas. Y pueden no existir. Hay transformaciones vitales en los pueblos que han ido gestándose lentamente, a través de muchas generaciones.

Y el alumbramiento suele dejar tras de sí, el sacrificio de muchas vidas. El hombre es siempre el valor central en el hacer histórico. La actitud que él adopte ante el mundo condicionará en forma decisiva la posibilidad de que tal hacer histórico, asuma un ritmo ascendente, dentro de la curva de valores que estructuran el progreso de la humanidad.

Colocado, pues, el hombre como centro de la historia.

imprime a los siglos expectantes un sello característico que los convierte en hitos gigantescos que los venideros tomarán como guías y puntos de partida: Descartes domina todo el siglo VXII. Es el arranque de una extraña e impresionante concepción del mundo. Así también, por la misma razón de estar en el meridiano histórico —suele dejar caer sobre el universo una inmensa cortina de sombras que es como un túnel cavado entre dos fronteras de luz: la Edad Media, durmiendo, ciega y sorda, en el espacio que separa al mundo griego del Renacimiento. En ese túnel sólo hay dos ventanas al sol: Santo Tomás y San Agustín.

Ahora bien, el hombre, nervio vital de la historia, puede ser joven o viejo. No me detendré a realizar un análisis de este problema tan esencial y tan humano: la prevalencia de los viejos o de los jóvenes; habría que tratarlo en extenso, lo cual daría pie para alargar demasiado este discurso. Sí, diré que en las etapas decisivas de la vida de los pueblos, han tenido preponderancia y hegemonía, ya los viejos, ya los jóvenes. A veces, como ocurre en el mundo helénico la juventud prevalece, pero no como clase directiva, sino como preocupación estética. El hombre senecto, es maestro y guía de los jóvenes, y éstos actúan en función pedagógica poniendo en práctica las enseñanzas y consejos que a diario reciben de aquéllos. El joven considera un orgullo desenvolverse en la vida bajo la constante vigilancia de sus viejos preceptores. Cierto que hay un Sócrates o un Platón a quien seguir. Pero cierto también que los seguidores son de la talla de Alcibíades. Admiran y veneran a los viejos, en cuyas espaldas se sostiene la grandeza de la República. En Roma, en cambio, dominan los patricios, los ancianos, el pater familias. Y el joven sólo figura como un opositor a las instituciones tradicionales y tiene la esperanza de alcanzar algún día el poder político.

Adelantándonos apresuradamente en nuestro análisis, llegamos al siglo XVII. En este siglo principia la hegemonía absoluta de los viejos. A tal grado, que, como dice Ortega y Gasset, uno se siente inclinado a preguntar: “¿Dónde se han marchado los jóvenes?” Las costumbres, las relaciones sociales, todo está elaborado en función de los viejos.

En el siglo XVIII se reafirma la prevalencia y la preferencia de la vejez. De él dice el mismo Ortega: “Es el siglo de entusiasmo por los decrepitos, que se estremece al paso de Voltaire, cadáver viviente que pasa sonriendo a sí mismo en la sonrisa innumerable de sus arrugas”.

En el siglo XIX, pareciera haber un predominio de los jóvenes. Pero, en realidad lo que ocurre es que éstos actúan, tal como ocurrió en el mundo griego, para cristalizar y poner en práctica las ideas y enseñanzas elaboradas en los siglos precedentes para los hombres maduros. Son los jóvenes los que realizan la revolución, haciéndola triunfar con las armas. Pero ya ella estaba estructurada y ya el medio convertido en propicio, por los grandes filósofos y pensadores que habían minado con el eco de su voz los cimientos de la Bastilla. Entonces la juventud no obra por sí, sino en función de las enseñanzas recibidas como legado espiritual, de manos de aquellos maestros venerables que imprimieron a sus doctrinas la pureza, el fuego y la energía que las haría vivir en la historia.

Y llegamos al siglo XX, el cual, en opinión de sociólogos y filósofos modernos, es el siglo de la juventud. Aquí, los papeles se invierten. Los jóvenes conquistan y ejercen el poder político. El medio se adecúa para que en él vivan sólo los jóvenes. Y los hombres maduros no tienen más remedio que acomodarse a esa nueva modalidad de vida y principian,

en actitud de servidumbre, a imitar a los jóvenes; en el gesto, en el vestir, en las costumbres, en las ideas, etc.

Y ocurre aquí un fenómeno curiosísimo que Ortega y Gasset ha señalado con suma agudeza: como el imperio de los jóvenes en este siglo no data de mucho tiempo, hay una generación que cronológicamente correspondería a los que están traspasando los cincuenta años —que es la más desdichada de todas— porque cuando estos hombres arribaron a la juventud —veinte años corridos del siglo— todavía existía el predominio de los viejos, y cuando llegan a la edad madura, se encuentran con que ya el dominio del mundo está en manos de los jóvenes. “Le ha faltado, pues —dice Ortega— a esa generación, la hora de triunfo y dominio, la razón de grata coincidencia con el orden reinante en la vida. Es la generación que ha combatido más, que ha ganado, en rigor, más batallas y ha gozado menos triunfos”.

Insistimos, pues, en afirmar que el siglo, en cuya segunda mitad vamos medrosamente adentrándonos, es el siglo de la juventud. Y más concretamente aún, de la juventud masculina. Sería largo y prolijo analizar las razones de esa preponderancia juvenil. Pero el hecho es indiscutible. Lo que sí es importante dilucidar —y con ello entramos a la parte medular de este discurso— es si la juventud está en condiciones de conservar y hacer florecer su hegemonía en beneficio de la humanidad, o si, egoístamente sólo le interesa reafirmar esa juventud por el simple goce de una victoria obtenida sin lucha, ni sacrificio. En una palabra, si se trata de una juventud que ha faltado a la cita con su siglo.

Desdichadamente, todas las reflexiones que en torno a esta cuestión podemos hacer, nos llevan a la conclusión de

que las juventudes, a pesar de tener actualmente en sus manos el dominio del mundo, no han alcanzado la fuerza necesaria para hacer que su imperio rinda los frutos que colmen las ansias de justicia y libertad que palpitan en la entraña del hombre de hoy. Su actitud es de perplejidad y de asombro. Ante la imposibilidad de atinar con un camino definitivo se dedica a gozar de los frutos espurios de su triunfo. Las causas de toda esa ineptitud son muy hondas y de carácter psico-social. Inciden aquí la educación, el hogar, el mundo circundante en general, y tantos otros factores, imposibles de analizar en las modestas dimensiones de este discurso. No dejaré, sin embargo, de referirme a uno de esos factores que es perfectamente visible y cuyos resultados pueden apreciarse observando con alguna atención las distintas actitudes que en el desenvolvimiento de la vida cotidiana adoptan los jóvenes: aludo al narcisismo.

Aludo al narcisismo en el sentido en que lo perennizó el mito griego y a su valorativa psicológica de introversión.

José Ortega y Gasset, con esa elegancia de estilo y agudeza que han hecho inmortales sus ensayos, define así esa actitud narcisista que estoy tratando de explicar: "El amo del mundo es hoy el muchacho. Y lo es no porque lo haya conquistado, sino a fuerza de desdén. La mocedad masculina se afirma a sí misma, se entrega a sus gustos y apetitos, a sus ejercicios y preferencias, sin preocuparse del resto, sin acatar o rendir culto a nada que no sea su propia juventud. Es sorprendente la resolución y la unanimidad con que los jóvenes han decidido no servir a nada ni a nadie, salvo a la idea misma de la mocedad. Nada parecería hoy más absurdo que el gesto rendido y curvo con que el caballero bravucón de 1890 se acercaba a la mujer para decirle una frase galante, retorcida como una viruta. Las muchachas han perdido

el hábito de ser galanteadas, y ese gesto en que hace treinta años rezumaban todas las resinas de la virilidad les olería hoy a afeminamiento”.

Quiero dejar muy claro que al hacer míos los conceptos que acabo de transcribir no estoy negando los derechos de la adolescencia. Sé perfectamente bien que ésta es una etapa en que la vida es un agitado laboratorio donde se forjan todos los núcleos vitales y morales de la personalidad. Es la edad crucial en el proceso de información del mundo. Todo lo que allí se recibe queda tatuado en el alma del adolescente. Es la edad, como dice Romain Rolland, “en que hay que atreverse a ser injusto y a hacer tabla rasa con todas las admiraciones y todos los respetos consagrados, y negarlo todo, mentiras y verdades, es decir, todo aquello cuya verdad no se haya reconocido personalmente”.

“El adolescente queda pues, inmerso en su mundo de fantasía y ensueño”. Ya saldrá de él algún día.

Ese culto de la juventud hacia sí mismo. Ese regodearse en su propia victoria, le impide darse cuenta de que el triunfo, por sí mismo, nada significa. Lo perenne, lo de siempre, es el afianzamiento de los valores esenciales que reestructuren el mundo, moral, espiritual y materialmente para hacer posible el progreso armónico de la humanidad.

El narcisismo es un proceso psicológico de autocontemplación que se convierte en una repetición o reproducción de la personalidad en la historia. La hazaña, el heroísmo y aun el sacrificio, son actos de autoexaltación; redundan, a veces, en beneficio de la humanidad, no por el intento, sino por la repercusión. El apóstol es el único capaz de renunciar a la gloria personal y de actuar en función del bienestar general.

Pareciera como si el sentido mítico de la adolescencia se prolongara hasta la juventud. Y como si ésta viviera un mundo de sueños, en el cual cada uno es héroe en su propia aventura.

Las causas de esa actitud de desprecio e indiferencia de la juventud hacia todo lo que no se relacione con ella misma, son muy profundas. No voy a exponerlas aquí porque el tiempo no alcanza para ello. Sin embargo, deseo señalar una, en la cual todos estamos convergiendo. Es, la fe. La juventud de hoy es una juventud sin fe. Aclaro que no me refiero a fe religiosa, en modo alguno, aun cuando, desde luego ella va incluida. Aludo a la fe en los valores esenciales del espíritu, en los valores del hombre. La juventud, sobre todo la juventud latinoamericana ha tenido que ver cosas inauditas. Se ha dado cuenta, por ejemplo, de que los gobernantes corrompen el poder, de que el derecho a la vida, a la libertad y el respeto a la persona humana, sólo figuran en la letra inerte de las leyes, y de que las instituciones son tan solo piezas de una maquinaria que el titular del poder mueve a su capricho y antojo. Esta juventud ha visto, asimismo, claudicar a los mejores hombres, a aquellos en quienes cifró las esperanzas de redención de los pueblos. Ha visto, en fin, el eclipse de la virtud y la honestidad con las consecuencias que Montesquieu en su “Espíritu de las Leyes”, ha esculpido con frase maestra, en la forma siguiente: “Cuando la virtud desaparece, la ambición entra en los corazones que pueden recibirla y la avaricia en todos los corazones. Los deseos cambian de objeto; se deja de amar lo que se amó, no se apetece lo que se apetecía; se había sido libre con las leyes y se quiere serlo contra ellas; cada ciudadano es como un esclavo prófugo; cambia hasta el sentido y el valor de las palabras; a lo que era respeto se le llama miedo; avaricia a la frugalidad”.

Ha presenciado guerras injustas, masacres de hombres, con el más completo desamarre de los instintos bestiales; ha visto a los pueblos débiles debatirse en la miseria y en la angustia, luchando, en lucha suicida por su redención económica y su libertad, frente a los pueblos opresores que imponen su arbitraria autoridad con la fuerza de las armas. Ha visto, en fin a la fuerza del derecho ser suplantada por el derecho de la fuerza. Y entonces, frente a ese panorama desolado de traición, odio, persecución, ambición y crueldad, ¿cómo es posible no perder la fe y la confianza en los valores consagrados? Perdida la fe, viene la indiferencia, el apagamiento, la inercia, un renunciamiento que se traduce en un dejar hacer. Pero, de repente, cuando nadie, tal vez se lo espera, hay un sacudimiento total, hay un despertar de fuerzas que se creían dormidas y suele llegar entonces la revolución. Triunfa la juventud. Con la victoria en las manos, no confía sino en la juventud misma. Se engrandece a sus propios ojos. y principia una autoexaltación que culmina en el narcisismo de que he venido hablando.

Como consecuencia, pierde el sentido de la totalidad y no es capaz de tener una concepción universal del mundo en que vive. Y, por lo tanto, carece de una idea definida de la misión que en ese mundo le toca llenar.

Esta misión, como ya dije al principio, tiene un doble miraje: para con la humanidad, en general, y para la del propio país, en particular. Para con la primera, porque el hombre actual, precisamente por las grandes transformaciones sociales operadas en el mundo, que han traído como consecuencia la afirmación de valores universales frente a los puramente regionales, ha asumido una vida de amplia contactibilidad que le permite recibir las sensaciones de todo lo que ocurre en el resto del mundo. Y así, la injusticia, el

atropello a los derechos fundamentales, los atentados contra los principios de humanidad, perpetrados en países o sociedades distintos a los suyos, laceran su propia entraña y le despiertan el anhelo de colaborar en todo aquello que tienda a poner fin a aquella situación de angustia. Presiente, en una palabra, que sus deberes trascienden las fronteras tradicionales y amplían su esfera de obligaciones hasta cualquier lugar de la tierra en que exista el sufrimiento del hombre.

Con mayor razón, tiene una tarea que cumplir para con su patria. Cada país espera, por etapas, el impulso creador que el granar de sus juventudes pueda imprimirle. Y son ellas las que deben encender la luz de la esperanza que mantiene a los pueblos atisbando el arribo de una redención que tal vez nunca ha de llegar. Son ellas las que, plenas del recuerdo de los muertos que ya cayeron en la lucha y del estímulo de los vivos que desgajan su existencia en duro batallar tienen en sus manos el advenimiento y conservación de una era de descanso, de bienestar y de sosiego para la humanidad.

Es preciso, pues, que estén listas y hábiles para esa cruzada de liberación. Y son las gentes que enseñan, los maestros, las que responderán a las generaciones futuras por la preparación cultural y moral de esas juventudes. No debemos defraudar a la historia. No podemos traicionarnos a nosotros mismos, dejando sólo desesperanza e inquietud tras de nuestros pasos. Es necesario regar el grano con la seguridad de que no obtendremos una cosecha magra. Hagámoslo, y pronto, antes de que la inclemencia del tiempo deje nuestra tierra convertida en un seqedal en que sólo crezca la mala hierba.

Por de pronto, parece indudable el predominio de los jóvenes. Pero también parece notorio que no podrán conservar ese imperio. No comprenden que la juventud es un sim-

ple estadio de la vida, y como tal es transitorio. ¿Qué hay más allá de lo transitorio? Pues lógicamente tiene que haber lo permanente, lo estable. Y a ese más allá, ¿quiénes sino los jóvenes de hoy, viejos entonces han de llegar? Por consiguiente, preciso es que no piensen sólo en el presente, sino también en el futuro, que, a fin de cuentas, les pertenece como próxima etapa de su proceso vital, de su cruce por el mundo. De no hacerlo así, corren el riesgo que el ya mencionado José Ortega y Gasset explica en las siguientes frases, que, escuecen, sin duda, pero que son exactas: “La juventud —dice— estadio de la vida, tiene derecho a sí misma; pero, a fuer de estadio va afectada inexorablemente de un carácter transitorio. Encerrándose en sí misma, cortando los puentes y quemando las naves que conducen a los estadios subsecuentes, parece declararse en rebeldía y separatismo del resto de la vida. Si es falso que el joven no debe hacer otra cosa que prepararse a ser viejo, tampoco es parvo error eludir, por completo esta cautela. Pues es el caso que la vida, objetivamente necesita de la madurez; por tanto, que la juventud también la necesita. Es preciso organizar la existencia: ciencia, técnica, riqueza, saber vital, creaciones de todo orden son requeridos para que la juventud pueda alojarse y divertirse. La juventud de ahora, tan gloriosa, corre el riesgo de arribar a una madurez inepta. Hoy goza el ocio floreciente que le han creado generaciones sin juventud”.

¿No es notoriamente cierto lo que dice el insigne maestro de juventudes, Ortega y Gasset?

Es necesaria, pues, una reacción. Es urgente ponerse ya a construir. Y son las juventudes universitarias las más obligadas en esa gran tarea de forjar los valores permanentes en que ha de sintetizarse la gigantesca estructura de este complicado mundo, que se encuentra en plena gestación.

Son esas juventudes las principalmente obligadas porque están en condiciones de alcanzar un conocimiento más completo de la esencia, progreso y desarrollo del hombre de hoy. Del medio en que se mueve, de sus inquietudes y angustias. Las carreras universitarias, aun dentro de las limitaciones en que se mantienen, a veces por razones técnicas, a veces por razones económicas, capacitan al individuo para formarse una concepción univesal del mundo y de la vida.

Las ideas de justicia, derecho y libertad, que nunca como ahora han cobrado un valor tan fundamental, y que son los pilares angulares de la vida del hombre, pueden ser mejor comprendidas por los jóvenes a quienes la Universidad con su sentido ecuménico ha abierto la mente y el espíritu a todos los horizontes de la cultura.

Las juventudes universitarias, plenas de energía creadora, de inteligencia libre y con el alma aún no contaminada por las aguas turbias de la vida, son las que conllevan la tremenda responsabilidad de hacer que el hombre viva en un mundo sin miseria, sin guerras, sin odios, ni rencores.

Crear un mundo con paz, con justicia y con pan: he ahí la sublime tarea de la juventud.

V Reunión Ordinaria del Consejo Superior Universitario Centroamericano*

“Magníficos Rectores y Honorables Delegados que nos honran con su presencia, Jóvenes estudiantes, Señoras, Señores:

Honor altísimo es para la Universidad de El Salvador el poder brindar su modesto albergue a los dignos representantes de las Universidades hermanas que se han dado cita aquí para conversar y tratar sobre las cosas de la cultura.

Hace poco más de un año, en la bella ciudad de León, la de la sangre hirviente y el ademán altivo, estrechamos manos fraternas y escuchamos la voz autorizada y el consejo oportuno de universitarios preocupados realmente por la solución de los innumerables problemas, que, como incógnita ineludible, se presentan a nuestras Casas de Estudio.

En aquella ocasión, expusimos con toda claridad esos problemas. Pusimos al desnudo, toda la gama de factores negativos que inexorablemente gravitan sobre las Universidades, impidiéndoles llenar plenamente la función que, por definición, les corresponde. Los expusimos franca y lealmente, con la franqueza y lealtad de hombres libres, inspi-

(*) Discurso pronunciado en el acto de apertura de la V Reunión Ordinaria del Consejo Superior Universitario

rados sólo por nuestra devoción a la Patria y a la Universidad centroamericana.

Pero, tal como lo reconocimos allá y tendremos que ratificarlo aquí, nuestras Universidades se encuentran inermes para abordar frontalmente algunos de aquellos problemas. Obstáculos imponderables, cuya raíz está, en la falta de madurez democrática de nuestros pueblos, salen al paso y detienen el impulso creador de la Universidad.

Esa falta de madurez democrática, unida a la ignorancia de ciertos sectores de la genuina misión de la Universidad en América, hace que algunas actitudes tuyas se las interprete como inmersión en la política, cuando no son sino el eco de la ansiedad y de la angustia de los pueblos que pugnan por salir de la miseria y de la opresión en que se encuentran.

Es natural que los opresores den a esas actitudes un nombre: política, y, es natural también, que traten de rendir a la Universidad por inanición, regateándole el apoyo económico del Estado, desgraciadamente indispensable para poder subsistir.

La Universidad latinoamericana —hay que decirlo muy clara y enfáticamente— no puede vivir de espaldas al pueblo. Tiene que sentir su dolor, que oír su grito de angustia, que recoger sus ansias de redención para buscar la manera de cumplir una alta misión humanitaria.

¿Cómo puede la Universidad permanecer indiferente ante las violaciones al derecho, si ella está enseñando en sus aulas que la función esencial del Estado es la realización del derecho? ¿Cómo va a desentenderse de la burla, el escarnio y el engaño que los detentadores del poder público

erigen en sistema, si en sus aulas se enseña a las juventudes cuál es la estructura de la doctrina democrática? Y, a todo eso le llaman política. Le llaman política cuando no es sino preocupación dolida y sincera, por el destino de los pueblos.

Y se quiere que la juventud guarde silencio. Se exige que no diga su protesta. Se pide que no se oiga su clamor porque los supremos valores jurídicos y humanos recobren su vigencia.

Eso no puede ser. Callar a la juventud sería como querer suprimir el canto de los pájaros o el murmullo de las fuentes, o el palpitar del corazón.

La Universidad latinoamericana tiene un duro compromiso: transformarse, hacer en su estructura mutaciones fundamentales para poder ser el diapasón capaz de vibrar al impulso de esa juventud, que está pidiendo nuevas concepciones a efecto de encontrar respuesta a las múltiples interrogaciones que se abren ante sus ojos expectantes.

Los nuevos conceptos del mundo y de la vida, colocan al hombre de hoy en una actitud infantil: se asombra de todo, se esfuerza por comprender una serie de hechos lindantes con el milagro, pero no está provisto de los elementos necesarios que le permitan encontrar una explicación. Le ocurre lo mismo que al hombre primitivo: Mira el relámpago y el trueno, siente en su carne y en su espíritu el peso abrumador de aquel fenómeno, y no sabe de dónde vienen la luz y el sonido. Pero, el salvaje, el hombre de las cavernas, tiene al menos un refugio, una solución: Dios. Ante la imposibilidad de explicarse los actos de presencia de la naturaleza, se inventa un Dios, y ya está: el Dios del Trueno, de la Tempestad, del Fuego. Teme a esos dioses, y en función de ese temor orienta su conducta. Pero el hombre de

hoy es incapaz de inventarse dioses. Sabe que hay uno, pero esto no le explica nada, y al contrario ese mismo Dios, es otro problema que está exigiendo solución.

Así, ante la incapacidad de obtener una comprensión cabal del mundo y de la vida, el hombre actual se debate entre la angustia y la inseguridad, que le sitúan en una actitud de evasión, capaz de provocar las más graves anomalías de conducta.

Toca a las Universidades la gigantesca empresa de dotar a las presentes generaciones del bagaje mental y espiritual que les permita terminar con la angustia, la perplejidad y el dolor, que, producen el ignorar la región cósmica en que la vida se está desenvolviendo.

La gran lucha en que estamos empeñados los universitarios latinoamericanos, es lucha por subsistir, es lucha por la supervivencia. Lograr la independencia económica de nuestras Universidades, crearles un patrimonio y robustecer sus ingresos, es tarea principal entre las múltiples que lleva consigo el desempeño de una función universitaria.

Hay ahora una esperanza de que esa tarea llegue a ser cumplida, porque nuestras Universidades van poco a poco abandonando la vida de simple relación —a veces esporádica— que han solido tener hasta hace algunos años, y tienden a adoptar una actitud de comunidad de intereses, y de solidaridad institucional. De esta manera, el esfuerzo de lucha se ve robustecido y la voz de reclamo de una Universidad, irá respaldada por el impulso moral que la imprima la solidaridad de las otras.

Antes de la creación del Consejo Superior Universitario Centroamericano, la vida de nuestras Universidades, era, co-

mo ya lo dije, de simple comunicación. Cada una ignoraba el acontecer de las otras. Su contactibilidad era contingencial.

En cambio, desde que el Consejo fue integrado, las relaciones se tornaron más íntimas, los problemas principiaron a verse como problemas comunes y ahora estamos aquí reunidos en busca de soluciones que beneficiarán a todas las Universidades centroamericanas.

Los puntos de la Agenda que vamos a estudiar están inspirados en el más alto espíritu centroamericanista. Tratamos de ir creando instituciones universitarias centroamericanas que sirvan no a un país, sino a todos los pueblos de Centroamérica, tales como el “Instituto Universitario Centroamericano de Investigaciones Sociales”; “Instituto Centroamericano de Derecho Comparado” e “Instituto Centroamericano de Ciencias Penales”.

Nos proponemos distribuir los estudios de las distintas carreras universitarias de tal manera que el profesional egresado de alguna de las Universidades que integran el Consejo Superior Universitario Centroamericano, esté apto para ejercer su profesión en cualquiera de los países del Istmo. Los planes básicos mínimos de estudio que van a ser estudiados, de aprobarse y ponerse en vigencia, resolverían uno de los problemas más espinosos que en sus relaciones han venido confrontando nuestras Universidades: el de las incorporaciones.

Los llamados “Pactos de Washington” que han regido en esta materia han sido interpretados en forma anárquica, creando tales dificultades que, su inoperancia ha sido manifiesta. Por ello, algunas Universidades han pedido a los respectivos gobiernos que denuncien el Tratado. Y, en forma decidida se ha venido sosteniendo el criterio de que sea a las

Universidades a quienes se deje la sistematización jurídica y científica de la materia.

En esta misma V Reunión que ahora inauguramos figura como punto de agenda ese tema tan importante que ya fue tratado también en la reunión anterior.

Estudiaremos todos los problemas con la fe puesta en los altos valores de la cultura y en el destino de una Centroamérica unida. Y con la convicción profunda de que la cultura es el mejor camino para lograr la unión de las parcelas dispersas, ya que es también el camino más seguro para lograr la libertad.

A través del análisis de la situación económica y política de los países centroamericanos, debemos llegar a la conclusión irremediable de que nuestras Universidades necesitan unir sus esfuerzos para llenar mejor su misión. Nunca como ahora, los grupos humanos han estado tan compactos, nunca el espíritu gregario ha tenido mayor vivencia entre ellos. Los une el dolor y la angustia que gravita sobre todos como un anatema inexorable. Los une la inseguridad, el peligro y la zozobra ante la incertidumbre de un porvenir en el que asoma por todas partes su cara la tragedia. Así como los hombres sólo en la desgracia sienten la necesidad de unirse, también los pueblos sólo en la desdicha tienden a buscarse.

Los nuestros no son una excepción. De ahí, todos los esfuerzos que han venido haciéndose para lograr la unión.

Pero los caminos escogidos han sido equivocados. Y toca a las Instituciones de enseñanza y a las de alta cultura, educar a los pueblos para que la unión de Centroamérica surja de la única fuente de donde debe surgir: del pueblo.

Las Universidades, inmersas en esa corriente de incer-

tidumbre y desesperanza, que he señalado, tienen que buscar juntas su defensa y la realización de sus más caros ideales.

Por eso estamos aquí reunidos en este cónclave tras las soluciones que nos permitan cumplir con la misión que nos ha sido confiada al concedérsenos el altísimo honor de dirigir nuestras Casas de Estudio.

Tenemos la satisfacción de contar entre nosotros a un miembro más de la familia universitaria centroamericana: la hermana Universidad de Panamá. La Universidad de El Salvador se congratula de ello y le tiende su mano fraterna, abrigando la esperanza de que en breve se unirá a nosotros para formar parte del Consejo Superior Universitario Centroamericano.

Nadie, pues, ha faltado a la cita. Consciente de su responsabilidad las Universidades han acudido presurosas, a enfrentarse a los problemas que están exigiendo solución.

Esta es la mejor forma de demostrar la honda y sincera preocupación que embarga a sus representantes por el destino de la Universidad y pueblo centroamericanos.

Nos cabe también el honor de que participen en nuestra Reunión los Representantes de UNESCO, ONU, *Oficina Sanitaria Panamericana* y ODECA, quienes, con sus luces, contribuirán a que alcancemos el éxito deseado. Y aprovechamos esta oportunidad para presentar públicamente nuestros agradecimientos a estas Instituciones internacionales que, en todo momento han mantenido las más cordiales relaciones con las Universidades Centroamericanas. De manera especial, estos agradecimientos van para la Organización de Estados Centroamericanos, que estuvo representada en la IV Reunión del Consejo de Universidades celebrado en León, Nicaragua,

el año pasado, por su digno y dinámico Secretario Dr. J. Guillermo Trabanino. En tal ocasión el Dr. Trabanino, ofreció que la ODECA contribuiría con la cantidad anual de US\$5.000.00, para el sostenimiento de la Secretaría permanente del Consejo. Y, en ese propio acto, el oferente entregó la suma de US\$1.458.31. De esta manera quedó establecida una vinculación de ayuda y apoyo por parte de la ODECA, organismo estatal internacional con el Consejo de Universidades, entidad cultural que trabaja por la superación de la Universidad centroamericana. Esa ayuda ha sido de un valor inapreciable, pues dado lo limitado de los presupuestos universitarios, las Universidades no están en capacidad de contribuir con sumas muy elevadas al mantenimiento de la Secretaría Permanente. Quede claro, pues, nuestro reconocimiento a la ODECA, cuyo actual Secretario General, Lic. Marco Tulio Zeledón, esperamos que seguirá la misma política de su antecesor, como ya lo ha demostrado en el corto lapso que lleva en el ejercicio de su importante cargo.

A propósito de asistencia económica, en la IV Reunión del Consejo Superior Universitario se votó una ponencia en el sentido de gestionar ante algunas instituciones internacionales, ayuda técnica y económica ya sea en forma de donaciones o de préstamos a largo plazo. El Consejo está convencido de que solamente con tal apoyo será posible que las Universidades emprendan un movimiento efectivo de reforma de la enseñanza y de las demás funciones universitarias, y de que, únicamente así, la Universidad podrá cumplir con el grave compromiso que tiene con la República: Propiciar la investigación científica, estudiar y dar solución a los grandes problemas nacionales, profundizar en las necesidades de la población e indicar los remedios adecuados para subsanarlas. Y, en fin, realizar la gigantesca

tarea de servicio social que por su propia naturaleza le corresponde.

Por tales razones, hacemos un llamamiento a las entidades internacionales aquí representadas, a efecto de que, interpongan sus valiosas gestiones para que la ponencia a que antes hice alusión, llegue a tener efectividad práctica. Estamos seguros que esto será posible con su inapreciable cooperación.

Magníficos Rectores, Honorables Delegados, la Universidad de El Salvador, por mi medio, y en nombre de su Consejo Superior os presenta el más atento saludo de bienvenida y los deseos más fervientes porque vuestra permanencia entre nosotros sea grata y agradable.

Y esperamos que, bajo el signo austero de Minerva y con el aliento siempre vivo del ideal morazánico, llevaremos adelante nuestras labores con la mente y el corazón puestos en el porvenir de Centroamérica”.

*Vida y Pasión de la Universidad**

Nuestra Universidad está cumpliendo ciento veinte años de existencia. Su fecha natal, ha sido bastante discutida por historiadores y académicos: algunos opinan (Marure, Darío González) que fue el 3 de octubre de 1841, y otros, los más, que fue el 16 de febrero del mismo año. Esta última fecha parece ser la exacta y la que ha venido citándose en discursos y conferencias alusivas; y es esa misma la que se tomó como base para conmemorar en 1941, el centenario de la fundación. Pero sucede, que aún tomando esa fecha como cierta, el Decreto de creación, cual si hubiera habido empeño en dejar el asunto oscuro, tiene una anomalía, como puede verse de su texto que transcribo aquí respetando la ortografía propia de la época: “La Asamblea Constituyente del Estado del Salvador. “CONSIDERANDO. Que el primer elemento de la libertad, y de todo sistema republicano es la instrucción pública, á cuyo grandioso objeto debe prestarse una preferente atención, acordando todos los establecimientos que sean compatibles con las circunstancias presentes, se ha servido decretar y

“DECRETA”

Art. 1º Se establece en esta ciudad una universidad y

(*) Discurso pronunciado en el Acto de Apertura del Año Académico 1961 1962

un colegio de educación, al cual se destina el edificio material del convento de S. Francisco, fundándose por ahora, una clase de gramática latina y castellana, de filosofía y de moral, cuidando el Poder Ejecutivo de ir estableciendo las mas que correspondan á otros ramos científicos á proporción de los progresos que se hagan y del estado de los jóvenes educandos.

Art. 2º Se recibirán en el colejo de cuenta de la hacienda pública, doce niños pobres que vistan beca, quienes deberán saber leer, escribir y aritmética; que no pasen de doce años, y que se les advierta capacidad para las ciencias. Serán dos de cada departamento de los en que actualmente está dividido el Estado. También se admitirán pensionistas por contratos con sus padres, tutores, ó encomendados de su educación, en el concepto de que si nada quieren percibir alimenticio en el colejo, sean recibidos de gracia.

Art. 3º Habrá un rector á cuyo cargo se halle la dirección interior del colejo y de todos sus alumnos y dependientes: será de nombramiento del Gobierno, y tendrá la dotación de cuarenta pesos mensuales por solo el rectorado. Será precisamente catedrático de gramática por cuya enseñanza se le darán otros cuarenta pesos cada mes. Ygual dotación tendrá el catedrático de filosofía, y el Gobierno contratará la que haya de darse al de moral, y demás que se establezcan.

Art. 4º Todo el que quiera establecer gratis clases de enseñanza en cualquier otro ramo de ciencia y artes, queda exonerado de toda carga consejo y de nombramientos para empleos públicos sino quisiesen aceptarlos.

Art. 5º El Gobierno nombrará una junta directiva de instrucción pública que cuide de la conservación y mejora-

miento del establecimiento, de la fiel inversión de los fondos destinados á su sostén, y de la seguridad y progreso de todos los demás que se vayan fundando en los departamentos.

Art. 6º Se destinan especialmente á la instrucción pública los productos de la receptoría del partido de Zacatecoluca, y los réditos de las capellanías de sangre que no tienen poseedor de esta fecha en adelante. Así mismo se destina una manda forzosa que se establece á cada testador cuyo capital pase de quinientos pesos, no bajando ella de tres, y exigiéndose la misma de las herencias ab-intestato que monten del capital dicho en adelante.

La Junta con aprobación y asignación del Gobierno nombrará un Tesorero que cuide y recaude estos fondos los cuales jamas podrán entrar en Tesorería ni tendran otra inversión por ningun pretesto ni circunstancias, aun en calidad de préstamo, que la designada en esta ley siendo por el mismo hecho responsables con sus bienes los que dicten órdenes y los que las cúmplan destinándolos á otros objetos.

Art. 8º El Gobierno es facultado para reglamentar las funciones de la junta: del Tesorero, y las maneras de recaudar y distribuir los expresados fondos. Lo es juntamente para distribuir el sobrante entre los departamentos de Sonsonate, S. Vicente y S. Miguel y se establecen desde luego cátedras de latinidad, y filosofía para dar las constituciones de la úniuersidad y subalternos institutos con informe de la junta o claustro que deba organizarse.

Art. 9º El P. E. es ampliamente autorizado para remover todo ostáculo que se oponga á la plantación, continuación y progresos de estos importantes establecimientos.

Art. 10º Todos los doctores, licenciados y bachilleres,

vecinos del Estado son miembros natos de la universidad y tendrán asiento en el claustro cuando se hallan en la capital: podrán establecer donde quiera la enseñanza de sus respectivas profesiones bajo la inspección de la junta directiva: propondrán cuanto conduzca á jeneralizar la instrucción pública; y sus discipulos cuando tengan la conveniente y haya cursado el tiempo necesario, podrán optar á los grados de bachiller con certificaciones de aquellos.

“Comuníquese al S. P. E. para su publicación y circulación—Dado en S. Salvador á 16 de febrero de 1841— Juan José Guzmán, diputado presidente —Leocadio Romero, diputado secretario— Manuel Barberena, diputado secretario.

“Por tanto; Ejecútese —Lo tendrá entendido el Jefe de Sección encargado del Ministerio de Relaciones y gobernación y dispondrá se imprima, publique y circule— S. Salvador, Febrero 16 de 1841. —Juan Lindo— Al Sr. Tomás Muñoz.

“Y de órden del S. G. lo comunico a U. para que lo haga publicar y circular en el departamento de su mando.

“D. U. L. San Salvador, febrero 15 de 1841.—”

Desde ya puede notarse la contradicción en las fechas: La emisión del decreto aparece con fecha 16 de febrero. En cambio la sanción del Poder Ejecutivo, ostenta la fecha 15. He leído y releído el Decreto, y lo he copiado al pie de la letra. Desde luego es imposible que la sanción del Poder Ejecutivo sea anterior a la dictación de la ley por el Poder Legislativo. ¿Cuál fecha habrá que tomar entonces como auténtica? No queda más remedio que admitir que el error de fecha se cometió al dar el Poder Ejecutivo la sanción y que,

debiendo escribir 16, escribieron 15. Y por lo tanto, hemos de aceptar que la fecha auténtica de la fundación de la Universidad es el 16 de febrero de 1841.

Así aparece en la Recopilación de Leyes Patrias elaborada por el Presbítero y doctor Isidro Menéndez.

Además en la sanción del Ejecutivo aparece otro error: se consignó 1141, en vez de 1841. Tal error, hace verosímil el otro.

Sin embargo, no ha faltado cronista que cite el discutido 15 de febrero como fecha de la fundación.

Me refiero al Dr. Macario Araujo, a quien apodaban el “gran Morajúa” amigo fiel de las cosas de la Universidad, que en su Memoria de las labores de la misma, y como su Secretario General, dice clara y distintamente que la fecha citada es la de la fundación.

Hay otra tesis, sostenida por el distinguido historiador doctor Darío González, que afirma que la Universidad fue fundada en octubre de 1841. Esa afirmación la hizo en discurso pronunciado como Decano de la Facultad de Medicina el 22 de enero de 1865. Lo mismo ha dejado escrito el no menos distinguido historiógrafo Alejandro Marure, quien señala el 3 de octubre del 41 como fecha de la fundación.

Corroborar la opinión de estos dos historiadores, un artículo publicado en el “Correo Semanario del Salvador” el 21 de octubre de 1841, concebido en los siguientes términos:

“Tenemos la complacencia de manifestar al público que el día 16 del corriente se celebró en la Iglesia Parroquial de esta Ciudad la función de acción de gracias al Todo Poderoso por la erección e instalación del Colejio y

Universidad de San Salvador. En el mismo acto se prestó por todo el Claustro el juramento á la Purísima Concepción de María por unanimidad de sus dignos miembros fué adoptada por Patrona de la Universidad y Colejio. A las 9 del día se reunió en el jeneral del Colejio, el Claustro y una numerosa y muy lucida concurrencia del vecindario de la ciudad, de allí se dirijieron todos en unión de las principales autoridades del Estado a la Iglesia en donde se celebró una solemne Misa y Te-Deum, habiendo pronunciado el Sr. Vicario Presbítero Dr. Zaldaña un elocuente discurso análogo a la grandeza é importancia del acto. En seguida volvió la concurrencia al local del Colejio en donde el Sr. Rector Dr. Eujenio Aguilar leyó otro discurso igualmente hermoso y análogo al acto. Desde el día de la víspera se anunció en el público el aplauso y contento general con que se recibia el nuevo establecimiento literario adornando todos los vecinos sus casas con diferentes colgaduras é iluminadas por las noches. Hace diez años que en esta misma Ciudad se instaló otro Colejio y desde entonces suspiran todos los pueblos del Estado por la enseñanza pública y no dejan de hacer memorias muy gratas en favor de aquel Gobierno que procuró hacerles tanto bien; pero desgraciadamente vinieron a libertar el Estado en 832 y uno de los primeros frutos amargos que hicieron sentir a los pueblos sus llamados libertadores fué la destrucción absoluta del Colejio y de todos sus fondos, en términos que ápenas quedó en la Ciudad una escuela de primeras letras que desde los muy remotos tiempos del Gobierno Español se había creado. Salvadoreños: si quereis conservar la educación y enseñanza pública que actualmente se proporciona a vuestros hijos, procurad no dejaros engañar por vuestros verdaderos enemigos y no dejaros imponer el yugo de la ignorancia que es la peor esclavitud en que puede caer un pueblo, y sobre la que siempre han es-

tablecido todos los tiranos de la tierra su dominación y poder absoluto”.

Sería interminable la exposición de dudas y opiniones respecto a la fecha exacta de la fundación de la Universidad.

Lo que si parece indudable es que el Decreto de 16 de febrero declaró fundados la Universidad y Colegio. Estas dos instituciones marcharon a la par estrechamente unidas. Por tal razón, la Universidad principió a funcionar como Colegio, como centro de cultura superior, sin carácter profesional. No fue sino varios años después, posiblemente 1843, que se crearon las cátedras propias de una carrera académica.

Pero el núcleo, la raíz, el cordón umbilical de la Universidad es el Decreto de 16 de febrero. Por ello, me concreto a tomar esa fecha como la de fundación de la Universidad.

Hay otro aspecto importante en el proceso vital de la Universidad que cabe analizar: quién o quiénes fueron sus fundadores. Sobre esto se ha especulado mucho. Varios nombres se disputan la primacía.

Pero, entre ellos, los que más se destacan son Francisco Malespín y Juan Lindo. Malespín, sobre todo, ha pasado a la posteridad con la aureola de ser el que más influyó en la fundación de la Universidad. Su retrato con el clásico quepis, los bigotes kayserianos y las charreteras de oro, ha figurado en la galería de honor, junto a Juan Lindo, Narciso Monterrey y demás Rectores de la Universidad. Pero ¿será verdad o leyenda eso de que el General Malespín, Mil Penas como se le llamaba en el lenguaje anagramático de la época, se desveló por la Universidad? ¿Será verdad o leyenda eso de que, según lo afirma don Juan J. Cañas, encontrándose

el General en el despacho del Jefe del Estado (Lindo) apostrofó a éste diciéndole?: “de aquí no saldré sin el Decreto tantas veces prometido para la fundación del Colegio y la consiguiente Universidad”.

¿Será asimismo leyenda lo de que, encontrándose la Universidad, como de costumbre, escasa de fondos para su sostenimiento, Malespín se arrancó sus famosas charreteras y las mandó fundir para allegar con premura aquellos fondos? Marte sosteniendo a Minerva, ¿no será eso, entre nosotros, leyenda pura? Y lo de que les disminuyó la ración de pan a los soldados para economizar fondos para la Universidad, ¿tendrá visos de verdad?

La primera impresión nos dice que son hechos demasiado hermosos para que sean ciertos. Lo real es que no existen pruebas concluyentes de esa certeza. Y la duda sube de punto si se toma en cuenta la clase de hombre que era Mil Penas. Aunque fue uno de los hombres más discutidos de su época, no deja de llamar la atención la dureza y el odio con que algunas publicaciones le trataban, prueba de que algo había de todo lo que en ellas se le atribuía. Por ejemplo: en una hoja suelta, apareció, después de la muerte de Malespín, ocurrida como es sabido en San Fernando, pueblo del Departamento de Chalatenango, una composición en verso que con esta dedicatoria: “a la cabeza del malvado Francisco Malespín, expuesta al público en una asta en la garita de San Sebastián de la capital del Estado del Salvador”, decía:

*Protervo, impío, infame y criminal,
asesino, faccioso, excomulgado
de rostro denegrado y señalado
de cuerpo y alma oscuro é infernal.*

*Enemigo del sabio y liberal
amigo del bandido y del malvado,
con sangre y aguardiente alimentado,
sin más placer que producir el mal;
Tal era el antropófago inmoral,
que del Izalco la laba produjera,
para que nos talase y destruyera
cual fenómeno horrendo natural.
Ya su influjo cesó, llegó su fin
ved su cabeza y marca, es Malespín”.*

Por otra parte, no era Mil Penas, hombre de gran cultura, ni creo que tuviera mucha sensibilidad hacia ella. Y en todo eso se basan los que opinan que es muy problemático que él haya sido el propulsor de la fundación de la Universidad. Cabe agregar, que existen motivos poderosos para dudar de la autenticidad de los dos hechos en que se coloca a Malespín como protagonista: el de increpar al Jefe del Estado, exclamando que no saldría del despacho sino con el decreto de creación de la Universidad; y el de mandar a fundir las charreteras y disminuirle el pan a los soldados para ayudar a la Universidad. El primer hecho, porque no es ninguna novedad que el verdadero amo del país, el que decidía todos los negocios del Estado desde 1840, era Malespín. No constituía, pues, para él, problema alguno el poder ordenar que se diera un decreto creando la Universidad. Y los otros dos hechos, porque son tan pueriles que carece de seriedad su afirmación: la fundición de las charreteras no valía la pena porque no habría producido mucho; y lo de la supresión del pan de los soldados es una barbaridad que no se le puede ocurrir a ningún jefe militar; aparte de que, tampoco habría producido mucho.

Todo es duda en esto. Más, las dimensiones obligadamente sobrias de este discurso, me impiden extenderme en más consideraciones respecto a la pretendida paternidad malespiniana.

Hay muchas más razones para pensar que fue don Juan Nepomuceno Fernández de Lindo y Zelaya, el que tomó en sus manos la fundación de la Universidad. Al menos hay una cosa que nadie puede negar: que él expidió el Decreto de creación. Y esto, algo significa en la fundación de un instituto.

Del breve análisis que acabo de hacer se viene en conocimiento de que hay mucha sombra respecto al nacimiento de nuestra Universidad, y de que es urgente estudiar a fondo los datos históricos para presentar algo que podamos tomar como definitivo e incontrovertible.

Así nació nuestra Institución universitaria y ahora lleva ya corridos ciento veinte años de su azarosa existencia. Su vida toda ha sido una lucha constante de supervivencia y superación.

Rodeada de asechanzas, constantemente asediada por la incomprensión, la falsedad y la mentira, ha tenido que defenderse casi inerme, sin más armas que la verdad y el escudo de la fe en el alto destino que le toca cumplir en la República.

Lo más paradójico de esta lucha es que la Universidad ha tenido muchas veces que defenderse de sus propios hijos.

Dos categorías de factores producen ese constante batallar: factores económicos y factores políticos, los cuales han actuado casi siempre a la par.

No me detendré en los factores económicos, pues al analizar los políticos, como lo haré a continuación, serán considerados aquéllos.

Debido a la posición cimera que ocupa la Universidad, como institución de estudios superiores, es consecuencia lógica que, su pensamiento tenga que irradiar hacia todos los ámbitos de la República. Como núcleo científico abierto a todas las corrientes, es natural que despierte en el espíritu de los jóvenes que acuden a sus aulas la aspiración por la conquista de un mundo en el que imperen la justicia y el derecho en toda su excelcitud. Todas las carreras universitarias, llevan en la hondura, en lo recóndito de sí mismas, un fluido vital que alimenta aquella aspiración. De ahí, que en cada estudiante universitario se halle en germen una actitud de heroísmo y sacrificio. De ahí también que en cada uno de ellos surja, indetenible, una postura de protesta frente a la realidad circundante que, quitándose a veces la máscara de actor adocenado, muestra al desnudo un cuadro de mentiras, de suplantación de valores, de fraude y de ambiciones. El estudiante pone en su protesta todo el ardor juvenil y la fuente inagotable de generosidad que son la esencia de su vida. Pero casi nunca se desboca en desmán o en atropello o violencia. La palabra hablada y escrita, el gesto y la mímica son vehículos de canalización de la protesta. Son también los modos de expresión de los pueblos oprimidos de la comunidad latinoamericana. Por eso es que en esta comunidad hay dos fuerzas que siempre confluyen: el estudiante universitario y el pueblo. La miopía, la falta de tacto político y la soberbia de los que, en turno, tienen en sus manos el poder, han impulsado a éstos a responder a aquel mensaje de protesta con el bárbaro lenguaje de los fusiles, de la bayoneta y del garrote. Los que están acostumbrados a transitar por el callejón oscuro del poder, no caben en la vía ancha y limpia de la opinión libre de los ciudadanos. Y por eso tratan de destruirla. Y por eso tratan de despejarla, erigiendo en ella el imperio de la fuerza.

De ahí el vía crucis de la Universidad. De ahí su continuado calvario.

En el presente siglo, sobre todo en la última treintena de años, en que hemos tenido que asistir a las violaciones más escandalosas al derecho y a la persona humana, en que se ha usado el destierro como pena sin estar catalogado en las leyes, el divorcio entre las autoridades políticas en turno y el estudiantado universitario, ha sido inevitable e ineludible. Y seguirá siéndolo mientras no se logre la restauración jurídica, mientras la pureza democrática no presida el alcanzamiento del poder público. Se engañan los que crean que esa actitud estudiantil pueda cambiar. Asimismo se engañan los que piensen que el cambio se logrará por el terror y la intimidación, por la persecución y el vejamen. Cualquiera que esté medio enterado de la ciencia psicológica sabe que, al contrario, el uso de esas armas atiza el ardor juvenil y acicatea su impulso de rebeldía y de aventura.

Es inútil pretender que el estudiante universitario, que el pueblo en general, se conforme con situaciones que están negando los más excelsos valores humanos. Es absurdo creer que esas dos entidades van a convencerse de que el destierro de los ciudadanos, la flagelación y el irrespeto a la persona humana, son medidas de buen gobierno. Y propias de un orden democrático. Es infantil pensar que frente a la arbitrariedad como sistema, frente al desquiciamiento de la estructura jurídica del Estado llevada a cabo sin más razón que la fuerza, se pueda silenciar la voz de los pueblos. Eso no puede, no podrá ser. De serlo, significaría que hemos dejado de existir como Nación. No. El pueblo luchará siempre contra los despotismos. Aunque sea sólo con eso: con su voz.

He tratado de explicar el por qué de la rebeldía juvenil. Y deseo agregar que hasta ahora no se ha comprendido o

no se ha querido comprender que el problema de las juventudes modernas es un problema de psicología social. O mejor, un problema psico-sociológico. El organismo social puede ser comparado con el organismo humano en muchos aspectos. Los fisiólogos sostienen que todos los órganos en el ser humano funcionan normalmente con la octava parte de su energía vital. Las otras siete octavas partes las mantiene en reserva para aprovecharlas en las situaciones de crisis. Pues, lo mismo ocurre en el organismo social. Esas siete octavas partes, que en cuenta de ahorros mantiene toda sociedad, residen en la juventud. Es una fortuna que cuando la juventud irrumpe a la vida comunal lo haga sin contagio, sin lazos definitivos con el mundo en el que va a volcar su recién estrenada personalidad.

Es pues, natural que, cuando una sociedad entra en crisis, sean sus reservas juveniles las que asuman la tarea de restauración. La juventud universitaria, movida por ese maravilloso impulso que es la cultura, suele tomar la dirección en esa tarea ingente de restauración. Y por eso la vemos actuar en primer plano. Y por eso también es la primera en sufrir los efectos de la reacción que irremediablemente viene en toda lucha cívica.

Sucesos recientes, que están aún ahí, al alcance de la mano, demuestran la certeza de lo que acabo de afirmar. En un atropello sin precedentes en la historia del país, fueron allanados los recintos universitarios, y aquí, en este mismo sitio en donde nos encontramos ahora, se derramó sangre de estudiantes y de hombres y mujeres del pueblo que no tenían otra culpa que la de haber protestado con su voz, con su gran voz impotente, por los desmanes del poder. Aquí mismo fueron flagelados y golpeados sin piedad, empleados de las oficinas centrales de la Universidad, que se encon-

traban dentro del local en el desempeño de su trabajo, y que nada tenían que ver con los “mitines” que se habían llevado a cabo en la calle. Humildes ordenanzas cayeron bajo la bota y el garrote del gendarme. Nadie, ni las mujeres, ni los ancianos, escaparon a la furia primitiva y cavernaria. Parecía que aquello era una conjura contra la inteligencia, pues hasta los documentos y títulos académicos que se encontraban en los archivos fueron destruidos. Don Juan Lindo, fundador de la Universidad y nuestro eximio humanista don Francisco Gavidia, testigos mudos del salvaje atentado, no se libraron de él. Vedlos ahí, con las huellas todavía frescas que en sus efigies venerables dejó la bayoneta del agente de policía de hacienda.

La cárcel y el destierro siguieron después en la ruta dolorosa que el cumplimiento del deber había trazado a cada uno.

El sacrificio, sin embargo, no fue inútil. Al menos la cabeza de aquel régimen que tan fácilmente viró hacia el despotismo, cayó. Fue la única ganancia positiva. Pero fue ganancia exclusivamente del pueblo. Este y sólo éste, dándose en holocausto, hizo posible, al menos un castigo temporal. Lo demás es historia presente de inoficiosa relación.

En aquellos momentos se constató hasta qué punto la Universidad es el corazón de la República. Ante el atropello, el pueblo se alzó entero para hacer oír su protesta. Los hechos conmovieron a toda América. Las Universidades latinoamericanas, a través de la Unión de Universidades Latinoamericanas, entidad que agrupa la totalidad de las Universidades de América del Sur, Centro América, México y las Antillas, condenaron abiertamente el atentado contra la Universidad de El Salvador, y ofrecieron a su Rector movilizar todos los recursos legales en una acción conjunta para

forzar el restablecimiento de garantías para el normal desarrollo de las funciones universitarias.

Asimismo, las restantes Universidades de Centroamérica, a través del Consejo Superior Universitario Centroamericano, y por medio del Secretario General y los Honorables Rectores, hicieron acto de presencia viniendo a San Salvador para tener una versión exacta de los hechos y orientar así la política a seguir.

Y, por último, la Unión Mundial de Universidades, de la cual la nuestra forma parte, y que celebraba por aquellos días su tercera Reunión Internacional, consignó en sesión plena su voto de protesta, que hizo llegar al Presidente de la República.

Organos de publicidad de América y Europa condenaron sin ambages el atentado, considerándolo como algo insólito y sin precedentes en la historia de las Universidades.

Todo ello demuestra, con meridiana claridad, que por más que las fuerzas ciegas de la barbarie se confabulen contra la cultura, nunca podrán destruirla. Y que, al contrario, cobra mayores relieves, y su presencia se torna inefable.

En lo que hace a la Universidad de El Salvador, hay el aspecto sentimental. Ella cubre casi toda nuestra vida independiente. Y viene a ser algo así, como una gran síntesis de las tradiciones del pueblo salvadoreño: tradición cultural, tradiciones familiares, el calor de la patria alimentado con fuego de los hombres que la han ido formando y que surgieron de la Universidad, tradición jurídica, y ¿por qué no decirlo? tradición de libertad, pues los cerebros que la forjaron fueron cerebros universitarios.

La Universidad es pues, algo nuestro. La llevamos en la entraña. Corre por nuestra sangre, ha poco generosamente

derramada. Es la culminación de todas nuestras ansias, de todos nuestros ideales y nuestra única esperanza de redención.

Por ese motivo, la República toda se conmovió al consumarse la violación de los derechos fundamentales de la Universidad y pidió el castigo de los culpables.

He querido traer a cuento todos estos hechos porque es necesario que se conserven muy frescos en nuestra memoria y nos recuerden el deber que tenemos que cumplir. Como lo hicimos ayer, lo haremos siempre: mantener en alto la dignidad universitaria, ser fieles a sus grandes fines y a su tradición de cultura y libertad tan caramamente conquistada a través de los ciento veinte años de su vida.

Ello es tanto más necesario, cuanto que todo hace suponer que la pasión de la Universidad no ha concluido, y quien sabe que otro calvario nos espera.

Ignacio Chávez, Doctor Honoris Causa de la Universidad de El Salvador*

*Sr. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,
Honorables Delegados,
Autoridades Universitarias, Señoras y Señores:*

Considero un señalado honor el ser en estos momentos el portavoz de nuestra Universidad para cumplir el gratísimo encargo de ofrecer y entregar al magnífico Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de El Salvador. Deseamos que se comprenda muy bien que este grado académico que se le concede al doctor Chávez no es un mero acto de cortesanía. Muy pocos son los títulos de esta clase que la Universidad de El Salvador ha conferido. Y al otorgar éste, lo hace en atención a los extraordinarios méritos científicos y a la alta categoría de pensador eminente que definen la personalidad del doctor Chávez.

Como dije antes nuestra Universidad no ha sido pródiga en la concesión de esta clase de títulos.

Y esto lo traigo a cuento no con el ánimo de sobreesti-

(*) Discurso pronunciado con ocasión de hacer entrega al Ilustre Rector de la Universidad Autónoma de México, Dr Ignacio Chávez, del Título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de El Salvador

mar la calidad del que ahora recibe el doctor Chávez, sino para hacer ver la legítima autenticidad valorativa que se ha tomado en consideración para concederlo.

No es necesario que yo venga a hacer a ustedes relación de los múltiples merecimientos, que a través de una vida activa dedicada a la ciencia y a la consecución del bienestar de la humanidad, ha conquistado el doctor Chávez. Demasiado conocido es en él ese proceso de constante oblación a lo más noble que conlleva la misión del hombre sobre la tierra: la realización del bien y la lucha contra el dolor.

Pero sí quiero destacar aquí el raro privilegio que significa el poder ostentar, en la medida exacta de su definición, el título de “Doctor”.

En la historia de los grados académicos, el de “Doctor” es el más antiguo y el de más alta jerarquía. En su origen equivalía a “Maestro” “Magister”. En este sentido es usado en el Imperio Romano y lo encontramos con esa acepción en los escritos de los grandes historiadores, poetas, oradores y científicos de la época, como en “Cicerón, Quintiliano, Horacio, Suetonio, Plinio, etc. Pasó después a significar título o dignidad, adoptando el valor lexicológico que se le daba en la religión israelita, en la cual ya se mencionaban y existían los “Doctores de la Ley Mosaica”.

La teología escolástica dignificó el título aplicándolo a sus más altos representantes. A Santo Tomás, por ej., se le llamó Doctor Angelicus o Universalis, a San Buenaventura, Doctor Seraphicus, a Gregorio de Rimini, Doctor Authenticus, etc. Todos esos calificativos nos traen a la mente la idea de excelsitud, de elevada jerarquía espiritual, de una auténtica valorización ecuménica. Y los cito para insistir en el hecho de que dentro de la esencia de la calidad de doctor va ese atributo inconfundible de lo ecuménico, de lo universal.

Y desde ese punto de vista implica un tremendo compromiso intelectual el estar investido de esa dignidad académica. Tal compromiso abarca un ámbito insospechado dentro de la vida social y se traduce, casi siempre, en sacrificio y entrega. La humanidad deposita en los que alcanzaron aquella dignidad doctoral, su fe, su esperanza, su destino. Cuando el mundo se agita convulso, sacudido por las grandes crisis de su historia, el hombre, indefenso, vuelve sus ojos a los "doctos" para que acudan en su ayuda. Y he ahí, que muchos, en esa hora decisiva, fallan. Y la comunidad pierde entonces mucho de su patrimonio espiritual, que ha costado sangre y lágrimas para conquistarlo.

Ya podéis vosotros considerar, señoras y señores, el orgullo que un pueblo debe sentir cuando cuenta en su seno con hombres doctos que están prestos a dar sus luces y a sacrificar su tranquilidad y bienestar, en aras del servicio a su comunidad. La República se siente segura, sabiendo que detrás de ella, está la fuerza mental de sus mejores hombres, que no traicionarán jamás su destino.

Por eso la Universidad de El Salvador, fiel a los grandes postulados que alientan su vida, se siente alborozada al ponerse en contacto fraterno con un hombre de la talla continental del doctor Ignacio Chávez.

Y ha querido unirlo a ella en íntimo consorcio espiritual acogiéndolo como hijo suyo en este hogar ya centenario.

Viene así el eminente científico a ser un miembro más de la gran familia universitaria salvadoreña, cuya tradición se remonta a ciento veintiún años.

De esa gran familia surgieron los hijos que, paso a paso, con un fracaso hoy y una victoria mañana, han venido forjando la República. Aquí, como en México, como en toda la América hispana, las luchas por la libertad, los esfuerzos por la estructuración de la nacionalidad, tuvieron y tienen

como paladines incansables a académicos universitarios. Aquí, como en México, como en toda la América india, han sido y son universitarios los que más han comprendido el dolor y la angustia de sus pueblos. Y lo han expresado en la literatura, en la obra científica. Y han hecho vivo el amor hacia esos pueblos con el sufrimiento, con el sacrificio. En la interminable batalla que se está librando por la salvación de los valores morales de la humanidad, en el combate que se renueva todos los días por la salud y el bienestar social, son académicos universitarios los que ocupan los puestos de vanguardia.

Muchos caen en la lucha. Los que quedan en pie, recogen la bandera y continúan la obra, en los laboratorios, en las Universidades, en los parlamentos, en la plaza pública, en las calles, y no pocos, aun en las cárceles o en el destierro.

Ese es el espíritu que la Universidad, madre múltipara, ha inculcado en sus hijos legítimos. Las aulas están llenas de las sombras de los muertos, que con su sangre nos trazaron un camino. Un hálito de eternidad se presiente en estas casas universitarias que son el hogar de todos. Y a nosotros, los que en ellas vivimos pareciera que a su conjuro nos nacieran alas. Y que una semilla de heroísmo estuviera germinando en nuestras almas.

La vida, como la tragedia griega, tiene dos caras: la de la alegría y la del llanto. A los hombres de ciencia, a los grandes benefactores de la sociedad, les toca moverse dentro de la segunda fase: la del dolor. Raras, pero muy raras veces participará de la alegría universal. Su trabajo, silencioso, casi ignorado, su rendición continua al servicio común, los alejan de todo aquello que puede significar el goce superficial y ligero. Sus satisfacciones son, sin embargo muy hondas. Consisten en el alcanzamiento de los fines que harán

más útil, más perennemente hermoso, más auténticamente noble, el trabajo humano.

El Dr. Chávez sabe de esa satisfacción. Científico eminente, humanista, educador de juventudes, pero sobre todo, como hombre sencillo, comprensivo y amable, se ha dado a corazón abierto y ha tenido la dicha de ver el fruto de su obra.

Se da en él, el caso bien poco frecuente por cierto, del hombre que no es absorbido por el especialista. Sino al contrario. Antes y por sobre el cardiólogo, está el hombre, el hombre de carne y sangre.

Y por ello le vemos tratar el corazón desde dos ángulos que se complementan: como mero cuadro anatómico, fisiológico y como pantalla en donde se refleja toda nuestra vida sentimental. Respecto de su habilidad y sabiduría en lo primero, pueden dar testimonio los miles y miles de pacientes de todas las nacionalidades que han recibido sus servicios médicos. Y respecto de lo segundo, dan fe y verdad sus actividades humanísticas, ampliamente puestas de manifiesto en numerosos trabajos publicados, entre los cuales merecen especial citación: “La actitud del médico frente a sus enfermos cardíacos”. “El Padre Hidalgo”, publicado en Cuadernos Americanos en 1953; “La obra del Bienestar Social de la población rural de México”, “Evolución de la Medicina en México” (Conferencia pronunciada en la Sorbona de París); “La actitud del médico frente a su enfermo con infarto miocárdico”; “Grandeza y miseria de la especialización médica. aspiración a un nuevo humanismo”, leído en el 3er. Congreso Mundial de Cardiología, en Bruselas, etc., etc. Muchos de estos trabajos, especialmente el último citado, han sido traducidos a varios idiomas.

Las juventudes americanas tienen una deuda de gratitud con el Dr. Chávez. El ha enseñado a varias generaciones de estudiantes, graduados y no graduados. Y en todos ellos ha dejado impreso el fluido de su singular personalidad. Por América entera andan regados sus discípulos. De él aprendieron la ciencia, la modestia, la honestidad científica y profesional, y esta máxima de suprema humildad: Ser por todo y sobre todo, siempre estudiantes.

Dios permita que el Dr. Chávez viva aún muchos años para que las futuras generaciones de estudiosos puedan tener el privilegio de formarse bajo el signo de su sabiduría patriarcal.

Aquí, en El Salvador, tiene también sus discípulos. Aquí en El Salvador, tierra volcánica como su México, tiene también gentes que le admiran. Aquí, le ofrecemos nuestra amistad y le brindamos nuestra hospitalidad; esa hospitalidad nuestra que tiene ya caracteres de tradición nacional, que viene desde el humilde y miserable albergue del rancho indígena, se riega en nuestro paisaje, ancho de horizontes y de cielo, canta en nuestras fuentes y se detiene en la austeridad colonial de nuestras pequeñas ciudades.

Sed, pues, Dr. Chávez, nuestro huésped de honor, y recibid este Título de la más modesta de las Universidades de América, pero grande en su sinceridad y en su devota admiración hacia los valores esenciales del espíritu.

San Salvador, noviembre 20 de 1961.

*VI Reunión Ordinaria del Consejo Superior Universitario Centroamericano**

Están aquí reunidas una vez más las cinco Universidades que integran ese organismo regional educativo que se denomina “Consejo Superior Universitario Centroamericano”. Esta reunión indica la persistencia cada día más firme de un ideal común en la esfera de la educación superior y es la exteriorización práctica del convencimiento de que sólo mediante la unificación de esfuerzos e impulsos será posible a nuestras Casas de Estudio cumplir la elevada misión que, por definición les corresponde.

Están, así mismo aquí, representadas otras instituciones que se interesan por los problemas de la educación, cuya presencia nos honra sobremanera y nos demuestra la especial importancia que se le da a nuestro organismo universitario. Para ellas, nuestro saludo respetuoso y cordial.

Con oportunidad de esta VI Reunión del Consejo, es satisfactorio destacar, que de simple intento romántico que fue su fundación, ha venido a convertirse en una realidad viva y actuante, reconocida internacionalmente e incorporada a la esfera institucional centroamericana.

(*) Discurso pronunciado en el acto de apertura de la *VI Reunión Ordinaria del Consejo Superior Universitario Centroamericano*, realizada en la Universidad de San Carlos de Guatemala, (1º de Diciembre de 1961)

Fueron hombres imbuidos de un alto espíritu de confraternidad los que se echaron a las espaldas la tarea de poner en marcha un organismo que contuviera, en síntesis suprema, los principios e ideales que informan la vida misma de nuestras Universidades.

Tiene mucha razón el ilustre Rector de la Universidad de San Carlos, Dr. Carlos Martínez Durán, cuando en su discurso nos dice que la amistad ha jugado un papel primordial en el impulso generador que ha recibido el Consejo en los últimos años. La amistad nos permitió pensar quizás con más diafanidad. Ella hizo posible que en nuestras actuaciones no aflorara ni aun la más pequeña partícula del egoísmo que, como humanos, llevamos a veces oculto en nuestro corazón. Todos éramos amigos. Todos lo seguimos siendo. Y todos estamos convencidos de la grandeza y de la excelsitud de la tarea universitaria. No es posible aquí el engaño. No puede existir ni el odio ni la falsía. Ni la impureza ni la ambición bastarda. Y quien actúe en forma distinta, ostentando función universitaria, no es un universitario auténtico. Y será mejor que se aparte y no continúe profanando la excelsa misión que ha sido puesta en sus manos.

Gracias a que todos los trabajadores empeñados en esta labor, a veces dura y amarga, han actuado limpiamente, ha sido posible darle vida y función a este organismo federativo.

Jamás en la historia de la Universidad centroamericana se había dado el caso de un entendimiento mutuo que tuviera tanto valor centroamericanista, como la integración de esta Federación de Universidades. Y hoy que las fuerzas de la dispersión y de la distorsión andan sueltas por el mundo, amenazando destruir las conquistas morales de la humanidad, este ejemplo de unión fraterna y armónica viene a cons-

tituir un remanso en la marejada tumultuosa que parece arrastrarnos a todos hacia la violencia y la muerte.

Es un deber ineludible hermanos universitarios, no malograr esta hermosa victoria que hemos ganado contra el separatismo. Hagamos a un lado en nuestro quehacer universitario todo sentimiento que no sea el del amor noble y desinteresado hacia la Universidad.

Detengámonos a meditar en que nosotros, actores involuntarios en el drama humano, somos mera contingencia. Y si algo hemos de dejar digno de perennizarse, será aquello en que hayamos actuado, haciendo a un lado nuestras pasiones, nuestras inclinaciones personales, nuestro propio egoísmo. Todo lo que de limpio, puro y justo seamos capaces de albergar en nuestro espíritu, es lo único que podrá quitar a nuestras obras el sello de contingencialidad que fatalmente agobia nuestra vida.

Es muy natural que, cada uno quiera lo mejor para su propio país. Es, además, encomiable. Pero no olvidemos que una de las causas eficientes en el fracaso de la Federación Centroamericana fue eso que Arce llama con gran acierto en sus memorias “el provincialismo”. El “provincialismo” fue el responsable de que la Federación se estructurara como adrede para que se derrumbara pronto. ¿Cómo era posible que en el status socio-político de la época (1824) perdurara un régimen federativo en el cual cada Estado conservaba su propio Gobierno, y tenía su propia Constitución? Milagro puro fue que se mantuviera en pie durante diecisiete años. Y hay que recordar toda la sangre y todos los sacrificios que esos diecisiete años de vida federal costaron a los pueblos. A un siglo y dos lustros de aquella caída, si es cierto que el hombre es, ante todo, evolución, nosotros podemos y de-

bemos superar ese provincialismo antañón que aún proyecta su sombra colonial sobre los pueblos cuyo territorio se extiende por esa cuña inverosímil incrustada entre el Atlántico y el Pacífico, que se llama Istmo Centroamericano. Podemos y debemos hacerlo. En realidad lo hemos hecho, lo estamos haciendo. Lo que falta, quizás, es su plena consolidación.

De esta VI Reunión ha de salir mucho para esa consolidación. Así lo esperamos. Y es con esa convicción que hemos concurrido a esta cita.

La labor del Consejo en este año de 1961 ha sido de extraordinaria relevancia. Podréis apreciarla en la "Memoria que su dinámico Secretario General, Dr. Carlos Tunnermann Bernheim, os presentará.

De toda esa labor cabe destacar como de un alto valor centroamericanista y de gran significación científica, la formulación y aprobación del "Plan de Integración de la Educación Superior Centroamericana".

Muchas gestiones se han hecho y están muy bien encaminadas, para obtener de instituciones extranjeras la ayuda económica y técnica a fin de llevar a realizaciones prácticas, lo que ahora sólo está en los documentos universitarios.

Son bien conocidas todas las dificultades que un graduado en cualquier Universidad de Centroamérica encuentra para el ejercicio profesional en los otros países. Con el establecimiento del Plan de Integración Educacional, los estudios universitarios se mejorarán, estarán a la misma altura y de esta forma las barreras que ahora existen se vendrán a tierra y habremos alcanzado un logro sin precedentes en los anales de la educación superior centroamericana.

Con las tareas intensas y efectivas que el Consejo ha venido realizando, hemos conquistado una personalidad internacional. El CSUCA es ampliamente conocido por gobiernos e instituciones extranjeros. Sus relaciones con ellos han sido constantes y fructíferas.

Esta VI Reunión, servirá, sin duda alguna, para afianzar aún más el prestigio del Consejo.

Los importantes asuntos que han de abordarse vendrán a robustecer las bases de la gigantesca estructura que se está forjando en la esfera educativa.

Quiera Dios iluminar nuestras mentes para que, libres de prejuicios, limpios de alma y espíritu, las apliquemos al estudio y solución de los problemas que han sido puestos a nuestro cuidado.

A los Rectores que actualmente estamos sirviendo nuestro período legal, nos ha tocado actuar en una de las peores crisis que nuestros países han tenido que sufrir. Crisis política, económica y social. Hemos asistido a un proceso de resquebrajamiento de los viejos valores y al inicio de una nueva edad cuyas características aún no alcanzamos a definir.

Convulsiones tremendas se han producido. Muchas otras tendrán que producirse. Las Universidades no pueden permanecer indiferentes ante un mundo que se precipita en una encrucijada. Todo lo que ocurre a su derredor, interesa a la Universidad.

Pero es deber indeclinable de sus dirigentes, mantenerla, cimera y digna, en el pedestal que le corresponde como Institución de alta cultura.

Por todo ello, nuestra gestión ha sido difícil. Hemos

tenido que sortear peligros y asechanzas. Nos ha tocado batallar contra la incomprensión. Hemos sufrido decepciones y desengaños. Nos ha rozado con sus alas negras la ingratitude. Pero aquí estamos. Presentes siempre. Dispuestos a continuar en la lucha por la supervivencia del hombre y de los postulados esenciales de la humanidad.

Al abrigo de la noble hospitalidad de la Universidad de San Carlos, y acogidos a la bondad proverbial de su magnífico Rector Dr. Carlos Martínez Durán, hemos acudido a esta cita, trayendo lo mejor de nuestro pensamiento, pero, por desdicha, con el alma contrita, porque uno de los nuestros, no pudo asistir a ella. Me refiero al ilustre Rector de la hermana Universidad de Costa Rica, Licenciado Fabio Baudrit, recientemente fallecido. Y como si la muerte se hubiera empeñado en destruir los más recios puntales de la cultura centroamericana, también tenemos que lamentar el fallecimiento del entrañable amigo Licenciado Rodrigo Facio, ex-Rector de la misma Universidad, y decidido impulsador del Consejo Superior Universitario Centroamericano.

La Universidad de El Salvador, a quien represento, deja aquí constancia de sus más hondos sentimientos de pesar por tan irreparables pérdidas.

Señoras y Señores: A nombre de las delegaciones aquí presentes, rindo un homenaje de admiración a la Universidad de San Carlos, en la persona de su digno Rector, y expreso nuestra sincera gratitud por acogernos bajo su alero centenario.

Y formulo los más fervientes votos porque en esta VI Reunión del Consejo, se agregue una página más a la asombrosa historia que las Universidades, con fe y esperanza, se han propuesto forjar.

*El Pensamiento Vivo de Arce**

La Universidad, raíz nutricia de la República ha querido que hagamos un recuerdo de uno de los hombres más discutidos de nuestra historia: Manuel José Arce y Fagoaga, rector del pensamiento político centroamericano durante el ciclo convulsivo, febril y doloroso del parto de nuestra nacionalidad. Y al hacer aquel recuerdo no podemos menos que traer a nuestra mente, una transfiguración de la egregia, y por mil motivos libérrima ciudad de San Salvador, y con ella, de la maravillosa comarca de Cuzcatlán en los tiempos aquellos en que se adivinaba ya la gestación de la libertad. Brasseur de Bourbourg, eclesiástico francés que escribió una historia de México y la América Central de los siglos anteriores a Cristóbal Colón, detalla así la región: “Llanuras magníficas se escalonaban en terrazas inmensas desde las orillas del Océano Pacífico hasta la base de los volcanes de Chingo, de Cuzcatlán y de Xilopango, bañadas de innumerables arroyos, ofreciendo en un espacio de doce a quince leguas, las más variadas producciones. Estas ventajas no podían dejar de llamar la atención de los proscritos de Soconusco. Los de la tribu llamada después de los pipiles, seducidos por los atractivos del lugar y las riquezas que el suelo fecundo extendía espontáneamente a sus miradas, anun-

(*) Conferencia pronunciada en el Paraninfo de la Universidad, el día 10 de diciembre de 1947, publicada en la revista *La Universidad*

ciaron a los demás su intención de no ir más lejos; y éstos, que eran como la mitad del éxodo, continuaron su peregrinación y no se detuvieron por fin sino en las tierras que se extienden al Norte y al Oeste del Golfo de Conchagua”.

Pararon ahí. Y ahí, en el valle rumoroso que el repetido Brasseur compaió con una de las llanuras de promisión de la Biblia, y al cual servía de engarce un cielo de turquesa, se levantó altiva y soberana nuestra San Salvador.

Hubo una simbiosis entre la ciudad y toda la comarca de Cuzcatlán. A tal grado que según los cronistas se la designaba con esos nombres indistintamente.

Ya apenas separada del cordón umbilical la ciudad, como ungida por su gran destino, tuvo en su misma génesis estructural detalles que eran trasunto de su futura varonía: resistencia a pagar los impuestos y contribuciones al conquistador; repugnancia al cumplimiento de los mandatos del jefe español. Cuéntase que, con oportunidad de la institución del “Bando Mayor”, cuando la Alcaldía Mayor echaba al viento sus viejas campanas los hijodalgos encargados de la custodia de las armas acudían de gorguera y todo al servicio que fuera menester. Y que el Gobernador Ocón y Trujillo, temeroso cierta vez de un ataque de piratería hizo tocar las campanas, a lo cual los hidalgos llegaron presto. Mas todo era fantasmagoría del señor Gobernador. No había piratas a la vista. Hubo otra alarma de campanas, pero ya nuestros buenos hidalgos se quedaron muy quietos en sus solares. Y la ciudad fue saqueada de verdad por los piratas.

Otra vez, a un Alcalde que había venido a menos en la estima de la Capitanía General, le envió ésta un reemplazante y pedidor de cuentas de su cargo. El Alcalde —como

cuando se trataba de un salteo piratesco— tocó a bando mayor. Y en un instante el pedigueño se vio a horcajadas en su rucio y puesto trecho adelante en el camino proceloso de la Capitanía General.

Era belicosa la ciudad. Pues ¿no hubo protesta y acritud porque se prohibió la españolísima costumbre —de ancestro moruno— de “las tapadas”, y del uso de la capa? Y hasta los esclavos se sublevaron en 1621 en tiempos del Alcalde Mayor don Pedro Aguilar Lasso de La Vega.

Por último en 1811, cuando el Prócer Manuel Aguilar fue detenido en presidio por haberse descubierto los trabajos pro independencia, el pueblo se levanta, exige y obtiene la libertad del Prócer.

Ya nuestros historiógrafos han relatado que cuando la ciudad empezaba a levantar sus primeros bohíos, éstos se acercaban a las vegas del río, siendo esta parte conocida con el nombre de “La Aldea”. Extendida la población, se formó la Plaza Real o Plaza Mayor. Esta parte fue bautizada por el municipio con el nombre de “La República”. Por eso dice nuestro eximio humanista Francisco Gavidia: “el que se dirigía a ese lugar viniendo del Sur, es decir de “La Aldea” o viniendo del Norte, es decir de lo que el Padre Gage oyó que llamaban “los montes Chontales”, si era preguntado por algún conocido: “¿a dónde vas?” contestaba: “voy a “La República”. “Palabras proféticas —agrega Gavidia— pues en San Salvador ya desde entonces se iba a “La República”.

No puede el que estudie la filosofía de la historia pasar de largo ante todos esos hechos al parecer nimios. Porque hay en ellos un contenido mesiánico: El substractum videnicial que ha guiado siempre los pasos de todos los apóstoles

de las epopeyas humanas. Todo ello como un producto de la síntesis de dos sangres de destinación ecuménica. Cuzcatlán la heroica, hermosa como sus campiñas y ardiente como la lava de sus volcanes. E Iberia, la soñadora, que vivió en su aventura. Y supervive en don Alonso Quijano, que aún anda por los caminos del mundo azotando malandrines.

Y fue en aquella San Salvador, agitada por la inquietud espiritual de sus gentes y por la movilidad sísmica de su suelo, que hizo su ingreso en el Olimpo de los inmortales Manuel José Arce y Fagoaga. Y lo hizo en el día uno del año. Como si su nacimiento anunciara una mutación en el tiempo. O como si quisiera cabalgar sobre el lomo de los años para moverse más aprisa. Su padre, don Bernardo de Arce y León, figura destacada del movimiento de 1811, tenía tronco de familia en la nobleza castellana. Y pertenecía a la segunda rama de los Arce de antiguo arraigo en la Provincia de San Salvador. En el año de gracia de 1787 —a dos años de la Revolución francesa— don Bernardo era Alcalde de segundo voto en San Salvador y doña Antonia Fagoaga y Aguilar, su esposa, era la Alcaldesa. Y en aquel memorable primero de enero la casa conyugal hallábase bulliciosa de colores, y de gentes que asistían al bautizo del infante don Manuel. Así adquirió el pueblo al más esforzado paladín de su libertad. No la libertad que se pregonaba por cualquier parte como en un “bando mayor”, sino de la *libertas-atis-latina*: “estado o condición del que no es esclavo; facultad que se disfruta en las naciones bien gobernadas de hacer y decir cuanto no se oponga a las leyes ni a las buenas costumbres”.

Arce, valeroso como ninguno, hizo honor al viejo escudo de armas de uno de sus antepasados: don Gustios de

Arce y Villarías, que tenía esta leyenda épica: “por pasar la puente, ponerme a la muerte”; merced que le confiriera Enrique II por su bravura en la batalla de Arabiana en 1359.

También don Manuel José “se puso a la muerte” multitud de veces en defensa de los principios libertarios.

Cuando contemplamos su figura esbelta y delgada, nerviosa y fuerte, adivinamos su inquieto carácter que él mismo se encargó de revelarnos en el primer proceso por infidencia que se le siguiera con motivo de los sucesos de 1811, declarando con toda sagacidad al imputársele actividad en sus relaciones con Pablo Castillo: “que si por actividad se entiende andar, salir y hablar con energía, es propio de su genio que todos conocen, y con que se manifiesta ya pruebe ya repruebe las cosas, y en este caso es cierto que la tuvo, principalmente para disuadir a Castillo de la empresa que intentaba”. (Diccionario Enciclopédico Miguel Angel García).

Altamente sugestiva es, sin duda alguna, la vida azarosa de Arce. Pero no es de sus datos biográficos, de su vida militar, ni sus batallas de lo que aquí nos ocuparemos. No. Es algo más que eso. Más hondo. Más humanístico. Queremos asomarnos con religioso recogimiento al pensamiento político de aquel grande hombre. Y ensayar una interpretación filosófica de aquel pensamiento. Tarea es ésta de no fácil alcanzamiento. Requiere estudio y un exacto conocimiento del medio en que aquellos hombres, precursores y realizadores de nuestra independencia, cuajaron sus vidas.

A pesar de todo lo intentaremos.

Estamos en el alborear del siglo XIX. Siglo como ninguno bienamado porque venía empujado por los vientos de

libertad. Alumbrado con luces de incendio. El ruido profundo, sordo y áspero producido por la caída de las monarquías se regaba ondulante por todas las sinuosidades de la tierra. Atrás quedaban como paraleles gigantes, el Congreso de Filadelfia, 1789 en Francia, Bolívar en el Sur, Hidalgo y Costilla y Morelos en el Norte. La juventud centroamericana amamantó en esos ideales. Los agentes del Rey y del Santo Oficio no pudieron evitar que a través del cerrado tejido de censura tendido sobre América, se drenaran las buenas nuevas que predicaban apóstoles de la humanización del hombre: Rousseau, Voltaire, Diderot, D'Alembert, D'Holbach, etc.

Arce sorbió con hambre insaciable la ideología revolucionaria. Era un revolucionario. Igual que Rousseau, Arce anuncia la República, es decir la libertad. Y así como a Rousseau y a Voltaire, más tarde sus conciudadanos le echarán la culpa de todo.

Hay sin embargo una diferencia fundamental entre Rousseau y Arce. Aquél inyectó en la sociedad caduca el fluido magnético de su personalidad desconcertante: en su primer discurso (1749) sobre las ciencias y las artes, “reprocha a las ciencias, a las letras y a las artes el haberse dejado domesticar por el poder y el cubrir de guirnaldas y de flores las cadenas de hierro de que están cargados los hombres”. Todos los vientos recogen los ecos de su voz tonante contra la desigualdad y la opresión. Pero Rousseau no dio un solo puñetazo para luchar por el triunfo de sus ideas. Arce, en cambio, escribió con la pluma y con la espada. En el árido campo de las realizaciones prácticas el acero de Arce dejó su rúbrica magnífica. Abrió incisiones profundas en la dura coraza de la armazón ya crujiente del pensamiento viejo.

Para auscultar —si posible es— el pensamiento de aquel noble patricio centroamericano, precisa analizar cui-

dadosamente su actuación personal en el gran drama de la independencia. Y bucear hondo para descubrir los tesoros ocultos en las obras que escribió. Veamos los resultados de ese examen desde dentro.

1811-1814.—La primera oncena de años del siglo XIX encuentra a Arce a los veinticuatro de su edad hecho un hombre de maduro juicio y claro entendimiento. Capaz de tomar decisiones trascendentales y con una conciencia exacta de la crisis política española y de sus repercusiones en el sistema colonial de la Península. Sabía él que el instante de actuar era inminente. Y con todo el fuego de su juventud se lanzó a la contienda junto con los demás patriotas —casi todos familiares suyos, inclusive su padre—, a sabiendas de que el éxito era dudoso. Pero 1811 es para él la aspiración a la vida. A la única vida posible: la vida en una nación libre, entre hombres igualmente libres. 1811 fue el primer paso al frente, de la fila de vanguardia de los héroes.

El pensamiento, el designio que se descubre en el movimiento de 1811 es el de un ensayo político. Observar cómo funcionaban prácticamente las instituciones democráticas por las cuales tanto se había soñado. Ver actuar a los hombres de la revolución y juzgar de su sinceridad. Aprender el manejo de las grandes masas populares. En una palabra, una verdadera representación dramática de un laboratorio de fenómenos sociales.

Arce observa, lucha y aprende. En aquel medio caldeado y contradictorio, presiente el porvenir. Lo ve obscuro y tormentoso. Siente la responsabilidad que pesa sobre ellos. teme que tal vez resulten malos constructores de nacionalidades.

En la cárcel medita hondamente. No hay alternativa posible. Ser libres o perecer. Fue fiel a esa idea, aun en los momentos en que era más groseramente atacado. Más tarde

dirá en sus *Memorias*: “sé muy bien que en toda nación libre ha de haber libertad de imprenta, y yo no viviría en Centro América si se aboliera esta libertad, que debe amarse como el defensor más seguro de los derechos del pueblo y de los particulares. . .”

Para él 1811 fue un trampolín. La prisión, un mero accidente. Lo importante era aprovechar la experiencia vivida y preparar la próxima jornada para llegar al segundo ciclo evolutivo del proceso político-social de la independencia.

Aquel primer espaldarazo a la monarquía dio por resultado un mes de Gobierno popular en San Salvador. Fugaz como un meteoro fue ese Gobierno, pero grabó huellas muy hondas. Enseñó al mundo cómo en momentos convulsivos, con muchedumbres desenfrenadas y movidas por el frenesí de la victoria, pudo guardarse el orden y evitar desmanes muy corrientes en lances tales.

Arce estudió las reacciones de las masas, su volubilidad, y constató cuán presto son tronchadas por el abatimiento cuando las sombras de la derrota apagan el resplandor de la victoria.

Y fue así como aprendió la mecánica de la multitud. Y la aprovechó para iniciar al pueblo en la nueva doctrina.

1813 fue la antesala del segundo experimento realizado en el incipiente laboratorio de la democracia. La prensa clandestina rasgó el secreto de los vicios y de la vida licenciosa de la nobleza monárquica. Versos alusivos y sarcásticos eran publicados y herían como estilete los sentimientos del monarquismo. Como es natural las autoridades iban de imprudencia en imprudencia, en sus inútiles esfuerzos por oponer un dique a aquel torrente. Se hizo elegir por ejemplo, diputado a Cortes a un tal Barroeta, de Guatemala, con el exclusivo objeto de meter furia a los sansalvadoreños. Ba-

roeta fue impuesto por el Capitán General José Bustamante y Guerra, a quien llamaban “el zonto Bustamante”. Ello se confirma con lo que el Intendente de San Salvador don José María Peinado decía en carta a Bustamante: “se divulgó que vuestra excelencia había señalado al señor Barroeta para que fuese a España, por desairar esta ciudad”. También las autoridades de San Salvador quisieron ejercer presión en las elecciones de Alcaldes de los barrios. Y muchas otras ocurrencias que psicológica y políticamente influyeron en la realización de la segunda etapa del movimiento de liberación.

Mientras tanto en San Salvador una gran conjuración se formaba. Secreto absoluto se guardaba sobre ello. Estaba sin embargo en plena ignición y su organización era perfecta. Funcionaba como una máquina en buen uso. En cada barrio había un jefe cuyo nombre ha registrado la historia en sus archivos. Nosotros los tomamos del profundo estudio de nuestro máximo pensador Doctor Honoris Causa de esta Universidad, don Francisco Gavidia, titulado *Estudio filosófico histórico de los acontecimientos salvadoreños de 1814* (Biblioteca Universitaria). Muchos de ellos cayeron luchando del 24 al 27 de enero de ese año. Helos aquí para que los recordemos como soldados desconocidos de una hazaña ya lejana pero viva en la fragua donde se forja el patriotismo.

Barrio de Concepción, Simón Antonio Miranda; San Esteban, Alberto Berdugo; Los Remedios, Domingo Ramos y Francisco Campos; Candelaria, José Cleto Zelada y Victoriano Moto; San José, José Manuel Funes y Andrés García. Todos ellos tenían como jefes inmediatos a Pedro Pablo Castillo y José Obispo. Este último era Alcalde en 1813 y el Intendente Peinado solía llamarle “el tuerto Alcalde José Obispo”. (Gavidia, ob. cit.) “Había una fuerza oculta que movía esa máquina —dice Gavidia—. Era el diputado a Cortes. Y éste era don Manuel José Arce”.

Todas esas gentes encabezadas por Arce, formaban una entidad, a medias partido político, pero que más tenía de conjuración —como hemos dicho— que se llamó “los independientes” o “partido independiente”. La gran preocupación del General Arce era preparar a sus huestes para las elecciones de alcaldes de barrios que tendrían lugar en diciembre de 1813, y de los miembros del Ayuntamiento en enero de 1814. Esas elecciones constituían un derecho otorgado a San Salvador por las Cortes de Cádiz. Y han venido a ser las primeras actuaciones prácticas de la democracia en la América Latina, en el aspecto más hermoso que tal doctrina puede tener: el sufragio popular. Pero la vivencia que Arce tenía del sufragio era una figura conceptual. El acto de ejercer el sufragio no era para él una simple mecánica de opinión. Concebía el voto en esta imperativa categoría política: como un acto de Gobierno, vale decir, como participación activa del sufragista en el Gobierno, realizando así el principio axiológico de toda verdadera democracia, de que el pueblo es el que gobierna. De otro modo —como dice Gavidia, a quien seguimos muy de cerca en la exposición de esta parte de nuestro trabajo— “votar, aunque el voto sea libre, nada significa. Este voto puede ser inconsciente; puede ser erróneo; puede ser injusto; puede ser venal”. El elector, es, pues, un funcionario que necesita ser preparado para el ejercicio de su función. Esta función no principia y se agota con el acto de votar. Necesita un proceso retrospectivo de preparación. Una vivencia estructurada de los intereses de la nación. Examen de personas y de hechos. Y luego, la solución final: el voto.

Pero, puesto que los antecedentes son parte de la función, ellos deben estar dentro de la ley. Y por tanto, debía haber una ley de preparación del voto. Y la hubo en efecto. Fue el decreto de 8 de agosto de 1823 dictado por la Asam-

blea Federal Constituyente, en donde se fundieron las ideas de Arce y de los demás protoindependientes sobre el voto. Se introdujo así en la historia política de Centro América un rasgo esencialmente original en la democracia americana. En síntesis esa ley disponía la formación de partidos políticos por medio de los municipios bajo cuya protección estarían. En esas sociedades, los socios tratarían y discutirían toda clase de materias políticas; conferenciarían sobre la mejor manera de llenar las necesidades nacionales, tomando en cuenta las medidas adoptadas por las naciones cultas de la tierra; se sometería al análisis de la crítica los medios puestos en práctica para resolver los problemas de la República. Las sesiones podían ser presenciadas por cualquier ciudadano. En cada sesión se leía el acta anterior y a continuación el Secretario leía los decretos y órdenes emanados de la Asamblea Nacional y los papeles públicos nacionales y extranjeros. A continuación se hacía uso de la tribuna. Luego venían las discusiones. El Secretario tomaba un resumen de todo lo discutido y resuelto y lo asentaba en un acta. Estaba prohibido tratar asuntos religiosos y exponer en público la conducta privada de los ciudadanos. Había censores que velaban por el cumplimiento de esa regla. Se llevaba un libro en el cual se anotaban los nombres de los socios que se hubieran distinguido por su honor y patriotismo, haciendo mención también de los “discursos elocuentes, proyectos útiles, acciones recomendables que hubiesen distinguido a un socio”.

Parece que el originalísimo sistema se llevó a la práctica durante tres años después de promulgado el decreto citado.

Y antes de la publicación de esa ley, Arce que dominó con su varonil arrojo y su preclaro talento a las masas elec-

torales desde 1813 hasta la proclamación de la República Federal, inculcó cuanto pudo esas ideas en el pueblo. Y fue así como en diciembre de 1813, el partido independiente cuyo jefe secreto era Arce, ganó a la monarquía las elecciones de alcaldes de los barrios. Los electos eran casi siempre los mismos que he mencionado como miembros prominentes de la conjuración en cada barrio.

Asimismo triunfaron sobre los monarquistas en la elección de los individuos del Ayuntamiento. Fue sencillamente hermosa esa victoria. San Salvador inerme dio muestras de unidad colectiva pronunciándose como un solo hombre frente a las bocas de los mosquetes de la monarquía, en favor de Juan Manuel Rodríguez, Pedro Pablo Castillo, Manuel José Arce, Santiago José Celis, etc.

Las hordas de los “voluntarios”, fuerza armada instituida por el Capitán General, que es como decir franco tiradores, para amedrentar a San Salvador, fue impotente para contener la opinión popular. Frente a la monarquía que enseñaba los dientes del despotismo, las masas de Arce sólo opusieron un arma: el sufragio.

El Intendente Peinado se asustó. Inventó cualquier cosa e hizo capturar a varios alcaldes de barrio. El pueblo en manifestaciones que hervían como colmenar alborotado, exigió la libertad de los alcaldes. Se negó el Intendente. Así comenzó 1814. A pesar de todo, el pueblo consiguió lo que exigía gracias a la intervención inteligente de sus líderes. Todo pareció quedar en calma. Pero en la noche del 23 los “voluntarios”, forajidos de uniforme, dispararon contra la multitud e hicieron varios muertos e hirieron a muchos. El pueblo desarmado nada podía hacer. Contemplaba sus muertos con ojos que eran nidos de relámpagos. Y cada cuerpo era un escalón que ponía a la Provincia más cerca del sitio de la libertad.

La sangre cavó el abismo en donde tarde o temprano se hundiría la monarquía. El pueblo luchó como pudo. Con las manos. Con los dientes. Pero el 27 de enero todo había terminado. Bajó el telón, y tenemos el fin del segundo acto del gran drama. No se levantará para el tercer acto sino hasta 1821.

Arce fue detenido el 7 de mayo. Comienza entonces la tragedia. La otra cara del drama. Meses, años eternos. Sin aire. Sin luz. Sin comunicación con los suyos. La noche del presidio tendiendo sobre su alma sus alas negras. Cinco años. Cinco siglos para la vida espiritual. Martirio de la estructura física. Amarre inverosímil de todos los ideales que pugnaban por romper su ligamen y escurrirse por el policuadrado portón carcelario. Vejámenes. Incitación perversa para llegar a la traición. Mentiras. Interrogatorios. Todo lo resistió. Y selló sus labios. Ni aun el suplicio pudo romper aquel gran silencio suyo.

Pero ahí se aceró su personalidad. Su pensamiento fundido en la alquimia de la soledad. se abrió como un glaciar. Hacia arriba. Desmenuzado. Sin raíces visibles. Pero con una fuente interna perennemente viva.

Y así, entero ya. Ecuménico y sereno. Habiendo tirado muy lejos al hombre pragmático, lo vemos aparecer en 1821, totalizado, saturado de un humanismo forjado en su infinita angustia física y espiritual.

A partir de ahí podemos percibir con toda claridad las ondas nerviosas, pulsativas de su pensamiento, de su ideario. Comienza entonces la polarización de aquel pensamiento cuyas huellas veremos por todos los senderos que conducen a la sintetización de una nacionalidad. Y a cuyo influjo la República dio sus primeros pasos por el inmenso territorio ocupado por los Estados libres de la tierra.

Todo el fluido creador del pensamiento vivo de Arce lo percibimos claro y limpio como un manantial a través de sus obras fundamentales: *Las Memorias y Breves indicaciones sobre la reorganización de Centro América*. Loca empresa, risible audacia sería que yo, flaco narrador de cosas idas, intentara abarcar la extensión inacabable de aquel pensamiento. Apenas si me atrevo, a fuer de entrometido, a dar a vosotros un atisbo del ideario arcista.

Las *Memorias* fueron escritas en la prisión y editadas en el destierro. Tienen a ratos el amargo lenguaje del proscrito. Y el sabor agrio de un gran resentimiento. La nostalgia del que habiendo sacrificado familia, fortuna y sus más caros anhelos en la creación de una patria sin cadenas, se le retribuye con la ingratitud, con la injuria y la persecución, flota en las páginas de las *Memorias*. Su estilo es lacónico, claro y elegante. Desnudo como la verdad. Incisivo como la mirada del acusador.

Se muestra inexorable contra los que de manera innoble y alevosa lo combatían y calumniaban. A ellos dice en frases vibrantes que suenan como un anatema bíblico, como una máxima que ha podido aplicarse a todos los hombres que han sido y son nefastos para Centro América: “Vosotros violasteis la ley; vosotros os rebelasteis contra la patria; vosotros aniquilasteis el gobierno; vosotros habéis desterrado la virtud y habéis propagado el vicio. Vosotros habéis por último dado la muerte a Centro América; yo, empero, soy inocente, porque soy el que se ha esforzado en contrarrestar vuestros inicuos pasos”.

Y más adelante, hombre de bien y de alta jerarquía moral, se lamenta con Jovellanos: “de levantar la pluma con una secreta pena en mi corazón que lo turbará en el resto de mis días. Yo no he podido defenderme sin ofender a otros,

y temo que por la primera vez en mi vida empezaré a tener enemigos que yo mismo me haya excitado. Pero herido en lo más vivo y sensible de mi honor y no hallando autoridad que lo protegiese y salvase, era preciso buscar mi defensa en la pluma, única arma que ha quedado en mis manos”.

¡Alma generosa! Aun para defenderse de sus enemigos, se condeule de tener que hablar mal de ellos.

El 30 de abril de 1825 tomó posesión Arce de la Presidencia de Centro América: su plan de administración se apoyó en dos puntos cardinales: en cumplir exactamente las leyes y en rodearse de los hombres de más suposición en el nuevo orden de cosas que se estaba planteando”.

Inmediatamente después de entrar al ejercicio de la Presidencia se desató la lucha sorda y solapada de los despechados contra Arce. A todo se recurrió para denigrarlo, usando como instrumento la irrestricta libertad de imprenta que en el mandatario era una profesión de fe. Periódicos como “El Melitón” y “El Liberal”, escritos con mucho ingenio pero untados de podredumbre y de insidia hicieron una guerra sin bandera. Lejos de darle esto oportunidad para vejar a los ciudadanos, dióle ocasión para demostrar hasta qué punto era Centro América libre. Ni por un segundo vino a su ocurrencia llamar a silencio a la prensa o suspender garantías constitucionales, aun cuando esa prensa iba formando poco a poco en la conciencia de muchos un estrato revolucionario. Y aun cuando como el propio Arce dice: “como si no bastara la imprenta en la plenitud de una libertad ilimitada, se ocurrió a las paredes de las calles en las que se estampaban letreros indecentes. Por manera que el sabio apuró su saber, el satírico apuró la invectiva, el detractor apuró la calumnia, el ambicioso apuró sus cavilaciones y el tabernero que escribía en las paredes apuró la grosería”.

No hubo procripciones. Ni cierre de imprentas. Ni confiscaciones de ediciones periodísticas. Ni encarcelamientos. Ni registros policiales. ¡No! No hubo nada de eso. En aquellos dichosos tiempos de antaño eso no era posible en un régimen de derecho.

En cambio, el Presidente de Centro América decía: “Quiere la Constitución que el centroamericano piense con toda la soltura que el Creador ha concedido al hombre; quiere que escriba como puede hablar. Se han igualado estas cuatro facultades; y como sea incuestionable que sólo Dios pueda impedir que se piense y siendo la prensa tan libre como los pensamientos por nuestra Constitución, es de toda certeza que sólo Dios puede evitar las impresiones. Se propuso el legislador —sigue diciendo Arce— formar de la imprenta el más poderoso apoyo de la libertad, y juzgó por mejor castigar las revoluciones que se concitaran y se impulsaran por medio de ella, que el que pudiera ser limitada por nadie ni por causa alguna”.

Cumplió Arce con toda rectitud esos principios, como un sacerdote cumple con el ineludible ritual de su religión.

Y en el herbazal agitado por todos los vientos, de los partidos y de las ambiciones, llegó la época de las elecciones de diputados para el Congreso Federal de 1826. El faccionismo no descansaba. Preparaba mañosamente el ataque contra Arce. Este lo sabía. Estaba cierto de ello. Sin embargo no hizo el más leve intento de intervenir en la contienda electoral para asegurarse la elección de diputados afectos a él. Y por el contrario su pensamiento patricio, el único sereno, porque tenía su fuente en la buena conciencia, en aquel alborotado ciclón de deseos, triquiñuelas e intrigallas, se percibió diáfano como el aire en una noche plenilunar. Oigámosle: “Yo, lejos de ingerirme en las elecciones,

mantuve una indiferencia fría, aunque presenciaba las tortuosidades que estaban en ejercicio y preveía lo que iba a sobrevenir; no quise separarme de la máxima de que el Gobierno que interviene en elecciones desquicia la moralidad y prepara el despotismo, porque es preciso que ocurra a los manejos y cábalas y que abuse de las leyes para retribuir a sus paniaguados, que deben precisamente ser hombres prostituidos. Por otra parte yo no soy capaz de conjurar las tempestades valiéndome de medios ruines para echar del teatro a mis enemigos: esto sería ponerme atado de pies y manos bajo sus tiros. Siempre pienso que si mis contrarios son justos nada podrán en mi daño obrando yo bien, y si son injustos, ellos serán detenidos por la fuerza de la opinión que puede vacilar pero no perderse, cuando se alegan la verdad y la justicia”.

Cuando leemos esas palabras dignas de ser grabadas en letras áureas y tendemos nuestra mirada a lo ancho del promiscuo panorama del erial centroamericano, después que esas frases fueron dichas, no podemos menos que pensar cuánto se ha malogrado, qué nugatorio ha sido el progreso cívico, cuánta cizaña se ha sembrado y qué desdichada ha sido Centro América. La esperanza, sólo la esperanza en el advenimiento del derecho mantiene a los pueblos adheridos —aunque con fragilidad de pecíolo— a su fe en la democracia.

En las elecciones triunfó la mayoría antiarcista. El Presidente se refugió en su única ciudadela: la ley. Y desde ahí combatió con fervor, con singular denuedo y en desigual combate por la integridad de los principios de la Constitución.

Y es maravilloso contemplar aquella lucha de titán. Casi sólo con la ley. Inerme en su debilidad numérica, pero grande por la fuerza avasallante de su personalidad moral.

Se defendió con varonía. Resistió el chubasco desatado por el faccionismo partidarista para derrocarlo de un cargo que no había pedido y que servía por riguroso patriotismo. Muchas veces, asqueado de ver por doquiera danzando la traición; a la ambición en acecho y a la envidia en desvelo, pensó resignar la Presidencia. Y sobre ello, dice en sus *Memorias*: “Hubiera renunciado a la Presidencia a no ser por temor de dar una muestra de apocamiento y dejar un mal ejemplo a mis sucesores; porque, a la verdad, en Centro América, sólo puede soportarse el ejercicio del poder por un puro patriotismo pues no tiene más que deberes muy difíciles y responsabilidades peligrosas; a menos que alguien le convierta en una especulación: un tal hombre deseara ser Presidente de la República: pero las leyes serán olvidadas, los fallos de la opinión despreciados, los estímulos del honor desechados”.

No rehuyó, pues, su responsabilidad histórica y defendió los imperativos de la Federación, a pesar de que él no era partidario del federalismo. No lo era del sistema político implantado por la Constitución, que en vez de ser de libertad y orden abría de par en par las puertas de la anarquía.

No obstante los esfuerzos de Arce, por mantener enhiesto el Estado Federal, las gavillas de políticos tartufistas triunfaron. Una ola de sangre cubrió el territorio de los Estados. El virus separatista se infiltró en el joven organismo federal. Arce cayó. Y con su caída la Federación recibió un golpe de muerte. No vivió más. Porque no es vivir el caminar de tumbo en tumbo, como máquina desajustada; en un caer continuo, que fatalmente conduce al abismo. Vivir no es guerrear a la ventura como nómadas hambrientos. Ni ir apilando con muertos el cimiento de una idea. No. Todo eso no es vivir. Al menos no lo es para un Estado.

Suelto el timón por aquel hábil marinero, la borrasca lo arrolló todo. Tronchados quedaron los rosales de la fraternidad en el hogar centroamericano. El clarín de guerra dejó oír sus notas y los hermanos que lado a lado lidiaron hechos una sola esperanza contra la monarquía y el imperialismo, ahora se vuelven airados unos contra otros y se destruyen sin piedad.

Y así murió la Federación. Sólo quedó flotando como un velamen roto el ideal irrealizable. Y continúa prendido al capricho del viento paseando su blancura por esta noche negra de gran desolación.

Arce termina sus *Memorias* con una admonición: “Centroamericanos, reparad en el cuadro que presenta vuestra patria: en ella se han recopilado las desdichas y se carece de todo bien, debiendo ser únicamente la residencia de la felicidad. Entre tanto padezcáis en vez de gozar no estáis gobernados por los sanos principios de la política sino por impulso de la revolución y de los intereses particulares; no sois libres, sois esclavos de los mismos que os alucinan. Ellos no os pueden sacar de la funesta situación a que os han reducido, porque no tienen virtudes para desprenderse de sus aprovechamientos y reducirse a vuestras conveniencias; estaréis siempre en revolución porque a vuestros actuales directores les falta grandeza y generosidad para elevarse a la esfera del recto proceder; y aunque de todo corazón procuran introducirnos por las vías del orden, adquiriendo por un milagro, capacidad, buenas inclinaciones y mejores hábitos, han llevado su obra a tales extremos, que están destinados a presentar al mundo la incontestable prueba de la verdad que ha dicho Maquiavelo: “Nadie piense promover una revolución creyendo que la apaciguará según quiera”.

Ideas son éstas que no tienen edad. Son de aplicación de siempre.

Nos llenan de desgana espiritual. No parece sino que esa fuera una pena perpetua para la pobre Centro América. Hace falta un indulto. O al menos una conmutación. De otro modo, envejecerá prematuramente y la estancará la rutina servil.

BREVES INDICACIONES SOBRE LA REORGANIZACION DE CENTRO AMERICA

Esta es la segunda obra medular y estrictamente científica del estadista cuyo pensamiento estamos intentando penetrar.

En este libro Arce vacía su experiencia. Se expresa con la elegancia y la gravedad de un tribuno. A ratos se nos antoja estar leyendo a los grandes expositores antiguos de los tratados sobre el gobierno de los pueblos: Aristóteles, Cicerón, Montesquieu, Locke, etc. Sin ninguna duda, Arce había leído a alguno de aquellos maestros cuando escribió su segunda obra. Principalmente a Montesquieu, cuyo estilo reposado y serio, pero fresco y atractivo se ve reproducido en el trabajo que analizamos. La erudición de que hace gala con modestia es realmente portentosa. Y da a sus ideas un carácter de autoridad y de convicción, de elevación y de sabiduría, que, entre nosotros sólo he visto en Juan Bertis y Gavidia.

Las *Breves indicaciones* fueron escritas en 1846 cuando Arce contaba 59 años de su azarosa vida.

Ya Centro América se había desangrado por sus cinco heridas. Los odios y los rencores habían fraccionado las familias. La ingratitud era la única moneda con que se retri-

buía el sacrificio. No existía virtud política. Virtud política entendida en el sentido que la entendía Montesquieu, es decir, en el amor a la patria y a la igualdad. Arce en el umbral de su muerte, veía, desolado, el naufragio de los sueños que los próceres se forjaron. En un mar tempestuoso flotaban a la deriva como boyas sin amarras todos sus ideales. El gran enamorado de la libertad, envejecido prematuramente de sufrir por ellas, la presentía muy lejana como algo inasible. Por eso escribió *Las indicaciones*. Era el último esfuerzo prometeico ofrendado a la patria bienamada. Y como tal está dedicada la obra, no a la esposa, ni a los padres, ni al amigo. ¡No! Está dedicada a un símbolo: ¡el 15 de Septiembre! “No tengo —dice en su dedicatoria— ni puedo dedicar al día 15 de septiembre otra cosa que mis deseos por la reorganización de la República”. “Mi anhelo es —sigue diciendo— que los centroamericanos de la época presente y los que están en el porvenir puedan celebrar el aniversario de nuestra emancipación política en medio del bienestar social. ¡Dios haga sentir en el corazón de los gobernantes de los Estados su voluntad poderosa, para que convengan en que se reorganice la nación con arreglo a los principios, pero cuerda y patrióticamente!”

Es el grito de angustia de aquel que está frente a lo irremediable. Sólo Dios puede hacer que los hombres que dirigen los pueblos se den cuenta exacta de la misión constructora que les toca cumplir. Y a El acude temblando de ansiedad.

A primeras sostiene una idea sugestiva: que las revoluciones siempre ocurren porque son necesarias e inevitables. Las fuentes de esas revoluciones cuando las hacen los pueblos, están en el instinto que tienen las sociedades para conservarse y mejorar. Si están mal, las fraguan para alcanzar

el bien. Si están estacionarias, se hacen para superarse. Deber de los dirigentes en las revoluciones es orientarlas en el sentido de alcanzar su finalidad. De otro modo será necesario volver a empezar. Ello exactamente es lo que ha ocurrido en Centro América —dice—. La reorganización de la República es el punto de partida. Y hacia allá debe retrocederse.

Todas las revoluciones han tenido en el Istmo ese origen. El error inicial de organizar la federación a imitación de la norteamericana. Se copió fielmente el sistema jurídico de esa nación sin tener en cuenta las diferencias raciales, sociales, intelectuales y aun climatéricas de nuestra región. El pueblo fue engañado. Los legisladores burlaron la confianza que se había depositado en ellos. Y aquél, basado en la propia Constitución hizo la revolución para la cual tampoco estaba preparado. De ahí la desastrosa situación política creada hasta 1846 en Centro América y especialmente en El Salvador. Arce, pues, combate en su obra —y a todo lo extenso de su vida lo hizo— la adopción de la Constitución de los Estados Unidos para regir a las Provincias Unidas del Centro de América. “Imposible es —dice— que la América sea en mucho tiempo gobernada por instituciones monárquicas; nadie entre nosotros, lo ha conocido mejor que yo, pero era igualmente imposible que nos convirtiéramos súbitamente en norteamericanos. Y somos tan infelices, tanta es nuestra desgracia, que no supimos encontrar un medio entre estos extremos, es decir una posibilidad entre dos imposibles ni una razón, una mente, un juicio entre dos locuras?”

Claro que Arce no quiere decir que la forma de Gobierno que convenía a Centro América era una a medias monárquica y a medias federativa. El afirma que la monarquía es un imposible. Pero que el trasplante de la Federación norteamericana era también un imposible. Luego el término

medio consistía en aceptar de la Constitución de los Estados Unidos los principios que fueran compatibles con la idiosincrasia centroamericana, tal como los propios Estados Unidos hicieron suyos muchos postulados del régimen constitucional inglés; pero en lo demás, crear la legislación adecuada al estado biológico, psicológico, y aun físico de estos pueblos y territorios.

Arce no hace sino señalar con crudeza y sarcasmo el ya histórico y reincidente error de los pueblos jóvenes: impotentes —o creyéndose tales— para crear, viven de prestado, y el resultado es que las instituciones les vienen estrechas o amplias al pueblo, y que éste es un extranjero dentro de ellas. De aquí se deriva una consecuencia viciosa: atribuir a la voluntad popular, la voluntad de los gobernantes. Todos, o casi todos los decretos emitidos por los Poderes Legislativos, llevan el consabido estribillo: “por considerarlo útil a los intereses populares”, o “por exigirlo así las necesidades de la nación”, etc.

Recrimina Arce a los constitucionarios del 824. Hace caer sobre ellos la responsabilidad de muchos de los males que ha sufrido Centro América. “Como quiera que fuese —afirma— aquellos hombres obraron sin acierto; su obra ha sido, es y seguirá siendo manantial de revoluciones cuyo término se esconde al ojo más perspicaz. Con sus instituciones desnivelaron todo lo que era nuestra sociedad, y con la violación de ella la arrancaron de sus quicios y la han dejado en perpetuo choque. Es indispensable que éste continúe hasta que todo vuelva a su lugar y a sus niveles; mientras no se logre, es menester paciencia y trabajar prudentemente para reponer las cosas; mas defender o disculpar los errores pasados es sostenerlos aún y mantener por tanto los males presentes”.

Como consecuencia los invita a colaborar en la reorganización de Centro América para reparar así los yerros del 824.

La manera de llevar a cabo la reorganización es la convocatoria a una Constituyente formada por representantes de las cinco secciones centroamericanas. En esta Asamblea deben aprobarse los doce puntos propuestos por Arce para la reorganización. Bases esenciales son las 10 y 11. Dice la 10: “La Asamblea Constituyente, en quien reside el ejercicio pleno de la soberanía del pueblo, puede y debe formar con toda libertad el pacto de asociación política de la nación”. La 11, reza: “Los Gobiernos de los Estados se obligan con todas las solemnidades necesarias a reconocer la Asamblea Constituyente en calidad de cuerpo soberano de la nación y a obedecer y cumplir con la ley constitutiva que dictare para Centro América”.

Gran revuelo causó en los cotarros políticos de la época el proyecto de Arce. Como se le objetara que ninguno de los Estados deseaba unirse en un pacto del todo nacional, él sostiene que hay un medio eficaz para conocer si el que no quiere es el pueblo o son los gobernantes los que no quieren: que se permita en cada Estado elecciones para un Congreso Constituyente, sin más intervención que la de sus autoridades municipales en lo que a la organización administrativa del voto se refiere. Y agrega con solemnidad y convicción profunda que revelan la fe que tenía en el pueblo: “que no se mezclen en este acto grave y solemne en concepto de mandatarios públicos; y que dejen en libertad a los legítimos padres de familia, los que trabajan para vivir, a los hombres morales, sin vicios y de principios fijos, representantes naturales de los pueblos, que obren, que usen del derecho de soberanía a ver si se forma una representación nacional que

reorganice la República, dándola una ley fundamental que se encuentre en las entrañas de los pueblos”.

Si los gobernantes se oponen a ello, será una muestra elocuente de que no es la voluntad de los pueblos la contraria a la reorganización sino la de los gobernantes que defienden intereses bastardos y contrarios al bienestar de la nación.

No hay, sin embargo, en el estudio de Arce a que hago alusión más que vagas ideas respecto a la organización del nuevo Estado centroamericano. En unas “Reflexiones” publicadas sobre el opúsculo de Arce referente a la reorganización de Centro América, cuyo autor desconozco, éste sostiene que debió de aceptarse el sistema de un Gobierno unitario, es decir, sin jefes de Estado, para evitar el choque de éstos con la autoridad federal. Este autor anónimo, después de hacer algunas censuras al ideario de Arce, alaba a éste y le causa admiración el que todavía no lo haya helado el desaliento, ni fatigado la esterilidad de sus esfuerzos, para trabajar en la reorganización nacional.

Arce quiere, pues, echar por tierra el despotismo. Toda su vida es una motivación para ese fin. ¿Y qué es el Gobierno despótico? El que tiene por principio el temor y el irrespeto a las leyes. Montesquieu dice en su obra *El espíritu de las Leyes*: “Cuando los salvajes de la Louisiana quieren fruta, cortan el árbol por el pie y la cogen. He aquí el Gobierno despótico”. El mismo fondo valorativo tiene la sentencia de Alfonso X el Sabio: “poda sin dañar”. Y la sentencia que enuncia otro español, Saavedra Fajardo, en sus *Meditaciones Políticas*, cuando dice: “El labrador cuando necesita leña corta una rama, no derriba el árbol”.

Combate asimismo Arce lo que él llamó con mucha exactitud, “el provincialismo”. El provincialismo fue una de

las causas principales por las que se adoptó el régimen federativo, conservando cada Estado su propio Gobierno. En efecto: las antiguas provincias nacidas a la vida independiente no querían quedar sujetas a la capital que por espacio de tres siglos albergó a las autoridades españolas. Guatemala era el símbolo de la opresión de la monarquía. Había mucha desconfianza. Esta subió de punto con la anexión de Guatemala a México. El paladín esforzado de aquellas memorables jornadas en que se guerreó contra el imperialismo mexicano, fue El Salvador.

Por otra parte, Guatemala, intelectual y económicamente superior en la época de la independencia, guardaba sus pretensiones de capitalismo. De la antítesis de las dos ideas —que casi podemos decir constituían sistemas— resultó la imposibilidad de adoptar la Federación centralista, que según muchos era la más adecuada. Y en cambio se crearon Jefes de Estado frente al Gobierno federal, poniendo así dos poderes frente a frente, absolutamente incompatibles y contradictorios.

Es curioso observar cómo el provincialismo de que nos habla Arce, en vez de disminuir se ha consolidado cada vez más, a pesar del aumento de vías de comunicación, de relaciones económicas e intelectuales, cosas todas en las cuales ponía su esperanza el prócer insigne para cimentar la Federación.

El espíritu de provincia ha devenido en una nacionalidad conceptual. Cada pueblo cree —por una especie de morbosa megalomanía— que el federarse con los otros es señal de debilidad y cobardía. Es el yo colectivo que se rebela contra una aparente simbiosis de nacionalidad.

Ahora pues, ya no se trata de provincialismo, sino de

nacionalismo. La destrucción de este istmo no se hará, creo, con discursos domingueros, de oradores de camisa almidonada.

Pienso, al contrario, que hace falta un proceso educativo. Es a la Escuela a quien corresponde esa tarea. No la Escuela como simple enseñanza. Sino la Escuela como sistema político-social.

Cuando el salvadoreño, el hondureño, el guatemalteco, etc., piense que no es ciudadano de El Salvador, Guatemala u Honduras, sino hijo de una gran nación, cuyo territorio se extiende por esa cuña inverosímil incrustada entre el Atlántico y el Pacífico, que se llama Istmo centroamericano, entonces, y sólo entonces será posible la Federación.

.....

Imaginémonos a San Salvador en las postrimerías de 1847. Altiva e inquieta como en los días de su primera infancia. Pero atónita y desconcertada como en espera de una catástrofe. Es que en una de las barriadas —cerca del puente de la Vega— en una casa de exterior humilde y de interior misérrimo, agonizaba el primer Presidente de Centro América. El que condujo ejércitos y ganó batallas. El que fue generoso en la victoria, grande en el sacrificio, y ecuménico en el pensamiento. El edificador milagroso que construyó una nacionalidad. ¿Y sabéis dónde se moría? En un lecho de pordiosero. A su diestra, la miseria. A su siniestra la ingratitud. Por todos lados la indiferencia. Se moría el anciano. Pero sin perder su varonía. Cuando el Jefe del Estado Mayor del Presidente doctor Eugenio Aguilar se presentó a ofrecerle doscientos pesos que el Presidente le enviaba, le contestó con toda hidalguía: “Manuel José Arce no recibe limosnas del poder, nada le falta en su miseria, y a poco,

todo le sobrar  en el mundo”. No obstante, Aguilar llegó al lecho del moribundo. Y en un movimiento espontáneo e inevitable, cayó de rodillas y le bes  las enflaquecidas manos y las baño de lágrimas.

A las tres de la tarde del 14 de Diciembre de 1847, la materia que formara el cuerpo de Arce quedó exang e. El espíritu sacudió su armadura, y comenzó entonces el proceso de la inmortalidad.

Arce había muerto. El corazón de la República dejó de palpar. Todos los pueblos desde el Suchiate al Goascor n, desde el Goascor n al San Juan, que vieran pasear los pendones de aquel caballero andante de la libertad, se cubrieron de sombras. Se apagaba la luz que los alumbrara un día. Nunca más volvería a nacer el sol en sus dominios.

Hoy, después de una centuria de orfandad, el pueblo de Centro América llora aún sobre la tumba de Arce. Ojalá que esas lágrimas del pueblo sean abono propicio para que en las tierras de Cuzcatlán, germine de nuevo la semilla de la libertad, realizando así el milagro del árbol indígena que en cada herida le nace un retoño.

INDICE

	PÁGINA
Introducción	7
El Pensamiento Democrático de Gavidia	9
La Universidad y la Enseñanza Secundaria	25
Moral Profesional	43
Misión de la Juventud	73
V Reunión Ordinaria del Consejo Superior Univer- sitario Centroamericano	85
Vida y Pasión de la Universidad	95
Ignacio Chávez, Doctor Honoris Causa de la Univer- sidad de El Salvador	111
VI Reunión Ordinaria del Consejo Superior Univer- sitario Centroamericano	117
El Pensamiento Vivo de Arce	123

Impreso en los Talleres de la Editorial Universitaria "José B. Cisneros", 5ª C. O. N° 220, San Salvador, El Salvador, C. A.